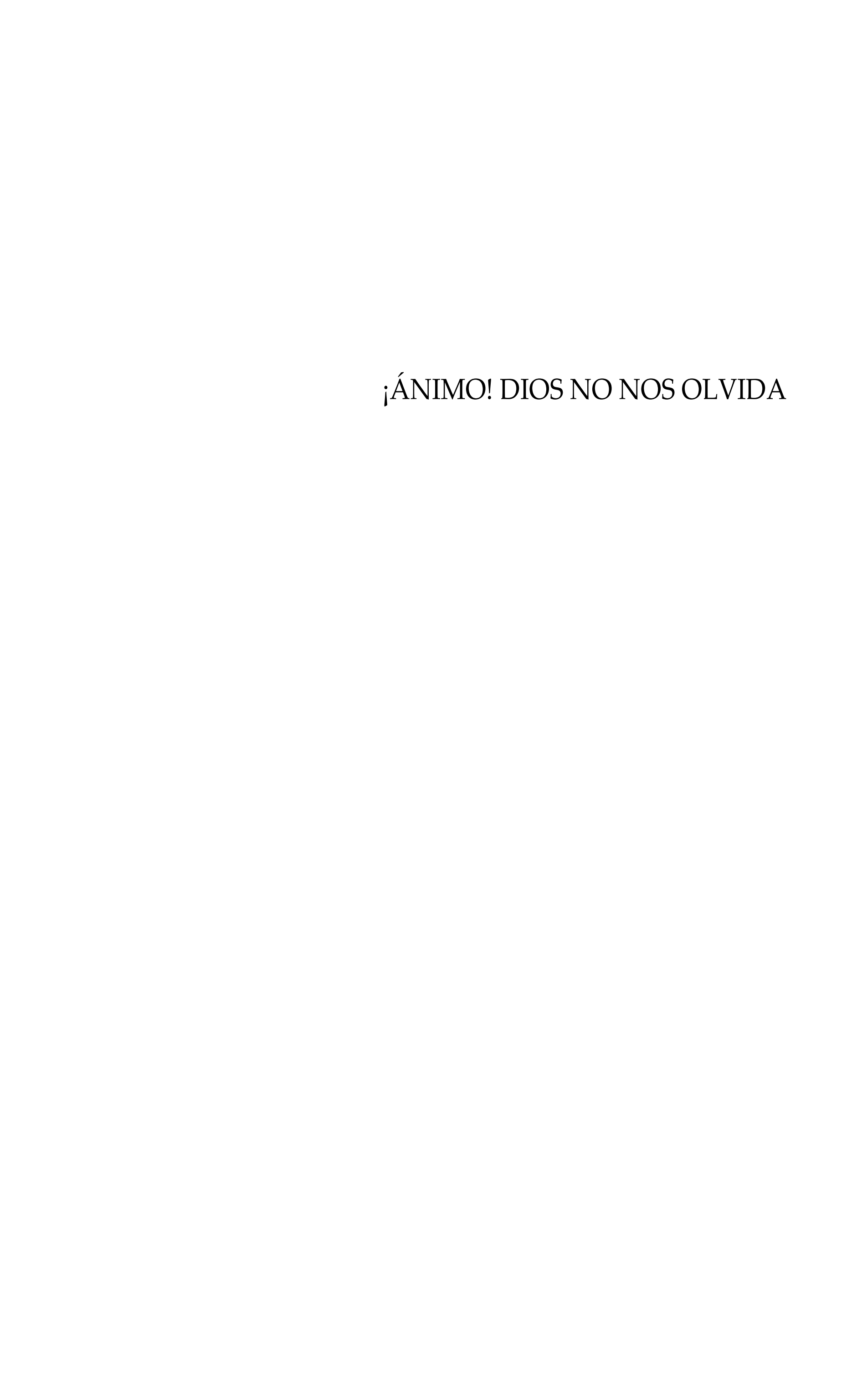
¡Ánimo!

DIOS NO NOS OLVIDA



Dionisio Byler



¡ÁNIMO! DIOS NO NOS OLVIDA

¡Ánimo!
Dios no nos olvida

Dionisio Byler

Biblioteca Menno



Secretaría de AMyHCE
www.menonitas.org

ISBN: 978-1503230262



Para Mariberta

Contenido

Prólogo

Si hay un hilo conductor que corre por todos mis libros que han salido hasta ahora, seguramente tiene que ser mi fascinación con la Biblia como texto sagrado del cristianismo. Casi sin proponérmelo descubro que mi biblioteca personal se ha ido llenando de libros que tienen que ver de una manera o de otra con las Escrituras. Tal vez esa tendencia venga del hecho de haber estudiado en una institución que sus fundadores, a conciencia, eligieron denominar Seminario Bíblico, más que seminario de teología. Como es de esperar, uno acaba asimilando una enorme influencia de sus profesores y de su filosofía acerca de qué es lo que de verdad importa.

Una de las cosas que más valoro de mi paso por el seminario *Anabaptist Mennonite Biblical Seminary* (Elkhart, Indiana, EE.UU.) es que me enseñaran griego y hebreo. (Bueno, en realidad saber griego era requisito de admisión.) Hasta el día de hoy, leo el Nuevo Testamento en griego, entero, todos los años, y paso media hora al día leyendo mi Biblia hebrea. En mi tiempo diario de oración, el contacto directo con la Biblia me parece siempre lo mejor de mi rutina cotidiana. Y es que cada día descubro en aquellos escritos que la sinagoga y la iglesia conservan desde la antigüedad, algo nuevo, algo fascinante, algo sorprendente, exótico; muchas veces difícil de aceptar a primera vista

Esa riqueza de la Biblia, y el firme deseo de centrarme en ella, es sin duda uno de los elementos que da unidad a los distintos ensayos, sobre una diversidad de temas distintos, que componen el presente libro. Un segundo elemento que comparten los diversos capítulos del presente libro es lo que da pie y lugar al título del mismo. Se trata de un compromiso a leer la Biblia intentando descubrir lo que hay en ella de «evangelio», de buenas noticias, para aquellos necesitados de buenas noticias. Muchos han observado que Jesús, en la descripción que hizo de su propio ministerio a los discípulos de Juan el Bautista, les dijo que el evangelio era anunciado a los pobres. Y ¿acaso no son los pobres los que más necesitan de buenas noticias?

Sucede muchas veces, sin embargo, que el evangelio se ha transformado en noticias malas, que no buenas. Con frecuencia los portavoces del Evangelio, que debíamos haber sido en realidad portadores de buenas noticias, hemos acabado como los amigos de Job, no aliviando sino afligiendo aún más al afligido con medias verdades presuntamente bíblicas o espirituales. En uno de los capítulos de este libro trataremos, específicamente, el caso de Job. Pero en general, incluso en el capítulo que dedico a la sexualidad, mi intención es la de mostrar en todo momento que el amor de Dios jamás nos abandona. El sufrimiento humano puede tener muchas causas, pero no tiene porqué indicar, necesariamente, una deficiencia de la fe o la falta de santidad de quien lo padece. Al contrario, puede tratarse de una persona que ha decidido tomar su cruz cada día y seguir a Cristo.

Partiendo de la realidad aparente que el evangelio arranca desde el «fracaso» de una vida que se extingue sobre una cruz imperial romana, mi propósito con este libro es lograr que todos aquellos que se sienten olvidados por Dios, descubran que tienen mucho en común con Jesús.

Y por último, un tercer elemento que comparten todos los capítulos de este libro: todos ellos, antes de tomar la presente forma literaria, fueron predicaciones o conferencias pronunciadas ante una o más iglesias, congresos o retiros en diversos países de América y Europa. Cada capítulo tiene su propia historia, su propio génesis. Espero, sin embargo, que todos conserven al convertirse en letra impresa algo de la frescura del discurso oral que les dio vida.

Burgos, 1997

Capítulo 1.

Dios, que sufre

Hace algunos años mí hermana y mi cuñado, que a la sazón vivían en Texas, Estados Unidos, pasaron algunas semanas con nosotros en Burgos. Mi cuñado es una persona muy agradable. Es una de esas personas que te hace sentir que nunca en la vida ha oído algo tan interesante e importante como lo que tú estás opinando en ese momento. También tiene una mente muy analítica.

Una mañana cuando íbamos a desayunar hice lo que siempre hacemos en casa. Di gracias a Dios por el día, por el desayuno… En fin, expresé a Dios lo que sentía en aquel momento. Luego, mientras untábamos el pan con mermelada y sorbíamos el café Pablo, que así se llama mi cuñado, me fijó su mirada intensa.

—Dionisio —me dijo con su suave y melodioso deje colombiano, —¿A qué o a quién te figuras que te diriges cuando oras?

Casi se me atraganta el café. ¡Menudo tema para empezar el día! No recuerdo lo que le respondí. Pero quiero proponer esa pregunta de Pablo como síntesis del tema a tratar en los próximos párrafos: ¿A qué o a quién te figuras que te diriges cuando oras? ¿Qué o quién hay al

otro lado de tu oración? ¿Qué o quién escucha? Si es que supones que te escuchan.

En otras palabras, hablemos de teología.

La teología no es un tema popular. Los creyentes normalmente prefieren el cristianismo como experiencia, no como reflexión teológica. Hablar de teología suena a doctrinas abstractas, alejadas de la realidad de un Dios vivo que se puede sentir, que se puede vivir, que puede cambiar el destino de nuestra existencia; un Dios que nos ama y al que podemos aprender a amar, aunque pasemos de las palabrejas filosóficas y altisonantes de los teólogos.

Pero en realidad hacer teología es inevitable para los cristianos. Porque hacer teología es sencillamente hablar de Dios. Es pensar en él, concebirle en nuestras mentes de alguna manera que para nosotros tenga significado.

Si decimos «Dios es amor», ya estamos haciendo teología: estamos hablando de Dios.

Si decimos «Dios es injusto porque permite que la gente se muera de hambre», también estamos haciendo teología. Pero en este caso es teología mal hecha.

Lo que pensamos, sentimos y decimos acerca de Dios importa. Es vital. Es fundamental para nuestra relación personal con él. Por eso la teología es importante. Por eso es importante que hagamos teología con cuidado y atención. La teología instintiva e irreflexiva, basada sencillamente en la experiencia, puede ser correcta pero también puede ser falsa. Si realmente amamos a Dios querremos pensar acerca de él con el cuidado y la justicia que él se merece.

UN DIOS PERSONAL

Vamos a empezar con Génesis 1,26-27:

Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y ejerza dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados, sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra. Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios los creó; varón y hembra los creó.[1]

Lo primero que hemos de notar es que nosotros, los seres humanos, hemos sido creados de tal modo que nos parezcamos a Dios. Esto es fundamental. Tenemos que tomárnoslo seriamente.

Yo nunca he visto el Río Amazonas. Pero he visto correr agua una multitud de veces. He visto muchas cosas que se parecen fundamentalmente a la realidad esencial del Río Amazonas. He visto corrientes que bajan de las montañas con el agua pura y cristalina de los manantiales. He visto el agua sucia con el barro y la erosión de las riadas causadas por una tormenta de lluvia. He visto como el agua tuerce hacia un lado y otro siempre descendiendo hacia el mar. He visto la desembocadura de varios ríos en el mar. He vivido un año a orillas del Río Paraguay. He visto como subían y bajaban los barcos llenos de mercancía y pasajeros. He visto cómo se divisaba la selva en la ribera de enfrente y cómo iban y venían las

[1] Aquí y en citas bíblicas sucesivas, a no ser que se indique lo contrario, las citas son de la *Biblia de las Américas*, © 1986 The Lockman Foundation.

embarcaciones que cruzaban los cien o doscientos metros de anchura que tenía el río en aquel lugar. He nadado allí, y he notado que el agua de río tiene otro sabor que la del mar. Entonces, aunque yo nunca haya visto el Río Amazonas, tengo nociones fundamentales que me ayudan a comprender el Amazonas. Si algún día veo el Amazonas me resultará curiosamente familiar. Me recordará otras experiencias, otras corrientes, otras aguas. El Amazonas es único. No hay ningún otro río como él. Es el mayor, el más largo, el más caudaloso del mundo. Por sus orillas vive una fauna y una flora que nunca ha existido en otra parte. De modo que hay cosas del Amazonas que, si algún día lo veo, me resultarán distintas a lo que puedo imaginar. Y sin embargo mis ideas sobre el Amazonas no pueden ser del todo descabelladas.

Tampoco he visto a Dios. Pero según lo que hemos leído, cada ser humano ha sido creado a la imagen y semejanza de Dios. Una imagen distorsionada, si se quiere. No somos calcos perfectos. El modelo que me ofrece la gente a mi alrededor puede dar lugar a muchas equivocaciones. Y sin embargo poseo algo firme sobre lo que empezar a hacerme una idea de cómo es Dios.

Ahora bien: Parece ser que la imagen de Dios en el ser humano reside en una característica en particular.

Phyllis Trible, profesora del Union Theological Seminary de Nueva York, ha señalado el particular significado que tiene la construcción de Génesis 1,27. Este versículo está compuesto por tres frases paralelas, siguiendo antiquísimos patrones poéticos hebreos.

Las primeras dos frases son prácticamente idénticas. Lo único que cambia es el orden de sus componentes:

> Creó Dios *al hombre* **a imagen suya**,
> **a imagen de** Dios *lo* creó.

Este paralelismo cuidadoso entre las dos primeras frases, que son absolutamente equivalentes, nos prepara el camino para la revelación sorprendente que hallamos en la tercera frase. Esta frase es paralela a las otras dos. Su significado es cuidadosamente equivalente al de las anteriores. Allí también tenemos a Dios que creó al ser humano. Y en el sitio donde correspondía poner: «a imagen de Dios», pone «varón y hembra».

> Creó Dios *al hombre* **a imagen suya**,
> **a imagen de** Dios *lo* creó;
> **varón y hembra** *los* creó.

El versículo esta escrito con atención esmerada, con la intención de que comprendamos el hecho de que la imagen de Dios en nosotros se halla precisamente en la dualidad sexual del ser humano.[2]

¡Bueno!

¿Y qué hacemos con esto?

Creo que hay por lo menos dos cosas que podemos aprender aquí.

En primer lugar, descubrimos que sin las mujeres es imposible hablar del ser humano como creado a imagen

---

[2] Phyllis Trible, *God and the Rhetoric of Sexuality* (Philadelphia: Fortress, 1978), pp. 16-21.

de Dios. Por algún motivo hay mucha gente que imagina a Dios en términos exclusivamente masculinos. Dios no es masculino. En todo caso es femenina y también masculino, como la humanidad misma. Pero un dios exclusivamente masculino es un dios pagano. No es el Dios de la Biblia. Este sería un tema fascinante en el que no nos vamos a detener.

Este versículo también indica que habría que denunciar conceptos machistas de la humanidad. Ser mujer no es ser menos humana. No es parecerse menos a Dios. Las culturas más jerarquizadas y opresivas generalmente son también culturas que relegan a la mujer a un plano de inferioridad. Esto es contrario a la revelación de Dios en Génesis, capítulo uno. Pero meternos en esto ahora mismo sería apartarnos de nuestro tema.

En segundo lugar, y es la idea fundamental que quisiera recoger de este versículo, Dios es un ser personal. El autor de Génesis 1 se niega a hablar de la creación del ser humano sin hablar de por lo menos dos personas en relación entre sí. Nuestra humanidad se halla precisamente en nuestra capacidad de relacionarnos unos con otros. Un ser humano que nunca haya tenido contacto con otra persona sería una aberración inconcebible. En realidad, los bebés que no reciben atención y cariño personal de parte de otros seres humanos, siempre se mueren. Esto está comprobado. La necesidad afectiva de un recién nacido es tan fundamental para que sobreviva, como su alimentación.

Y esta necesidad de relación entre nosotros, es equivalente a la imagen de Dios en nosotros.

Es imposible hablar de Dios sin mencionar su necesidad de tener con quien relacionarse personalmente. Dios es un ser cuya característica fundamental es amar y ser amado. Relacionarse. Dios no es un concepto, una idea abstracta o filosófica. No es un creador mecánico que se desentiende de su creación. Es un ser personal en relación con otros seres personales.

DIOS EL PADRE

La Biblia emplea varias metáforas para referirse a esta característica de Dios. Las metáforas son fundamentales para el lenguaje humano. Si digo «Tu desprecio es una bayoneta de acero helado que destroza mi corazón», expreso con gran economía de palabras y suma exactitud lo que estoy sintiendo. Sin metáforas el lenguaje se vuelve complicado y aburrido. Tampoco hay que confundir metáfora y realidad. El desprecio no es, ni puede ser nunca, un objeto de acero. Sin embargo la metáfora sirve perfectamente para lo que sirve. Ilustra maravillosamente la realidad.

Es curioso observar que las metáforas bíblicas más características para referirse a Dios son metáforas de relación humana.

La Biblia expresa la relación de Dios con nosotros con la metáfora de un rey y su pueblo. O la de un marido y su mujer. O la de un padre o una madre y sus hijos. La experiencia tan típicamente bíblica de un Dios que «habla» ya es una metáfora de relación humana.

Estas metáforas están preñadas de significación. Hablar de Dios como rey significa que su pueblo puede rebelarse, desobedecer sus leyes, trastornar sus planes. Hablar de Dios como marido enamorado significa que su amor puede o no ser correspondido. En realidad una de las imágenes más memorables de la Biblia es la de Dios como un marido celoso por la infidelidad de su amada, con todo lo que eso supone de sorpresa, rabia e infelicidad al no lograr hacerse amar. Del mismo modo, cuando se emplea la metáfora de Dios como padre o madre en la Biblia, típicamente tiene que ver con sus emociones y su conducta frente al desprecio y la rebeldía o el sufrimiento de sus hijos. Y por último hablar de un Dios que «habla» significa hablar de la posibilidad de que el oyente oiga solamente lo que quiere oír, que se tuerzan y tergiversen sus palabras, que se le interprete mal.

Volveremos a esto más adelante.

De momento quiero observar detenidamente la metáfora de Dios como Padre, ya que es la que usamos con mayor frecuencia.

Dios es nuestro Padre. ¿Esto qué quiere decir?

Quiero señalar que la palabra «padre» no nos dice lo mismo a todos. Cada individuo da su propio significado a la palabra «padre», según haya sido su experiencia en su propia familia. Cuando yo digo «padre», pienso en Frank, mi padre. Saltan a mi mente y memoria una serie de experiencias muy personales. Recuerdo su afecto, su disciplina, su manera de hablarme. Pienso en sus virtudes y defectos, muchos de los cuales he copiado y trasmitido

---

también a mi hijo Mateo. Recuerdo el aroma de su cabello en la almohada cuando los niños jugábamos sobre su cama. Recuerdo la aspereza de papel de lija de su mejilla cuando le besaba antes de acostarme.

Hace algún tiempo escuché a alguien explicar cómo es eso de Dios como Padre. Pedro contaba lo que sentía cuando era niño y entraba a la oficina de su propio padre, que era un empresario con muchos empleados. El orgullo que le daba saber que allí mandaba su papá. La naturalidad y confianza con la que entraba a aquella oficina a la que muchos empleados entraban con miedo. Porque en aquella oficina no era lo mismo ser un empleado que ser el hijo del jefe.

Y bien. Las experiencias de Pedro tienen algo que ver con lo que es Dios como padre. Las mías, que fueron algo distintas, también. Y las de cualquiera. Aunque hubieran sido totalmente distintas.

Pero el que nos enseñó a tratar a Dios como Padre fue Jesús. ¿Qué significaba esta metáfora para Jesús?

Bueno, cuando Jesús dice que Dios es nuestro Padre, evidentemente no está pensando en mi padre, Frank. Ni en el padre de Pedro.

Jesús está pensando en José.

José es la persona que desde la más tierna infancia de Jesús, le enseñó el significado de la palabra «padre».

Cuando yo pienso en la relación de José y Jesús descubro, efectivamente, unos matices de significado que

son claramente paralelos al trato de Dios con la humanidad.

José ejemplifica para mí la aceptación incondicional de Dios.

Aceptación que incluye la disposición a sufrir injustamente por causa de sus hijos. Aceptación totalmente abierta al futuro. El amor de María para Jesús era absolutamente natural, instintivo, humano. Después de todo ella era su madre. Las madres aman. Pero el amor de José tenía características divinas porque José pudo haberle rechazado. Rechazándole se hubiera evitado muchos problemas. Pero José decidió aceptarle y sufrir las consecuencias.

Imaginemos esta escena:

Entra José al bar una tarde para tomarse un vinito después de cerrar la carpintería. Está cansado. Algunas virutas le cuelgan de la barba y el mono de trabajo está moteado con serrín. Ahí están sus compañeros y amigos, los hombres de Nazaret. Cuando se acerca a la barra nota que algunos le miran, se dan codazos y se ríen entre sí.

—¿Qué hay? —saluda.

—Oye, José —suelta uno con una sonrisa grosera. —De penalti, ¿eh? Tú y María. ¡Quién lo hubiera creído! Pensar que todos te creíamos un santurrón.

—¡Calla! —dice José sin pensárselo. —Que no he sido yo.

—¡Que no has sido tú! —Ahora le miran todos, atónitos.

—No —José empieza a darse cuenta de su error, pero ya es demasiado tarde. —El padre ha sido el Espíritu Santo.

—¡El Espíritu Sant…!

Las carcajadas empiezan a resonar. Allí en el rincón, la máquina tragaperras suelta un puñado de monedas acompañadas con música sintética. Pero nadie le presta atención al premio. Están absortos en José, el tontazo inocentón al que la novia ha engañado tan descaradamente.

Sí, los problemas que le trajo Jesús a José empezaron incluso antes de que naciera. Jesús le trajo las burlas y el desprecio de sus amigos.

Otra escena:

Un taller con un gran cartel sobre el portal: SE TRASPASA CARPINTERÍA. Adentro, nos encontramos con José, que acaba de cerrar el trato con un comprador. Ha tenido que traspasar mal, con muchas prisas. Lo que le dan es lo justo para acabar de pagar el crédito al banco y poco más. Echa una última mirada a su alrededor. La sierra, todavía nueva, con la que tanto había soñado. Los cepillos, gatos, formones y gubias. Algunas puertas y ventanas apoyadas contra la pared. Las había hecho por encargo, pero nunca las pasaron a recoger. ¡Cuántas ilusiones encierra este taller! Este taller que ya no es suyo.

Mañana saldrá de viaje con María y el niño. A Egipto. Habrá que cruzar el desierto. Se le escapa un suspiro de preocupación. Lo poco que ha sacado del traspaso se lo

gastará en el viaje. ¡Ojalá no falte! En Egipto habrá que volver a empezar. De cero. Todo por el niño.

Luego, ¿qué decir de la masacre de los niños de Belén? Para nosotros aquella masacre resulta algo lejano y anónimo; una historia tan resabida que ya no es capaz de despertar nuestro dolor. La festividad de «el Día de los Inocentes» se nos antoja más bien una ocasión jocosa, oportunidad para gastarle una broma a un amigo. Pero para José aquellos inocentes no eran anónimos. Belén era su pueblo. Su pueblo natal; el pueblo de su infancia. Belén era un pueblo pequeño: su población difícilmente superaría el centenar o dos de habitantes. Esos niños masacrados eran los hijos de los amigos de infancia de José. Algunos de ellos, no cabe duda, fueron sus propios sobrinos y primos. José hubiera sido capaz de reconocer personalmente a cada uno de los masacrados por Herodes.

Es difícil imaginar la profundidad del dolor de José ante aquella masacre. Hay que suponer que le asaltaron durante toda la vida profundos sentimientos de culpabilidad: «¿Qué desastre he traído sobre estos niños por llevar ahí a parir a María, por huir sin dar aviso a los demás?» La pura lógica le podría haber hecho reconocer que el culpable fue siempre Herodes; pero los sentimientos de remordimiento y culpabilidad no suelen seguir la frialdad de la lógica.

¿Cómo volver un día a Belén? ¿Cómo mirar a los ojos a sus amigos, primos, hermanos y hermanas que habían perdido sus hijos cuando él había salvado a Jesús?

José estuvo dispuesto a aguantar burlas, desprecio, la ruina y la pobreza, la emigración, porque aceptó a Jesús. José enfrentó la tragedia familiar, el dolor y los más destructivos sentimientos de culpabilidad por el mero hecho de querer ser un buen padre para Jesús y protegerle de un tirano asesino.

Me gusta imaginar que José fingía muy bien. Que hacía como que todo aquello había sido muy natural. Que no tenía nada de extraordinario. Y me gusta imaginar que Jesús era un niño muy intuitivo. El tipo de niño que se da cuenta de lo que pasa. El tipo de niño que pregunta un día: «Papá, ¿por qué nos fuimos a Egipto cuando yo era pequeño?» Y aunque José tratara de dar rodeos y fingir que no había significado nada para él, me gusta imaginar que Jesús se daba cuenta de lo que le había costado a José ser su padre.

Y cuando Jesús ya es un adulto y habla con Dios, aquel a quien él se figura que se dirige es igual a José.

Me imagino a Pablo mi cuñado haciéndole la pregunta fundamental de la teología a Jesús: «¿A qué o a quién te figuras que te diriges cuando oras?»

Y me imagino a Jesús contestando: «Alguien que me acepta incondicionalmente. Alguien que me recoge en su familia y me da un hogar. Alguien que está dispuesto a sufrir injustamente por mi causa. Alguien como José.» Luego me lo imagino acercándose como para comentarle algo confidencial: «Mira, te diré una cosa, Pablo. Entre tú y yo, ¿vale? Cuando hablo con Dios, le trato de Papá.»

EL SUFRIMIENTO DE DIOS

Un examen cuidadoso de otras metáforas de la relación de Dios con nosotros nos daría resultados parecidos. Particularmente estoy pensando en la figura de Dios como una madre que sufre horrores al ver sufrir a sus hijos. El amor maternal de Dios es uno de los conceptos más elementales del Antiguo Testamento. Ciertas metáforas antropomórficas que contiene la Biblia imaginan a Dios con órganos: por ejemplo, típicamente, su brazo protector. Sin embargo, aunque nos hemos acostumbrado a llamarle Padre, la Biblia nunca le atribuye órganos sexuales masculinos. Sí le atribuye el principal órgano sexual femenino: el útero. Jeremías 4:19 nos tiene a Dios gimiendo, exclamando ante el dolor de sus «entrañas». Nuestras traducciones deberían ser más específicas, indicando que se trata de la matriz.[3] Según el profeta Jeremías, Dios nuestra Madre sufre (metafóricamente, por supuesto) dolorosas contracciones como de parto al pensar en el sufrimiento de su pueblo.

El catolicismo romano está técnicamente en el error pero psicológicamente en la verdad al haber creado la figura de la Virgen como diosa Madre de los cristianos. Si Dios tiene que ser exclusivamente Padre, masculino, la veneración de la Virgen se hace casi obligatoria. Los evangélicos estamos técnicamente en la verdad al rechazar el culto a la Virgen, pero nos hallamos psicológicamente

[3] La fuerza dramática de este texto obliga a entender la palabra מעה aquí como sinónimo de רחם, tal y como se entiende también por ejemplo en Rut 1,11 e Isaías 49,1.

en el error, insatisfechos, si vemos a Dios exclusivamente como Padre y no como Madre también. Es cierto que Jesús nunca nos enseñó a empezar nuestras oraciones «Madre nuestra…»; pero el Dios de la Biblia es tan Madre como Padre. Sus cualidades femeninas son tan importantes y reconfortantes como sus cualidades masculinas. Al fin de cuentas, tanto una cosa como la otra no son más que metáforas, útiles por la luz que puedan arrojar sobre nuestra relación.

Hablar de Dios como un ser personal en relación con nosotros, hablar de él como padre que acepta a su hijo incondicionalmente, aunque el hijo le traiga vergüenza y sufrimiento, hablar de Dios como madre que sufre al ver el sufrimiento de sus hijos, es hablar de Dios que se compromete con su creación. Es hablar de las limitaciones que nosotros suponemos para la autonomía e independencia de Dios. Es hablar de la manera en que Dios ha condicionado su propia felicidad y su propio futuro a lo que nosotros decidamos.

El Dios de la Biblia, el Dios que se relaciona con la humanidad, es un Dios que hace promesas.

¿Qué supone prometer?

El 18 de enero de 1975 yo prometí a Connie que la amaría, protegería, cuidaría y le sería fiel hasta que la muerte nos separara. Aquella promesa supuso una limitación tremenda a las posibilidades que el futuro contenía para mí. ¡Cuántas aventuras amorosas me he perdido! ¡Cuántas relaciones interesantes! ¡Cuántas cosas podría haber hecho, lugares podría haber conocido,

experiencias podría haber vivido, si no fuera porque aquel 18 de enero de 1975 le di mi palabra! Connie me podría haber hecho desdichado. Me podría haber hecho sufrir. En aquel momento yo no sabía cómo sería ella como esposa. Pero si yo soy una persona que cumple sus promesas, e intento serio, no la podría haber dejado por otra mujer. Todavía le queda tiempo para hacer de mi vida un martirio y una pesadilla. Pero si soy una persona que cumple sus promesas, mi futuro es inseparable del de ella.

Desde el momento que el Dios de la Biblia es un Dios que promete, ya deja de ser un Dios omnipotente. Esa palabreja, «omnipotente», expresa la capacidad teórica de hacer cualquier cosa. El Dios de la Biblia no puede hacer cualquier cosa. No es omnipotente. Desde que ha dado su palabra, hay cosas que no puede hacer y cosas que tiene que hacer. Obligatoriamente. Porque Dios no falta a su palabra. Cumple lo prometido.

Dios le prometió a Noé, después del diluvio, que la vida de este planeta nunca será destruida por el agua. Hay muchas maneras en las que puede acabar la vida de este planeta. Podemos pensar en guerras nucleares o en la contaminación del sistema ecológico. Los científicos nos dicen que dentro de algunos miles de millones de años el sol será tan grande que llegará a abarcar lo que hoy es la órbita de la tierra. A la tierra le espera, efectivamente y aunque Dios no interviniera antes, un final de fuego. Lo que nunca habrá es una inundación que acabe con toda la vida del planeta. Dios se lo prometió a Noé.

Dios prometió a Abraham que de su descendencia vendría bendición para todas las naciones. Luego resultó

que la descendencia de Abraham no era digna de tal privilegio. Rechazó a Dios. Adoró a ídolos y baales. Traicionó los principios morales y éticos de la ley divina. Cometió todo tipo de abominaciones. En alguna ocasión, se recordará, Dios se vio tentado a destruir a todo el pueblo de Israel. Pero Moisés intercedió, haciéndole recordar sus promesas. La Biblia dice que entonces Dios se arrepintió de haber pensado destruir al pueblo. ¡Se arrepintió incluso de que se le hubiera ocurrido faltar a su promesa!

El Dios de la Biblia no es omnipotente. La naturaleza de su relación con los seres humanos le condiciona, le ata, impide una infinidad de posibles acciones.

Dios se las ha jugado todas por la humanidad. Dios se las ha jugado todas por ti y por mí.

Y nosotros le hemos traicionado. Recordemos el Edén:

¡Con cuánta ilusión preparó Dios el medio ambiente ecológico ideal para la raza humana! ¡Qué bien se lo pasó creando animales, insectos, plantas, flores, ríos, montañas, todo el derroche de belleza que caracteriza a este planeta! Luego puso en medio de aquel vergel la obra culminante de su creación. Al ser humano, varón y hembra, creados en su propia imagen. Seres a los que podía amar. Seres que le podían amar a él. Seres capaces de relacionarse con él con integridad y respeto mutuo.

Dice que Dios se paseaba entre ellos, disfrutaba de la compañía y el afecto puro e íntegro de sus amigos, los seres humanos.

Pero había algo que podía destruir todo aquello. Los seres humanos estaban hechos para conocer el bien. Conociendo el bien prosperarían, se reproducirían, nunca morirían, el idilio romántico con su Dios sería eterno. Pero el conocimiento del mal les destruiría. Sería su ruina. Causaría su muerte. Nosotros creemos que es natural que el ser humano conozca el mal además del bien. Nos parece una parte normal de la existencia humana. También tenemos asumida, por lo menos en cierta medida, la realidad de la muerte. Puesto que conocemos el mal, nos damos cuenta que la vida eterna se tornaría aburrida, fastidiosa, triste y deprimente. La vida eterna en estas condiciones significaría aumentar infinitamente nuestro sufrimiento como seres humanos.

Pero, ¿qué supuso para Dios enfrentarse con la destrucción de lo que él había creado con tanta ilusión? ¿Qué le costó ver el sufrimiento y la muerte de los seres que él había creado para que fueran sus compañeros eternos? ¿Qué tuvo que sufrir internamente al verles marchar del Edén, para empezar una vida nueva; una vida difícil, llena de problemas, envidias, guerras, hambre y soledad?

Solemos imaginar un Dios frío y vengativo:

—¿Comieron del fruto prohibido? ¡Peor para ellos! ¡Que se fastidien! ¡Hala! ¡Fuera de este huerto, que me lo echáis a perder!

¡Peor para ellos, nada! ¡Infinitamente peor para él mismo! A Dios no le da lo mismo bendecir que castigar. Prefiere infinitamente bendecir. Odia el pecado porque

odia las consecuencias del pecado. No le da lo mismo poder ser generoso contigo que tener que refrenar su generosidad. A Dios no le da igual verte sufrir la soledad que has elegido. Verte sufrir las consecuencias de tu orgullo y obstinación. Verte sufrir enfermedades, depresiones, tristeza, la degeneración de tu vitalidad con la vejez y el avance de la muerte.

¡No le da igual! ¡Le importa!

¡Le duele!

¡El también sufre!

Y sufre la desesperación de saber que, por respetar la integridad de nuestras decisiones como seres humanos incondicionados, tiene que dejarnos sufrir.

A Dios no le da igual que le amemos o le despreciemos. No le da igual que respondamos a su afecto paternal y maternal con indiferencia. No le da igual que elijamos otras prioridades, otros dioses, otras obsesiones, que la de relacionarnos con él como corresponde.

La Pasión del evangelio empieza mucho antes de Semana Santa. El sufrimiento empezó cuando se acabó la alegría del Edén. Es por la intensidad de ese sufrimiento que Dios pudo contemplar, como mal menor, el sufrimiento que le depararía la Semana Santa.

Ante un Dios así, sólo cabe una respuesta legítima: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todas tus fuerzas, y con toda tu alma». Este es el primero, el más importante de todos los mandamientos.

Capítulo 2.

El significado de la salvación

La historia de Zaqueo (Lucas 19:1-10) siempre fue una de mis favoritas en la niñez. Cuando nos la contaban siempre nos identificábamos con Zaqueo. Como niños entendíamos perfectamente la situación de no poder ver bien lo que sucede cuando se amontona la gente. Es la situación que se crea todos los años en la Plaza Mayor de Burgos cuando llega la cabalgata de los Reyes Magos. La cabalgata es para los niños, pero no hay forma de que la vean los niños a no ser que se abran paso hacia la primera fila a codazos o sus padres les suban a caballo sobre sus hombros.

De modo que cuando nos contaban que Zaqueo era un hombre tan bajito que tuvo que subirse a un árbol para poder ver a Jesús, los niños instintivamente nos sentíamos a gusto. Este era un relato a nuestra medida, que reconocía nuestros problemas. ¡Qué deleite nos causaba entonces escuchar que entre todos los adultos que rodeaban a Jesús, él se fijara precisamente en el pequeñajo! ¡Toma! ¡Que se mueran de envidia los mayores! Jesús prefiere a los pequeños como nosotros.

De ahí en adelante el relato perdía interés. Si me hubieran preguntado en qué acabó el encuentro entre

Jesús y Zaqueo, hubiera contestado que Jesús se fue a la casa de Zaqueo a cenar, y que Zaqueo se convirtió. Y si luego me hubieran preguntado qué era eso de convertirse, hubiera contestado que Zaqueo (1) recibió a Cristo en su corazón, (2) empezó a leer la Biblia y (3) empezó a asistir a una iglesia evangélica.

Pero ahí donde como niño yo perdía interés y empezaba a pensar en frases hechas, es donde como adulto tengo que volver a enfrentarme con el texto. ¿Qué es lo que describimos los cristianos con la palabra «salvación»?

En el Capítulo 1 hicimos algo de teología. En el presente haremos algo de «soteriología». Hacer soteriología no es otra cosa que hablar acerca de la salvación cristiana. Evidentemente, para un cristiano, hablar de salvación es tan fundamental como hablar de Dios.

La palabra «salvación» es una palabra muy manoseada por los cristianos. Todos pensamos que sabemos lo que quiere decir, pero pocas veces nos ocupamos en descubrir lo que quería decir para Jesús y los apóstoles. Veamos entonces dos ejemplo bíblicos de la salvación que tenemos en Cristo.

LA SALVACIÓN DE ZAQUEO

El primer ejemplo viene de la historia de Zaqueo, entonces.

Y descubrimos que la salvación que declara Jesús sobre Zaqueo viene como consecuencia de un arrepentimiento y

unas promesas de acción, que son las que dan a entender que en efecto existe tal arrepentimiento.

Luego descubrimos que el pecado del que Zaqueo se tuvo que arrepentir fue el del amor al dinero. Zaqueo era un publicano, o sea un recaudador de impuestos para el gobierno de ocupación imperialista romana. Era un colaborador con los opresores. Se identificaba más con el César que con su propio pueblo subyugado. Pero Zaqueo no se identificaba con el César por motivos políticos o ideológicos. Es que el César figuraba en las monedas de oro. En realidad no era el César lo que a Zaqueo le interesaba; le interesaba el oro.

Ahora bien: Zaqueo hacía un trabajo honesto y legal. Los tiempos eran difíciles y él había tenido la suerte de conseguir un puesto en la administración pública. En ese puesto Zaqueo hacía un trabajo concienzudo y honesto. Estaba tan confiado de su honestidad que llegó a prometer que devolvería cuadruplicada cualquier ganancia deshonesta de la que se le pudiera acusar. Está claro que de haber sido un estafador no hubiera podido hacer esto. Con devolver peseta por peseta se hubiera quedado en la ruina. Devolver cuadruplicado hubiera sido imposible. De modo que el problema de Zaqueo con el dinero no era que lo robara o estafara.

El problema que tenía Zaqueo con el dinero tenía dos partes.

La primera ya la hemos mencionado. Su necesidad de dinero le condujo a aliarse con los opresores, con las fuerzas políticas y militares que explotaban a su propio

pueblo. Perdió la perspectiva moral por causa de sus necesidades materiales. No quiso darle importancia al hecho de que hay trabajos que nos separan del prójimo, ocupaciones que expresan insolidaridad con los que sufren. Hasta aquí nos sentimos cómodos con la acusación contra Zaqueo. Cuando leemos la Biblia aceptamos el punto de vista bíblico de que los publicanos eran los malos de la sociedad judía de su día.

Pero el relato de Lucas 19 no nos dice que Zaqueo haya abandonado su trabajo. Es posible que haya cambiado de ocupación, pero no lo sabemos. Sí sabemos lo que hizo Zaqueo respecto al otro problema que tenía en cuanto al dinero.

El segundo problema que tenía Zaqueo respecto al dinero es que se lo quedaba para sí.

Zaqueo era rico.

> *¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego.*
>
> —Santiago 5,1-3

Con estas palabras Santiago se hacía eco de otras de Jesús, que ya antes había exclamado: « ¡Ay de vosotros los ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo». Volveremos luego a estas palabras del Señor. De momento bástenos con observar que Jesús y Santiago son absolutamente fieles al pensamiento bíblico profético. Porque Amós había exclamado siglos antes:

¡Ay de los reposados en Sion, y de los confiados en el monte de Samaria… Duermen en camas de marfil, y reposan sobre sus lechos; y comen los corderos del rebaño, y los novillos de en medio del engordadero; gorjean al son de la flauta, e inventan instrumentos musicales, como David; beben vino en tazones, y se ungen con los ungüentos más preciosos; y no se afligen por el quebrantamiento de José. Por tanto irán a la cabeza de los que van a cautividad, y se acercará el duelo de los que se entregan a los placeres.

—Amós 6,1-7

Zaqueo se quedaba con todo su dinero y era ese su pecado. Y él supo interiormente que ese era su pecado. Ante la presencia de Jesús en su casa reconoció la gravedad de su conducta. De modo que se arrepintió. Esto no es exactamente lo mismo que yo entendía de niño cuando me hablaban de recibir a Jesús en el corazón. Es más como recibir a Jesús en la cartilla del banco. Porque el efecto del arrepentimiento de Zaqueo fue que se dio cuenta que le sobraba la mitad de lo que poseía. Y dándose cuenta de este hecho, repartió esa mitad entre los pobres.

Y Jesús dio un salto de alegría y anunció: —Hoy ha venido la salvación a esta casa.

Así de sencillo. No seamos tan abstractos y teológicos cuando hablamos de la salvación. Jesús entendió que la salvación se manifestó cuando un hombre rico se deshizo de la mitad de sus posesiones.

A mí esto me encanta. ¡Me parece tan práctico! ¡Porque Zaqueo se quedó con la otra mitad! Se quedó con lo que de verdad necesitaba. No es que Zaqueo fuera a la ruina para

ayudar a otros. Esto sólo hubiera creado un arruinado más al que la sociedad tendría que alimentar. No. Zaqueo hace cuentas y ve que en su caso en particular, con la mitad le basta. Luego, con la otra mitad, se hace solidario con sus prójimos que sufren.

Y a esto Jesús lo llamó «salvación».

Pero quiero que observemos una cosa muy importante. Esta salvación no es solamente una experiencia personal de Zaqueo. La salvación afecta a toda su casa. «Hoy ha venido la salvación a esta casa». Esta acción de Zaqueo abre nuevas posibilidades para su esposa en relación con sus vecinas, cambia radicalmente el futuro de sus hijos, y modificará las actitudes de sus sirvientes. Todos los que tienen que ver íntimamente con Zaqueo se verán afectados. Todos perderán poder adquisitivo y prestigio social. Todos se verán obligados a ver al prójimo desde otra perspectiva más solidaria. Esto es porque Zaqueo no actúa en un vacío, sino como integrante de una casa. La salvación es una realidad social, que afecta profundamente a los que nos rodean.

EL CARCELERO DE FILIPO

Vamos ahora a otra escena de salvación en el Nuevo Testamento. Vamos a otra casa que experimenta grandes cambios por la fe del padre de familia. La casa del carcelero de Filipo. Esto está narrado en Hechos 16:23-34. Esta es otra historia que recuerdo desde mi niñez: La escena de Pablo y Silas que cantan en la cárcel a pesar de los azotes y los grillos.

En mi juventud conocí a otro cristiano que cantó en la cárcel. Se llama Antonio y estaba haciendo el servicio militar en Argentina. Un fin de semana cuando estaba de permiso se enteró que su comunidad iba a hacer ayuno el lunes siguiente. No recuerdo el motivo del ayuno. Sí recuerdo que Antonio decidió adherirse. De modo que la mañana del lunes, cuando les mandaron formar fila para ir a desayunar, él le dijo al sargento que no probaría bocado ese día. Al sargento esto le olía a insubordinación, de modo que insistió en que fuera al comedor. Cuando seguía negándose a desayunar le mandaron al calabozo. Castigado con un día entero sólo en una celda y además, sin comer.

Antonio no cabía en sí de alegría. Era la situación perfecta para su ayuno. Se pasó el día estupendamente orando, cantando y por supuesto, ayunando. No le podían haber salido mejor las cosas. Pero cuando los guardias comentaron a sus superiores que Antonio se había pasado el día cantando en la celda le mandaron al psiquiátrico. Allí le drogaron, le hicieron toda una batería de exámenes sicológicos. Pasó un par de semanas increíbles. Las drogas le hacían alucinar y perder el conocimiento. Pero en cuanto volvía en sí más alababa a Dios. Al final le dieron de baja por loco.

Esto me lo contó Antonio entusiasmado, cuando se enteró que yo corría riesgo de cárcel por negarme como cristiano a hacer el servicio militar. Según Antonio, las autoridades militares mismas tuvieron que reconocer que el cristianismo consecuente era incompatible con el servicio militar. ¡Ojalá fuera cierto! ¡Ya sería un logro que

todos los cristianos nos diéramos cuenta de esa incompatibilidad![1]

De modo que allí están Pablo y Silas, pasándolo normal en la presencia del Señor. Cantan, oran, recitan versículos de memoria, vuelven a cantar. Oran por los magistrados que les han hecho azotar, oran por los funcionarios que les han azotado, oran por el carcelero que les vigila: «Padre, no les tengas en cuenta lo que nos han hecho». Luego vuelven a cantar. Una bonita velada.

Y luego, a la medianoche, un terremoto y una serie de sucesos muy extraños.

Ahora llegamos a la parte que más me fascina. Imaginemos que tú y yo estamos entre los presos esa noche. Un terremoto sacude la cárcel. Cuando se nos pasa la impresión empezamos a dar voces y buscar entre los escombros, salvando a los heridos y comprobando si hay muertos. Recordemos: es la medianoche en una cárcel que incluso de día tiene que haber sido muy oscura. No se ve nada. Todo hay que hacerlo a tientas. En aquella confusión ni nos hemos dado cuenta que las cadenas se han soltado. Nadie huye. Todos colaboran con las tareas de salvamento entre los presos.

Pasa más de una hora. Al fin se perfila en la puerta la silueta del carcelero. Detrás de él alguien sostiene una antorcha y ahora es cuando nos damos cuenta que todo este rato la puerta había estado abierta. Luego observamos

[1] Léase Dionisio Byler, *Los genocidios en la Biblia* (Terrassa: CLIE, 1998).

allí, en el marco de la puerta, que el carcelero desenvaina su espada.

¿Qué piensas tú que se propone el carcelero?

Hay una única cosa que nos podemos imaginar. Está allí, con la espada en la mano, para defender la salida de la cárcel. La puerta ha cedido, pero él, personalmente, evitará nuestra huida. ¿Acaso se puede pensar otra cosa?

¡Cuál no sería nuestra sorpresa, entonces, al escuchar la voz de Pablo a nuestro lado!:

—No te hagas ningún daño —grita, —pues todos estamos aquí.

En realidad tú y yo somos los únicos asombrados. Porque todos los demás en la cárcel se han dado cuenta de que lo que pensaba hacer el carcelero de Filipo era suicidarse. Ellos se han dado cuenta, como Pablo se ha dado cuenta, porque no son occidentales modernos como tú y yo. Nosotros somos una raza individualista, que ve a cada ser humano como una isla. Entonces cuando vemos al carcelero con su espada en la mano pensamos en Rambo. Vemos un hombre solitario, violento y armado.

Pero los orientales y los hombres de la antigüedad no lo hubieran visto así. Para ellos el carcelero de Filipo no es una isla. Es parte de una familia, parte de un grupo de personas que dependen íntimamente unos de otros. Sus acciones, sus actitudes y su pensamiento no se centran en salvar el pellejo sino en salvar su casa. Ahí está otra vez ese concepto de solidaridad. La casa, el grupo de personas que comparten una identidad profunda.

Si el carcelero hubiera llevado a cabo su suicidio, nosotros no hubiéramos comprendido la acción. Para nosotros, los occidentales modernos, el suicidio es una evasión. Es escaparse de la realidad. Es el producto de la desesperación y frustración personal. Es tirar la toalla, decir: «No quiero luchar más, no puedo enfrentarme con la realidad».

Entonces el suicidio del carcelero de Filipo nos resulta un enigma incomprensible. ¿Suicidarse porque se han escapado unos presos? En todo caso que me juzguen y que me mate el verdugo. De todos modos pondré un buen abogado que alegará el atenuante de un terremoto que soltó las cadenas y abrió las puertas. Tengo buenas posibilidades de salvarme.

Pero en oriente y en la antigüedad este no es el significado del suicidio. Y esto nos lo podrían decir incluso los niños de Japón o de la China. El suicidio para ellos no es evadirse de la situación, sino asumir la situación. Es saberse culpable de haber perjudicado a la familia. Es asumir que por mi culpa ha recaído deshonra sobre los míos. El suicidio absuelve de culpa y de deshonra a mis seres queridos. Para ellos mi suicidio será un golpe trágico. Pero será también una última acción noble y valiente que borra de la memoria la vergüenza de mis acciones previas.

Pablo ha comprendido perfectamente la situación en la que se halla el carcelero de Filipo. Él era el responsable de la cárcel. Tendría que haber estado en su puesto. Pero había estado durmiendo. Al primer temblor de la tierra tendría que haber ordenado a sus subordinados que

evitaran la fuga de los presos. Pero había seguido durmiendo. Al final se había despertado, vaya a saber por qué. O quizá se hallaba lejos de su puesto cuando sacudió el terremoto, y por mucho que haya corrido sólo ahora acaba de llegar. Y ahora se encuentra ante las puertas abiertas de la cárcel y tiene un momento de lucidez:

Los presos se han escapado mientras él se hallaba ausente.

Ha deshonrado a los suyos. Ya por fin se sabrá que es un irresponsable. Se hará una investigación y se descubrirán todas las irregularidades y faltas de disciplina de la cárcel. Sus subordinados hablarán para salvar el pellejo y toda su irresponsabilidad saldrá a la luz.

Hay una sola manera de proteger a su familia de los insultos, de la pobreza, de la vergüenza, de la deshonra. Le queda todavía una manera de salvaguardar el honor de su casa: el suicidio.

Pablo comprende al carcelero. Por eso cuando el carcelero le pregunta: «¿Qué debo hacer para ser salvo?» Pablo le responde: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa».

¡Tú y tu casa!

Porque Pablo sabía que el carcelero estaba más interesado en salvar a su casa que en salvarse a sí mismo. Pablo hablaba con un hombre dispuesto a perecer él mismo, con tal de salvar a su casa.

Y allí luego, en ese ambiente de solidaridad familiar, Pablo predica el evangelio de Jesucristo. ¡Por supuesto que

se bautizaron todos los de aquella casa! Les resultaba perfectamente comprensible la muerte de Jesús en solidaridad con la humanidad perdida. Esa misma noche habían vivido algo muy parecido.

Esa es la salvación que nos ofrece Jesús. Su propia muerte para borrar nuestra vergüenza, nuestra infamia y nuestra deshonra.

La vergüenza de nuestras vidas egoístas, en las que pensamos siempre primero en nosotros mismos. La infamia y deshonra de nuestra vida fácil y placentera cuando hay tanto sufrimiento en este mundo.

Los europeos y norteamericanos somos parte de ese pequeño porcentaje de la población mundial que consume la gran mayoría de los recursos del planeta. Se nos informa que más que el 50% de las personas de nuestra generación padece hambre y desnutrición. Mientras tanto nosotros seguimos obsesionadas con nuestros «rollos» personales como si fueran trascendentales e importantes. Buscamos una salvación que, habiendo calmado nuestras conciencias intranquilas, alimente nuestro egoísmo por medio de la bondad infinita de Dios.

EL EVANGELIO, SOLUCIÓN PARA LA HUMANIDAD

Es así como los cristianos a veces caemos en la tentación de promocionar el evangelio como una solución fácil y superficial para los problemas de la humanidad. ¿Estás enfermo? El Señor siempre te sanará. ¿Necesitas trabajo? Pide el trabajo que quieras, que Dios te lo dará. ¿Quieres un coche nuevo? Pídelo; pero mejor es que pidas

un Ferrari rojo, descapotable, con motor de doce cilindros y velocidad punta de 240 Km/h, aire acondicionado, tapicería de piel negra y radio cassette con Compact Disc incorporado. ¿Para qué conformarte con menos? ¿Quieres tomarte unas vacaciones en Río de Janeiro? ¡Incrédulo!: ¿Qué esperas para pedírselo a Dios? Si realmente eres íntegro en tu cristianismo te casarás con la mujer más bella de la ciudad. Tu marido será el más comprensivo de todos. Siempre te irá inmejorablemente en los estudios y el trabajo.

Este cristianismo visto con color de rosa tiene su motivo de ser. Hemos descubierto un Dios que nos ama personalmente. Hemos conocido a Dios como un padre maternal. Hemos creído la promesa: «Pedid y se os dará». Muchas veces hemos pedido y nos hemos asombrado al ver que funciona. ¡Hemos recibido lo que habíamos pedido! De modo que es comprensible que a veces caigamos en la promoción de ese cristianismo parecido a las rebajas del Corte Inglés.

Bueno, yo creo que Jesús es, efectivamente, la solución para los problemas de la humanidad. Si no, no me dedicaría al ministerio ni me molestaría en escribir apasionadamente sobre el evangelio de Jesucristo. Pero no creo que esta solución sea fácil ni superficial. La solución para el mundo sigue pasando hoy, como pasó en la vida de Jesús, por la certeza de la cruz que nos espera.

¡Sí! El evangelio es la solución para los problemas de la humanidad. Pero ojalá la humanidad no tuviera peores problemas que mis catarros, mis depresiones, mi necesidad de un coche mejor o mi necesidad de un vídeo.

La gran tragedia de la humanidad no es que yo no logre conseguir una plaza cuando me presento a una oposición. No es que yo no sepa ser feliz sin ponerme heroína. No es que pasan los años y yo sigo soltera. Somos groseramente egoístas; estamos perversamente centrados en nosotros mismos, si pensamos que es natural que Jesús haya muerto en la cruz para solucionar nuestros asuntos personales. Que esa sea la dimensión completa de su salvación.

Su salvación para nosotros es precisamente que con su muerte en la cruz él borra la vergüenza de que podamos haber sido tan egoístas, haber estado tan centrados en nosotros mismos.

Ya hemos mencionado el hambre y la desnutrición que sufre la mayoría de nuestros contemporáneos. Habría que mencionar también cómo los políticos de la tierra gastan más en armamentos que en educar a sus ciudadanos y darles atención médica, alimentación y agua potable; cómo la contaminación de nuestro planeta ha llegado a tales extremos que ya nos estamos preguntando si nuestros hijos y nietos acaso heredarán un planeta muerto.

Estos, y otros por el estilo, son los verdaderos problemas de la humanidad. Estos son los problemas que importan. Por estos motivos mueren millones de personas todos los años, y cada dos segundos muere de hambre un niño que no llega a los cinco años de edad.

Y el evangelio es la solución para los problemas de la humanidad. Pero esa solución no es fácil, superficial o cómoda. «Si alguno quiere venir en pos de mí» —dijo

Jesús, —«niéguese a si mismo, tome su cruz, y sígame». Jesús quiere embarcarnos en un proyecto magnífico; un proyecto infinitamente más grande que las mezquinas pequeñeces que nos absorben a diario. ¡Jesús se ha propuesto redimir a la humanidad entera! Pero mientras nosotros nos quedemos absortos en nuestra existencia personal no somos aptos para participar en la solución que el evangelio ofrece para la humanidad que sufre de verdad.

Dice así Lucas 6,20-26.

> *Volviendo su vista hacia sus discípulos, decía: Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. Bienaventurados sois cuando los hombres os aborrecen, cuando os apartan de sí, os colman de insultos y desechan vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre. Alegraos en ese día, y saltad de gozo, porque he aquí vuestra recompensa es grande en el cielo, pues sus padres trataban de la misma manera a los profetas.*
>
> *Pero ¡ay de vosotros los ricos!, porque ya estáis recibiendo todo vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados!, porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros los que ahora reís!, porque os lamentaréis y lloraréis. ¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!, porque de la misma manera trataban sus padres a los falsos profetas.*

Hace ya bastantes años, cuando me iniciaba en el ministerio, prediqué sobre este texto en la iglesia de

Bragado, Argentina, en la que me crié. Yo era un joven con ideas radicales, mal vestido, pelo hasta los hombros y barba desaliñada, y aunque figuraba en la comisión pastoral de aquella iglesia, no todos me respetaban. De modo que a la mitad del sermón uno de los ancianos, de tez morena y calva rodeada por nobles canas, ya no pudo aguantar más. Se puso de pie, allí donde era su costumbre inamovible sentarse todos los domingos, en el tercer o cuarto banco de la derecha, y me interrumpió con firme voz.

—Me opongo a lo que estás diciendo —dijo. —Todos nos sabemos de memoria las bienaventuranzas. Dicen que bienaventurados los pobres en espíritu. ¡En espíritu! No nos vengas con eso de bienaventurados los pobres. Dice que los que tienen hambre y sed de justicia. Pero vos solamente decís hambre.

Cuando acabó expliqué que, efectivamente, en Mateo las bienaventuranzas vienen como él las recordaba, sin embargo en Lucas vienen como las acabamos de leer. Entonces se sentó, pero no sin antes protestar que la versión de Mateo era muy superior, más espiritual, más bella, profunda, llena de auténtico significado para el alma. Lo que yo estaba diciendo en base a Lucas era superficial, materialista y peligroso.

Puede ser.

Sin embargo esto no es algo que yo me haya inventado. Allí tenemos el texto de Lucas. Estas son palabras nada menos que de Jesús. Alguien ha dicho que Jesús es el hombre más admirado de la historia de la humanidad.

Casi nadie critica a Jesús. Pero tampoco casi nadie le obedece.

Con auténtico fervor religioso estamos dispuestos a morir por Cristo. Lo que resta por ver es si estamos dispuestos a vivir por Cristo, si estamos dispuestos a dejarnos gobernar por su sentimiento de justicia e imparcialidad y su capacidad para sufrir y perdonar.

Jesús nos ha anunciado con diáfana claridad que habrá una inversión radical y revolucionaria de la condición humana. Los ricos acabarán mendigando mientras los pobres heredarán un reino. Los que comemos pasaremos hambre mientras por fin se hartarán los hambrientos. Los que ríen último no sé si reirán mejor, pero sí sé que no serán los mismos que ríen al principio. La fama se transformará en infamia y los fanáticos que cargaron con una cruz por seguir a Cristo serán recordados como profetas.

Pero: ¿Qué tiene de malo tener algunas posesiones materiales de más, disponer de más dinero que los campesinos de Guatemala o los refugiados de Campuchea?

Por favor: ¿Qué puede tener de malo que comamos lo que nuestro cuerpo nos pide?

Y, ¿acaso es mala la risa o la alegría?

¿Acaso quiere Dios que los cristianos seamos todos unos muertos de hambre, harapientos, tristes y amargados, viviendo además de una manera tan censurable que todo el mundo nos insulta?

Yo creo que no. Creo sinceramente que Dios quiere que haya en nuestra vida alegría, risa, el estómago lleno, las cosas materiales que hagan placentera nuestra existencia, y el respeto de nuestros semejantes.

El problema no es que todo esto sea malo sino que no está bien repartido. El problema es la falta de solidaridad. El problema es que algunas clases de risa sólo se disfrutan si otros lloran; que en algunos restaurantes lo principal no es tanto el menú como el prestigio que otorgan los precios inasequibles para los demás.

El propósito de las bienaventuranzas y los ayes de Lucas 6 es conducirnos a la reflexión y el arrepentimiento. Jesús nos recuerda que aquellas cosas que en nuestra estima nos hacen superiores a los demás son todas efímeras, pasajeras, transitorias. Nos llama a humillarnos y cambiar de conducta.

Decir que el propósito de estas palabras es motivar nuestro arrepentimiento es decir que su propósito no es otorgarnos el derecho a juzgar a los que tienen más o se lo pasan mejor que nosotros. Por si esa fuere nuestra tentación, Jesús pasa directamente al tema del perdón y del amor al enemigo. Jesús dice claramente, en el versículo 37, «No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados».

De modo que no debemos interpretar que las bienaventuranzas son para nosotros y los ayes son para los demás. Las bienaventuranzas y los ayes son un llamado de atención acerca de nuestra propia realidad, por si en ella

descubriéramos algún indicio de falta de solidaridad con el prójimo.

La cruz de Jesús en la que él borró nuestra infamia es a la vez su invitación para unirnos a una causa por la que merece la pena morir, y vivir muriendo. Es la invitación a superarnos, a liberarnos, a «ser salvos de esta perversa generación» como dijera el apóstol Pedro.

La intención de Dios es que, con Jesús al frente como nuestro caudillo y liberador, seamos agentes de cambio en el mundo. Que sepamos renunciar a nosotros mismos. Que nuestras vidas estén dedicadas a mejorar la existencia del prójimo.

Es importante que captemos una visión de gloria. Una visión de salvación divina. Una visión emocionante. La visión de cuánto mejor puede llegar a ser este mundo, si los cristianos somos capaces de asumir nuestra propia cruz. La visión de que la solidaridad con los que sufren, halle en nuestra propia generación paladines dispuestos a mantenerla en alto.

¿Has captado esa visión?

¿Estás dispuesta a tomar tu cruz y seguir a Cristo?

¿Estás dispuesto a recibir de él la salvación liberadora que transforme tu futuro y el de toda tu casa?

¿Estás dispuesta a solidarizarte con los que sufren, aceptar como tuyo propio su sufrimiento, ser un rayo de luz y esperanza frente a su desesperación?

Si es así será posible declarar, como lo hiciera Jesús en casa de Zaqueo: «Hoy ha llegado la salvación a tu casa».

Amén. Así sea.

Al finalizar el Capítulo 1 resumíamos lo dicho citando el mayor y más importante de los mandamientos divinos: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todas tus fuerzas, y con toda tu alma».

Ahora hace falta recordar que según Jesús, ese mandamiento tiene su par, su gemelo inseparable: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Aprender esto es conocer la salvación de Dios.

Capítulo 2.

La debilidad y la necedad del evangelio

Imaginemos la catástrofe. Supongamos que llegara el tiempo en que tuviéramos que enfrentarnos con la persecución. No es algo en que nos agrade pensar. Es mucho más divertido y alegre soñar con la iglesia triunfante que puede con todo, que arrasa ante toda oposición y se planta victoriosa ante las puertas de la Nueva Jerusalén. Creemos en esa novia radiante para Cristo, vestida de lino blanco, sin mancha ni arruga ni ninguna cosa semejante.

Desorienta imaginaria violada por las autoridades, su vestido de novia hecho jirones, famélica, sus ojos hundidos por las muchas lágrimas vertidas por hijos asesinados. Pero esto ya ha sucedido alguna vez. Y últimamente suele suceder más que lo que nos gusta recordar. Al tocar a su fin el siglo XX, observamos con horror que estos últimos cien años han sido los que más persecución y violencia ha sufrido la iglesia desde su fundación. Ningún siglo previo había brindado tantos mártires al testimonio por la fe cristiana.

A principios del siglo II Ignacio, obispo de Antioquía, temía perder una oportunidad que se le antojaba única, para ofrecer su vida como mártir en el circo romano. En su

carta a los Romanos rogaba a los hermanos allí que no interviniesen en su favor ante las autoridades, ya que de lo contrario le privarían de ésta su máxima ilusión. Sin embargo el siglo XX se ha mostrado cruelmente pródigo en persecuciones y oportunidades para dejar la vida por la fe.

Entonces posiblemente no sea tan baladí ni catastrofista imaginar que tuviéramos que enfrentarnos a una persecución. En ese caso se plantea una pregunta casi diríamos que obligada: «Si un día me arrestaran por cristiano y tuviera que dar razón de mi fe, ¿cuál es el evangelio por el que yo estaría dispuesto a dejar la vida?»

PABLO EN ATENAS Y CORINTO

En Hechos 17,15; 18,11 encontramos a Pablo en Atenas, entregado a un intento noble de hablar de tú a tú con los filósofos. Entre otras cosas, descubrimos así que Pablo era una persona culta y además extremadamente inteligente. El discurso que resume aquí Lucas resulta coherente, profundo y lleno de la verdad de Dios.

Pero poco eficaz.

La mayoría de su ilustre audiencia de ciudadanos sofisticados, todos ellos muy al día respecto a las últimas corrientes filosóficas, se echa a reír a la mención de la resurrección. Bien es cierto que este humilde servidor se conformaría con el puñado de conversos conseguidos por Pablo en los pocos días que pasó allí. Pero teniendo en cuenta los resultados a los que estaba acostumbrado

Pablo, la experiencia en Atenas resulta ser poco menos que catastrófica. El apóstol decide marchar a Corinto.

En Corinto, de entrada, las cosas no se le ponen nada fáciles.

Sabemos que decidió no dedicarse a la predicación a tiempo completo, prefiriendo ocupar muchas horas del día en su oficio secular. Sabemos también que halló bastante oposición. Bien es verdad que a la oposición Pablo estaba acostumbrado. Si es que sea posible acostumbrarse a la oposición. El único lugar donde nos consta que no halló oposición había sido, vaya coincidencia, Atenas.

Sin embargo, a pesar de las cosas que Pablo tenía en contra en Corinto, sabemos que allí las cosas le fueron bastante bien. Tanto es así que se estableció allí durante un período relativamente prolongado para él (año y medio), reunió consigo a su equipo de compañeros de ministerio, del que se había separado en Berea, y fundó una comunidad tan importante como para merecer lo más extenso de su correspondencia apostólica que se conserva en el Nuevo Testamento.

Sabemos, precisamente por esa correspondencia, que el ministerio de Pablo en Corinto llevó un fruto envidiable. El Espíritu se prodigó sobre aquella comunidad con todos los dones sin exceptuar ni uno. Era tan apetecible aquella comunidad cristiana que más tarde se acercaría a ella un cierto número de predicadores para intentar sacar tajada del «avivamiento». Lo cual había de dar lugar a la triste aparición del denominacionalismo entre los hermanos

corintios, cosa que Pablo resiste vigorosamente en su primera carta.

¿Cómo fue el evangelio que predicó Pablo en Corinto, entonces? Ya que tuvo tanto éxito, qué duda cabe que interesaría saber lo que dijo, para poder compararlo con la debacle de Atenas y sacar alguna conclusión.

Gracias a Dios disponemos también, efectivamente, de una descripción del mensaje que Pablo predicó en Corinto. En este caso no nos la da Lucas en su relato de los Hechos, sino Pablo mismo en 1 Corintios 1,17-2,5.

En resumidas cuentas, lo que predicó Pablo en Corinto no fue otra cosa que «Cristo crucificado, piedra de tropiezo para los judíos y necedad para los gentiles». Como si quisiera contrastar a propósito su mensaje en Corinto con el que había predicado en Atenas, dice:

Cuando fui a vosotros, hermanos, proclamándoos el testimonio de Dios, no fui con superioridad de palabra o de sabiduría, pues nada me propuse saber entre vosotros, excepto a Jesucristo, y éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad [...] *y ni mi mensaje ni mi predicación fueron con palabras persuasivas de sabiduría* [...] *para que vuestra fe no descanse en la sabiduría de los hombres.*

Nos llevamos la impresión clara que Pablo había escarmentado de intentar presentar el evangelio en conceptos filosóficos e intelectuales. Lo de Atenas quedaba en el pasado. En Corinto la estrategia fue abrazar la debilidad y la necedad del mensaje cristiano según los criterios de este mundo.

PIEDRA DE TROPIEZO PARA LOS JUDÍOS

Jesús había resultado ser un mesías que no hizo lo que se suponía que el mesías debía hacer. Los judíos comprendían perfectamente la palabra «mesías». La palabra significa «ungido» y la historia judía contaba de varios ungidos del pasado.

Cuando el pueblo había reclamado un rey para combatir la amenaza filistea hacia el siglo X a.C., Samuel había ungido primero a Saúl y más tarde a David. Al ungirles, Samuel adaptaba a la vida política y militar un ritual que hasta ese entonces se había empleado para la investidura del sumo sacerdote. Hasta ese momento Israel había sido acaudillado por «jueces», figuras carismáticas que, arrebatadas por el Espíritu de Yahveh (Jehová), habían conducido a la victoria contra todos sus enemigos a los campesinos armados de Israel.

Algo así es lo que el pueblo esperó primero de Saúl y luego de David, los hombres ungidos por Samuel. Especialmente Saúl, pero David también, fueron arrebatados por el Espíritu profético. Luego organizaron militarmente a las tribus de Israel al estilo de los reyes cananeos con el fin de librarles de los ejércitos profesionales de los filisteos. Saúl murió en el empeño, pero David sí logró liberar a los hebreos de la dominación filistea. David se convirtió así en el máximo ideal histórico de lo que debe ser un mesías, un ungido.

Mil años más tarde el pueblo judío se hallaba otra vez dominado y subyugado por el imponente ejército profesional de una potencia extranjera. Los judíos

nacionalistas anhelaban otra vez un mesías, un caudillo a la usanza del rey David, que condujera al campesinado oprimido en un alzamiento, esta vez contra los romanos. Anhelaban un hombre «conforme al corazón de Dios», como David el ungido, que con poder y autoridad sobrenaturales liberara al pueblo judío, dando lugar a una nueva época de gloria y santidad centrada en Jerusalén y su Templo.

Pero Jesús ni liberó a su pueblo ni creó un estado judío independiente.

Jesús resultó ser débil. Crucificable. Por consiguiente el mensaje de Jesús no podía más que resultar igualmente débil.

Existen en este pasaje (1 Co 1,17-2,5), en el original griego, dos palabras que podemos contrastar para pensar en este tema de la debilidad de la cruz y del poder que sin embargo Pablo dice que de todas formas se manifestó en su predicación en Corinto. Son las palabras ἰσχυρά (*ischyrá*) y δύναμις (*dýnamis*).

Hay un poder, el poder *ischyrá*, que resulta avergonzado o humillado en la cruz (1 Co 1,27).[1] Es el poder que Jesús no posee, el poder que Jesús no ejerce. Es el poder como **fuerza,** como capacidad para destruir al enemigo, como capacidad bélica o militar. Es el poder que había derrotado a Goliat, a los filisteos y cananeos y demás enemigos de Israel en el pasado. Es el poder «mesiánico»

[1] Pienso que puede haber aquí un juego de palabras en griego: la palabra αἰσχύνη, «vergüenza., suena parecido a la palabra ἰσχυρά.

por excelencia, según las expectativas judías. Expectativas razonables, por cierto, si se tiene en cuenta la historia a la que nos hemos referido.

Con todo, curiosamente, este poder *ischyrá* se halla presente en la cruz. Es el poder con que los romanos le crucificaron. De ahí la vergüenza, el escándalo, el bochorno que supone la cruz para este tipo de poder.

Cuando en los versículos de 1 Corintios 1,18.24 y 2,4.5 nos enteramos que en el evangelio se manifiesta el poder de Dios, la palabra que emplea Pablo es *dýnamis*. Puesto que lo que nos dice aquí Pablo es que este poder se manifiesta mediante «la palabra de la cruz», hemos de suponer que esta manera de actuar como poder es muy distinta. Es el poder de lo inesperado. El poder para sobrevivir a pesar de todo. El poder para aguantar la crucifixión sin protestar, perdonando hasta el último instante. El poder transformador de Dios que actúa junto a la predicación de la cruz. El poder para despertar la fe en el corazón del oyente.

Este es el poder que sostiene al universo.

A Jesús, en vida, hubo gente que le siguió por una gran variedad de motivos. Jesús no se fió nunca de los que le seguían por sus señales. Juan 2,23-25. Los que querían circo, los que buscaban espectáculo, los que necesitaban médico venían, recibían y se marchaban. Jesús les ministraba, les sanaba, les liberaba de demonios, por qué no. Pero Jesús no contaba con ellos para construir el reino de Dios. Sabía que cuando se acababan los fuegos

artificiales, esta gente aplaudía y luego volvía a sus casas para continuar sus vidas de siempre.

El evangelio de Marcos relata con gran dramatismo los milagros y las señales de Jesús. Sin embargo Marcos recoge lo que los estudiosos llaman «el secreto mesiánico»: En Marcos ningún testimonio de que Jesús es el Mesías es válido. Empezando por los mismísimos demonios, muchos son los que proclaman que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y cosas semejantes. Jesús les hace a todos callar. «No lo digáis a nadie» es casi un refrán en el evangelio.

Pero por fin el centurión que le ha ejecutado y le ha visto morir exclama que éste verdaderamente era Hijo de Dios (Marcos 15:39). Entonces sucede una cosa asombrosa. ¡El testimonio del centurión se mantiene en pie! Ya nadie le dice que calle. Ya nadie manda «A nadie lo digáis». Jesús acaba de expirar. Su cuerpo sin vida es testigo mudo de las palabras del centurión. Marcos nos indica así que yerran los que confiesan a Jesús como Mesías al ver sus señales y milagros. Sólo son testigos legítimos los que le proclaman Hijo de Dios al contemplar su debilidad, su pasión, su entrega, su muerte.

Y NECEDAD PARA LOS GENTILES

Observo que la soberanía, la majestad y la independencia de Dios siempre es mayor que mi capacidad de comprender. Observo que su compasión, su amor, su flexibilidad y capacidad de adaptarse a la condición

humana (hasta la mismísima encarnación) nunca me deja de sorprender.

Constato que los líderes religiosos eran los que mayores dificultades tenían con él, cosa que observo también en mí mismo. Presumían, como yo, de su experiencia religiosa. Presumían de su conocimiento de la ley. Presumían de su conocimiento de las profecías. Y tanto su experiencia como su legalismo como su interpretación de las profecías, les impidieron reconocer en Jesús al Mesías.

Más tarde los griegos y los latinos pensaron poder aprehenderle con sus sistemas doctrinales filosóficos. Acabaron así empleando la fuerza imperial para hacer valer sus diversas ortodoxias. De ello tenemos buenos ejemplos españoles. Después de todo fue un español la primera persona sentenciada a muerte como (presunto) hereje: Prisciliano, año 385 d.C. Y siglos más tarde las oscuras tinieblas de la Santa Inquisición mantenían una presunta ortodoxia bañada en la sangre de los muchos que prefirieron la muerte antes que traicionar sus conciencias.

¡Menudo escándalo!

Al final a estos defensores de la purísima ortodoxia también se les acabó escapando de entre las manos. Los peores herejes de todos acabaron siendo los que pensaron que la verdad de Jesús se podía imponer como señal de lealtad política.

¡Ahí conduce un mesías para sabios!

Pero el evangelio del Nuevo Testamento no es cosa de sabios conforme a la sabiduría de este mundo. Incluso

Pablo mismo, como acabamos de observar, cuando intentó argumentar con sabiduría humana para convencer a los sabios atenienses, acabó haciendo el ridículo ante sus ilustres oyentes. El asunto acabó en carcajadas en cuanto Pablo pronunció la palabra «resurrección».

Es que ningún sistema de pensamiento que requiera la resurrección material, física, de carne y hueso, será jamás aceptada como sabio por los mejores pensadores de este mundo. Tanto menos si tal resurrección es tenida como meta codiciable, como justa recompensa para todos los justos. Este planteamiento, amén de absurdo en sí mismo, crea todo tipo de problemas tales como la superpoblación agobiante de este planeta y la convivencia armoniosa de gentes de diversas culturas y generaciones. Sin mencionar las muchas personas que ven la muerte como amiga, como liberadora de las cuitas y los dolores de esta existencia.

Como si esto fuera poco, algunos de los filósofos más preciados de la época de Pablo daban a la materia en sí misma por mala, contaminada, corrompida e inferior por naturaleza. Ellos aspiraban a una existencia espiritual posterior a la liberación de la pesada carga de corrupción que les suponía esta carne mortal.

Es curioso observar que la doctrina de la corruptibilidad del universo material por su mismísima naturaleza, subsiste hoy entre los mejores pensadores de nuestra generación. Se llama la Segunda Ley de la Termodinámica, y no conozco a nadie medianamente entendido que sea capaz de negarla. Dice sencillamente que con el paso del tiempo siempre ha de aumentar el desorden. Es algo que observo, por ejemplo, en mi mesa

de estudio. Puedo, sí, ordenar provisionalmente mi mesa; pero al hacer esto gasto energía. Y mi energía, como toda la de este planeta, procede en última instancia del sol, nuestra estrella que poco a poco se va consumiendo.

O sea que hoy también, hablar de resurrección, que no de mera existencia eterna en un plano incorpóreo, siempre ha de generar risas.

Entonces Pablo decidió: «Puestos a hacer el tonto de todas maneras, abracemos la necedad del evangelio con todas sus consecuencias, y hagamos de ella una virtud».

Curado de su comprensible deseo de no hacer el ridículo, Pablo fue en Corinto fiel representante de la sabiduría de Dios.

LA PARÁBOLA DE LA VIUDA Y EL JUEZ INJUSTO

Los cristianos modernos tampoco estamos libres de la tentación del poder y de la sabiduría. Disfrazamos mentalmente nuestro anhelo de poder, transformándolo piadosamente en unas ansias de «poder espiritual para la gloria de Dios». Los libros, los congresos, talleres y conferencias sobre temas como «la vida victoriosa», «la guerra espiritual», «sanidades y milagros», «fe que mueve montañas», etc., tienen un atractivo y una popularidad que difícilmente va a gozar un tema como «cómo ayudar a los hambrientos de África», «la movilización de los cristianos para el reciclaje del papel», o «el dominio propio cuando se está al volante». No critico faltas ajenas: bien sé lo que a mí me atrae.

¿No nos diría acaso Jesús: «Estas son las cosas que debíais haber hecho, sin descuidar aquellas» (Mt 23,23)?

En Lucas 18:1-8 tenemos la parábola de Jesús sobre la viuda y el juez injusto. Cuenta Jesús del juez, que «ni temía a Dios ni respetaba a hombre alguno». Tan es así, que en el momento del desenlace de la parábola el juez se describe a sí mismo con esas mismas palabras: «Aunque ni temo a Dios, ni respeto a hombre alguno, sin embargo…» Sin embargo lo que sucede es que la viuda, de tanto insistir, volver día tras día, importunar y reclamar, consigue que él falle en su favor. Falla en su favor, no porque su causa sea justa, cosa que a él le trae sin cuidado, sino para deshacerse de ella.

Lucas nos dice en el versículo 18:1 que el propósito de esta parábola es enseñar a sus discípulos a orar en todo tiempo y sin desfallecer. En este mismo sentido hallamos la reflexión final que hace Jesús respecto a la parábola: «No obstante, cuando el Hijo del Hombre venga, ¿hallará fe en la tierra?»

Es que Dios no es en absoluto como el juez injusto de la parábola. El argumento de la parábola no es «de igual a igual», sino «de menor a mayor». El argumento no es que ya que Dios es igual a un juez injusto, nuestra insistencia en oración constante vencerá su pereza e indiferencia y por fin recibiremos lo que le pedimos. Todo lo contrario, el argumento es que ya que si hasta de un juez injusto se puede obtener justicia, **cuánto más** la obtendremos de Dios. «Os digo que **pronto** les hará justicia». Las palabras griegas ἐν τάχει (*en táchei*) significan algo así como «a toda prisa», «de inmediato». El juez injusto se demora, tarda,

actúa a desgana y desidia. Pero Dios escucha con ilusión y amor el clamor de sus hijos, para intervenir cuanto antes.

Pero si Dios oye y responde a nuestro clamor a la primera, empezamos a entender por qué Jesús pensó que hacía falta insistir en no desfallecer en la oración. Porque el poder y la sabiduría con que Dios responde a nuestras oraciones, con harta frecuencia nos parecen más bien debilidad y necedad. Abres los ojos o bajas la vista, te levantas de tus rodillas o bajas tus manos, según sea tu costumbre en la oración, y todos tus sentidos parecen indicarte que nada ha cambiado. Los hospitales siguen llenos de enfermos, la matanza de inocentes continúa en Ruanda o donde hoy toque, el tráfico de drogas ilegales sigue aumentando, las guerras no se han detenido.

Mientras pudiéramos creer que Dios no haya oído o no haya respondido de inmediato, nos podríamos consolar pensando que si insistimos, algún día nos oirá. He escuchado una teoría curiosa basada en un versículo del libro de Daniel, según la cual Dios manda ángeles como respuesta a la oración, pero éstos son incapaces de llegar hasta nosotros hasta que con nuestras oraciones venzamos a los espíritus malignos que les cierran el paso. Esto explicaría la demora de la respuesta de Dios. Según esta teoría Dios ha respondido de inmediato, sin embargo la respuesta no nos llega de inmediato. Incluso corremos el riesgo de que nunca nos llegue si no insistimos en la oración. Con perdón de los adeptos a esta teoría, me resulta un poco extravagante.

¿No será más bien que Dios responde de inmediato y que no nos gusta su respuesta? ¿No será que Dios nos

responde con su versión del poder, la que nosotros interpretamos como debilidad? No será que Dios nos responde con su versión de la sabiduría, que nosotros damos por necedad?

Así las cosas, ¿hallará fe en la tierra el Hijo del Hombre cuando venga? ¿O descubrirá que todos nos hemos desanimado, dando por débil y necio al poder y la sabiduría de Dios?

Porque lo que Jesús nos ha querido enseñar es que es posible y necesaria una relación de total confianza en Dios a pesar de todas las circunstancias y de toda nuestra incomprensión de lo que nos pasa y de lo que sucede a nuestro alrededor. Jesús no nos promete unas artes mágicas, un poder que nosotros podremos controlar y utilizar según nuestros criterios. Nos promete un Padre que ama, escucha y obra según sus propios criterios y su propia capacidad.

¿Podremos fiarnos de ese Padre? ¿Podremos aguantar firmes ante lo torpe que nos parece muchas veces ese Dios? ¿Podremos tolerar su debilidad cuando nosotros exigimos poder, su necedad cuando nosotros exigimos sabiduría? ¿Perderemos la esperanza? ¿Dejaremos de creer?

¿Quedará en la tierra alguien que se fíe de Dios a pesar de todas las apariencias?

¿Quién dará su vida, quién vivirá su vida, por este evangelio?

Capítulo 4.

El pecado contra el Espíritu

Hace algunos años me invitaron a dar una charla en un congreso de personas y ministerios interesados en fomentar la renovación espiritual en las iglesias Menonita y de los Hermanos en EE.UU. y Canadá. Este congreso se celebró por bastante tiempo todos los años en Indianápolis, y creo que me invitaron sencillamente porque me encontraba de todas formas en ese país.

Me sentía algo intimidado por la situación. Sabía que hablaría ante algunos hombres cuyo ministerio siempre he respetado y admirado; hombres que Dios ha utilizado en maneras a las que yo no soy capaz ni de aspirar. De manera que pasé algunos días dedicado a la oración, en busca de **algo,** cualquier cosa, que pudiera decir para disimular la metedura de pata que habían cometido al invitarme.

Uno de esos días vino mi hijo Mateo con una pregunta que le habían dado en su clase de religión en el instituto: «Papá, nos han dicho que cada uno pregunte a su pastor qué es eso del pecado imperdonable». Bueno, la verdad es que no es ese un tema que me apasione. Recordaba sí las palabras de Jesús al respecto. También recordaba que tenía que ver con la blasfemia contra el Espíritu Santo. Pero si se

me requería un pronunciamiento pastoral sobre el asunto, no tenía mucha idea qué decir.

Entonces hice lo que todos sabemos que hay que hacer. Leí rápidamente el pasaje en cuestión. Luego leí un buen trozo del evangelio para situar el pasaje en contexto. A todo esto le di a Mateo mi respuesta, pero seguí pensando sobre ello, porque la dirección en que me llevaban mis pensamientos coincidía con mis inquietudes de cara a mi compromiso en Indianápolis.

Decidí que el contexto apto en el que situar el texto en Mateo 12:32, va desde el 11:20 hasta el 12:50.

Estos párrafos empiezan con los ayes sobre las ciudades de Galilea que han visto las obras de Jesús y han permanecido indiferentes en lugar de arrepentirse. Luego Jesús agradece al Padre por haberse revelado a los niños más que a los sabios y de inmediato ofrece su invitación al descanso para todos los fatigados y trabajados.

A continuación el capítulo 12 abre con aquella escena cuando los discípulos pillan algunos granos de trigo en espiga, y el rapapolvo que les echan los fariseos por violar el sábado. Entonces Jesús les recuerda aquello de que Dios no quiere sacrificios sino obediencia y añade asombrosa, escandalosamente, que «el Hijo del Hombre es Señor del día de reposo». Para que queden bien claras las cosas, a continuación y siendo aun sábado, sana a un enfermo. Como consecuencia los fariseos empiezan a tramar su destrucción. Un primer intento por destruirle es el de la acusación escandalosa e insultante: insinúan que el poder

que manifiesta Jesús no es limpio, divino, sino que viene de Belcebú, el príncipe de los demonios.

Aquí es donde Jesús contesta con las que son posiblemente sus palabras más duras recogidas en los evangelios. ¡Camada de víboras! ¡Cualquier otro pecado será perdonado, pero el de blasfemar contra el Espíritu jamás será perdonado!

Sin embargo, continúa, para el que es capaz de verlo, el hecho de que él está echando demonios por el Espíritu de Dios es prueba de que ha llegado el reino de Dios.

Ahora (Mt. 12:38), absurdamente ya que se encuentran criticando una curación milagrosa, los escribas y fariseos quieren ver una señal por parte de Jesús. Jesús les recuerda el caso de Jonás y Nínive. ¿Qué señal habían esperado los habitantes de Nínive para convertirse? ¡Ninguna! ¡Cuán enorme, entones, la ceguera espiritual de los que en la mismísima presencia del Hijo piden señales en lugar de arrepentirse! Jesús sintetiza su evaluación de la situación con el breve cuento sobre un demonio expulsado que vuelve acompañado: Las autoridades espirituales del pueblo de Dios son más ciegos y torpes que aquellos que jamás han conocido la obra de Dios.

El capítulo cierra con Jesús proclamando que es mayor su parentesco con sus discípulos que con su propia madre y sus propios hermanos. Un parentesco que hace extensivo no sólo a los doce, sino a cualquiera que hace la voluntad del Padre. La lealtad demostrada por los discípulos, capaces de captar la realidad espiritual hecha presente en

Jesús, contrasta con la incredulidad insultante de los escribas, presuntos intérpretes legítimos de la ley divina.

DIOS, QUE SIEMPRE ASOMBRA

La primera reflexión que me hago ante este pasaje del evangelio es: ¡Qué importante es no dejarse ofender por la tendencia de Dios a sorprendernos, su tendencia a improvisar constantemente en su diálogo con la humanidad!

A veces cuesta asumir la realidad de un Dios que sin perder ninguno de sus atributos de soberanía, grandeza y poder, ha emprendido una relación de diálogo con la humanidad. Hablar de un diálogo entre Dios y nosotros es decir que Dios nos trata con más seriedad que la que muchas veces nos damos a nosotros mismos. La revelación bíblica, en su panorama global que va desde Génesis hasta Apocalipsis, nos demuestra cómo funciona ese diálogo: Dios habla, actúa, toma una iniciativa. Luego aguarda nuestra respuesta. Esta respuesta puede ser una de fe, amor o gratitud. También puede ser una de infidelidad, incomprensión o rechazo. Y nuestra respuesta determina cuál será la siguiente acción o palabra de Dios.

Es como una partida de ajedrez. Las reglas de juego que ha establecido Dios en su trato con nosotros son tales que él espera a ver qué pieza movemos nosotros y en qué dirección, de entre las muchas posibilidades que nos ofrece el tablero. Luego él moverá una pieza suya. Pero ese su movimiento posterior tendrá en cuenta forzosamente la

nueva situación creada en el tablero por la pieza que acabamos de mover.

O sea que Dios sabe escuchar. Su conversación con nosotros no es un monólogo. Dios no tiene preparado de antemano su discurso entero para todo su trato con toda la humanidad, desde la Creación hasta la Nueva Creación. Eso sería decir que nosotros, los seres humanos, no contamos para nada. Pero la Biblia nos revela que sí contamos ante Dios.

Somos sus hijos.

El hecho de que yo dialogo con mis hijos no significa que siempre hago lo que ellos quieren. Sí significa que les tengo en cuenta. Que no les puedo ignorar. Cada uno, con su propia personalidad, sus propios gestos y maneras características de actuar, arranca de mí un trato personal. Un pastor muy querido me comentó cuando nació mi primer hijo: «Yo antes tenía muchas teorías sobre cómo educar a los niños, y ningún hijo. Ahora tengo cuatro hijos y ninguna teoría.» Yo en aquella época tenía un bebé y muchas teorías. Hoy, con cuatro hijos y más de veinte años de experiencia, le doy la razón.

La historia bíblica nos sorprende con la enorme flexibilidad de Dios para reaccionar ante la conducta humana. Es así como Dios se ha podido mostrar invariablemente como Salvador. A pesar de la caída reiterada de su pueblo en la apostasía y el pecado, no es nada menos que asombroso observar cómo Dios se las ingenia para darle la vuelta a la situación y acabar salvando a su pueblo. Dios dice: «No hagáis esto, que os

tendré que destruir». El pueblo desobedece. Dios se arrepiente de sus amenazas (no escandalizarse conmigo: eso de que Dios se arrepiente lo pone la Biblia), y se las apaña para perdonar y salvar. Dios vuelve a amonestar y amenazar, procurando que esta vez sí haya obediencia. Pero su pueblo desobedece y el ciclo se repite. 2 Reyes narra con patetismo lírico el agotamiento final de la paciencia de Dios primero con Israel y después con Judá. Pero luego descubrimos que el «final» que supone la destrucción de Jerusalén no es tal final, sino que da paso a una nueva iniciativa de salvación por parte de Dios.

Dios rompe así sus propias reglas para poder seguir salvando a pesar de la infidelidad e incomprensión de su pueblo. ¿Qué decir entonces de su tendencia a romper las reglas nuestras respecto a Dios, nuestras teorías sobre cómo debería actuar?

Hace bastantes años, cuando me iniciaba en el ministerio, había en nuestra congregación una persona que padecía de insomnio. Puede ser que los años exageren el recuerdo de su condición, pero me parece recordar que llevaba algo así como cuatro años sin dormir. Puede ser que fuera cuatro años sin dormir bien. Fuere cual fuere la situación, esta pobre persona, digamos que se llamaba José, estaba reventada y agotada. Frecuentemente dedicaba sus noches desveladas a la intercesión, deseando sacar algo de provecho a su condición. Pero aquello no era vida.

Un buen día me avisaron que habían venido de visita dos pastores que querían celebrar una reunión en casa de José para orar por él. ¿Me interesaba asistir? Sí, por

supuesto. Nos reunimos los cinco: el matrimonio, los dos pastores visitantes, y este servidor.

Todo empezó bien. Mucha alabanza, proclamación del señorío de Cristo sobre toda enfermedad y toda situación humana, etc. Cantábamos, intercedíamos, alabábamos. Un espíritu muy hermoso. Luego uno de los pastores visitantes se puso a echar el demonio del insomnio. Daba grandes voces, imprecando al demonio, ordenándole en el nombre de Jesús que se marchara, preguntándole cómo se llamaba, etc.

—En el **nombre** de Jesússs —gritaba, sacudiéndole la cabeza con la mano en su frente—, ¿Cómo te llamas?

—José. —El pobre le miraba un tanto asustado y decía su propio nombre, extrañado sin duda de que este señor ya lo hubiera olvidado.

—¡No! ¡Tú no! ¿Cómo te llamas? —y él no sabía qué decir.

Yo, que en mi vida había imaginado que el problema fuera un demonio y ahora mismo seguía sin «discernir» nada, paseaba de un extremo al otro del salón, con las manos elevadas al cielo y canturreando en el espíritu para mis adentros suavemente, no sea que oyeran lo que decía:

—No sé qué pasa aquí, Señor —entonaba—. No me entero de nada pero te alabo. Confío en ti, Señor. No defraudes a mi hermano, Señor. El espera en ti, mi Dios.

El exorcista me mira de reojo así como estoy, paseándome el salón con las manos alzadas y canturreando en el espíritu, y calcula que estoy siendo

tremendamente edificado y bendecido por su actuación. De manera que arremete con más ímpetu, tratando de arrancarle el nombre al demonio y ordenándole a voces que se marche.

En fin. Es poco más lo que recuerdo de aquella reunión. Lo que más destaca en mi memoria es mi incomodidad extrema ante la situación.

Cuando por fin, avanzada ya la noche acaba la reunión, me voy a casa. Y al día siguiente me entero que José ha dormido de maravillas. Que yo sepa, sigue sin problemas de insomnio hasta el día de hoy.

Unos meses más tarde nos enteramos que el pastor que había orado de esta manera había sido cesado por su congregación. Resulta que además de su afición a perseguir demonios, tenía una afición a perseguir faldas. Se había desatado un escándalo al descubrirse su relación adúltera con una hermana de la iglesia.

Hasta el día de hoy sigo perplejo. ¿Cómo es que Dios utilizó a ese tipo para sanar a José de su insomnio? ¿Cuántos más estábamos ahí a su disposición divina para que nos revelara el Señor cómo ministrar a esa situación? ¿Por qué servirse de ese sinvergüenza? Puestos a servirse de sinvergüenzas, ¿por qué no utilizarme a mí? Seré un pedante inaguantable, pero mis pecados me parecen de un talante algo menos escandaloso que el adulterio.

He descubierto desde entonces que Dios pocas veces respeta mis propios conceptos de corrección y prudencia en los siervos que elige para algunas de sus más singulares obras. Uno se acaba volviendo desconfiado. Acaba

pensando mal de todos los famosos del ministerio, por las dudas. Lo cual también es una injusticia. Pero es sencillamente insistir en que Dios no sigue mis reglas y empiezo a sospechar que tampoco sigue las suyas propias.

Cuando pienso que por fin le comprendo, siempre me acabo llevando una sorpresa. Descubro que el Espíritu de Dios es como el viento, como dijo Jesús. Que nunca sabré de dónde viene ni adónde va. Y acabo teniendo que admitir que desde la torpeza de mi incomprensión no estoy en condiciones de cuestionar sus iniciativas, por absurdas que me parezcan.

¡AY DE LOS QUE RESISTEN AL ESPÍRITU!

Todos los demás pecados serán perdonados. Pero si nos ofendemos ante las iniciativas incomprensibles del Espíritu de Dios, seremos dejados de lado. Si nos enfadamos cuando Dios rompe nuestros esquemas, ahí nos quedaremos: nuestros esquemas intactos y nuestra ceguera también. El Espíritu de Dios se moverá ante nuestras mismísimas narices y nosotros nos amargaremos cada día más, preguntándonos por qué Dios no responde a nuestro clamor.

El Espíritu de Dios se mueve hoy sobre la superficie de las aguas, como en los días de la Creación:

Dios está presente donde las personas, cristianos y no cristianos por igual, se movilizan para atender con compasión a los afectados por el SIDA. Toda vez que un discípulo de Cristo se vuelca, arriesgando su salud y su vida en este servicio de solidaridad con los que sufren,

volvemos a tomar contacto con la dimensión heroica de lo que significa seguir a Cristo.

Dios está presente en la lucha de los campesinos latinoamericanos por obtener tierras para su supervivencia. Dios está presente en la labor de muchos cristianos en todo el mundo que trabajan en organizaciones para enseñar a los pobres, oprimidos y marginados, las tecnologías y estrategias necesarias para ganarse su sostén de cada día. Y Dios está presente en las casas de refugio montadas en muchas ciudades para proteger a algunas mujeres y niños de los malos tratos de los hombres abusivos en sus familias.

Allí donde alguien sufre, Dios está presente en los que intentan aliviar el sufrimiento. Es falso, es ridículo por su estrechez y carencia de imaginación y discernimiento espiritual, suponer que a Dios sólo le interesa salvar «almas». Como si existiese algo así como almas descarnadas, cuya salvación pudiese distinguirse de la salvación de la persona entera y todos los males que le acosan.

Dios está presente desafiando y destruyendo el mal a nuestro alrededor en todas sus formas.

Por este motivo es esencial saber discernir correctamente el mal. ¡Ay de aquel que sea hallado en el bando equivocado cuando el Señor emprende sus batallas! ¡Ay de los que acaben achacando al diablo la obra del Espíritu de Dios! ¡ Dios nos proteja de resistir a su Espíritu por culpa de una falsa noción del decoro y la corrección!

Es terriblemente importante saber reconocer el mal y la maldad que busca atraparnos en sus redes.

La semana antes de que diera aquella conferencia en la ciudad de Indianápolis, allí mismo la prensa había dado parte de un suceso que me llenó de congoja. Dos niños de siete años fueron arrestados por violar a una niña de seis años en el servicio de su colegio. Hemos de suponer que estos niños sabían que lo que hacían estaba mal. Lo que probablemente no sabían es que lo que hacían no era una mera travesura, sino una perversión maligna. Que estaban siendo ellos mismo destruidos por ese antiguo espíritu malvado que ha plagado a la humanidad desde que primero corrompió el Edén. Que ya, en su niñez, habían perdido sus almas.

Y es que no basta con ser inocentes. Incluso la dulce inocencia de un niño de siete años no ofrece protección alguna. Al contrario: ¡La inocencia brinda las víctimas más fáciles! ¡Hemos de estar espiritualmente alertas a la maldad, la perversión y la corrupción que arremete contra nuestras almas en esta hora!

A la inversa, hemos de estar alertas ante la actividad sagrada de Dios en nuestro medio. Incluso cuando nos puede pillar por sorpresa. Incluso cuando ante nuestra primera impresión escandalizada pueda parecer pecado.

¿No fue este el error de aquellos escribas que acusaron a Jesús de actuar motivado por Belcebú? ¿Acaso no les inspiraba su amor a la Ley del Señor? ¿Acaso no les motivaba un santo escándalo ante la conducta poco ortodoxa de Jesús? Pero Jesús describió su situación como

la de blasfemar contra el Espíritu, y los dio por perdidos sin esperanza.

He leído que una mujer de cada once en Estados Unidos ha sufrido o sufrirá abusos por parte de alguno de los hombres de su vida. (Estas cosas se suelen hablar y estudiar en Estados Unidos antes que en otras partes; cuando por fin se estudie aquí, no me cabe duda que no saldremos mucho mejor parados.) El articulista decía que según las estadísticas, el índice de abusos en familias evangélicas conservadoras era levemente superior a la media nacional. Seguramente tales hombres se sorprenden de que se les considere monstruos pervertidos. No faltan entre ellos los que defienden su violencia como disciplina paternal legítima, y sus miramientos, tocamientos y demás abusos deshonestos como expresión de un legítimo afecto paternal. Hasta cabe la posibilidad de que, en la perversión de sus mentes retorcidas, estén convencidos que están ejerciendo derechos legítimos que les otorga Dios como maridos y padres.

¿De qué horribles maldades somos partícipes ingenuos, como violadores de siete años de edad? Cuando todas las cosas sean reveladas ante la luz escrutadora, ¿qué opinión se merecerá nuestro materialismo occidental? ¡Nunca, en toda la historia de este planeta, ha habido tanta hambre, inanición, dolor, sufrimiento y desesperación! Es acaso nuestro estilo de vida europeo y norteamericano tan sólo un desperdicio de recursos inocente, o consiste por lo contrario en una maldad perversa y descorazonada? Yo no lo sé y que Dios se apiade de mí. ¡Que el Espíritu de Dios nos enseñe el camino! Ruego, eso sí, que nos vaya mejor

que a aquellos escribas y fariseos con que se topó Jesús, que presumían de saber la diferencia entre el bien y el mal, y entre Belcebú y Jehová Todopoderoso.

¡Ay de los que resisten al Espíritu de Dios!

¡Ay de los que desparraman donde Jesús junta!

HAY QUE SABER DESHACERSE DE LO INSERVIBLE

Como líder religioso, tengo que enfrentarme diariamente con la realidad de que eran precisamente los líderes religiosos los que más problemas tenían para entender a Jesús. Hay una fuerza conservadora, tradicionalista, en el poder investido en la autoridad religiosa; un presumir de la experiencia del pasado y de una competencia profesional en cuestiones espirituales, que con harta frecuencia nos deja absolutamente ciegos para ver lo que de verdad quiere hacer Dios.

Me ha llamado poderosamente la atención Mateo 13,44-52. El reino de los cielos es semejante a una perla de gran valor, explica Jesús. El reino de los cielos es también semejante a una red de pesca, que cuando los pescadores llegan a la playa, seleccionan los pescados buenos y tiran los inservibles. Luego Jesús pregunta (Mt 13,51-52):

¿Habéis entendido estas cosas? Ellos respondieron: Sí, Señor. El les dijo: Por eso todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas (Reina-Valera 1960).

Bueno más que «saca», Jesús dijo «tira, echa fuera, desecha».

El verbo griego es ἐκβάλλω (*ekballō*), el mismo que se emplea para describir cómo trataba Jesús a los demonios: los echaba fuera.

Jesús está describiendo una situación no muy difícil de imaginar. El tesoro probablemente era un arcón en el que se conservaban las cosas de mayor valor de la familia. Pero de vez en cuando, para hacer lugar para cosas de aun más valor, habrá que tirar algo. En algún momento hay que dejar de atesorar cosas cuyo valor ha quedado ampliamente superado. Hay cosas muy viejas, cuyo valor siempre fue más sentimental que real. Otras cosas, cuando se metieron allí parecían muy valiosas, pero hoy ya no lo parecen tanto. Hay cosas que se metieron ahí nuevas, sin estrenar, pero que aunque nunca se utilizaron ya no sirven. A todas ellas, cosas viejas y cosas nuevas, el paso del tiempo y la llegada de cosas de aun mayor valor les ha robado su privilegio como tesoro.

¡Hay cosas de las que hay que desprenderse para dar lugar a lo de valor auténtico!

Pero, atención, Jesús está hablando de «escribas doctos en el reino». ¿Y quiénes eran los escribas? Los teólogos, los conservadores de la tradición sagrada, los rabinos. ¿Y qué es lo que manejan los escribas? La Ley divina. Bien es cierto que los escribas judíos de aquella época, vaya curiosidad, eran los expertos en la ley oral, las tradiciones sagradas que aun no habían sido consagradas a la escritura. Pero eso no quita un pelo (bueno, un pelo sí, pero tan sólo un pelo) de la fuerza escandalizadora con la que Jesús declara que hay aspectos de la religión hebrea que deberán ser tirados, descartados, echados fuera.

Quieras o no, de frente o de rebote, las mismísimas Escrituras hebreas se hallan ante una autoridad que se considera superior a ellas.

Jesús está diciendo que, lógicamente, un escriba «docto» en el reino —μαθητευθεύς (*mathēteuthéus*) adiestrado, discipulado, capacitado para ejercer en el reino— es distinto a los demás escribas. ¿Qué es lo que le distingue? ¿Qué es lo que le capacita para ejercer en el reino? Su libertad interior, ante la realidad mesiánica, para desprenderse de lo que cree saber.

Esa libertad incluso ha de hacerse extensiva a su empleo del texto sagrado, al texto bíblico. Incluso allí ha de estar dispuesto a descartar todo lo que no concuerde con Jesús. Vamos, que luego será posible volver atrás y reinterpretar, alegorizar y explicar el texto para que tampoco sea necesario tirarlo a la basura. Pero la actitud primera, su primer instinto como escriba docto en el reino, será saberse en disposición de esa libertad fundamental ante el texto, para que nada desvíe su mirada de la persona de Jesús.

¿Y nosotros? ¿Qué tal parados salimos de esta descripción? ¿Cuántos escribas hay entre nuestra multitud como pastores, que incluso hallándonos sumamente preparados en conocimientos bíblicos y experiencia de ministerio, estemos de verdad capacitados para el reino de los cielos? ¿Cuántos hemos aprendido aquello que Jesús juzgó esencial: a deshacernos de nuestro bagaje inútil de teorías, doctrinas, y versículos de memoria mal empleados?

No corremos ningún riesgo de tirar cosas fundamentales por exceso de libertad. No, no. Todo lo contrario. Nos aterra la idea de desprendernos de cualquiera de nuestras doctrinas y convicciones. Nuestras tradiciones nos tienen atados de pies y manos. Y ¡ay del que saque de un versículo bíblico un significado incompatible, contrario al que siempre hemos visto en él!

La parte difícil viene de que la novedad y el cambio no son virtudes en sí mismos más que lo sean la tradición y la estabilidad. El escriba docto para el reino tira afuera cosas viejas, pero desecha cosas nuevas también. De manera que una regla del tres de que lo nuevo, lo último es siempre mejor, tampoco vale.

Nada. El único camino que nos queda es el de emplear las Escrituras con sabiduría y profundidad espiritual.

Como sucede internamente en la Biblia misma. La Biblia a veces emplea la Biblia de maneras atroces. ¡Difícilmente hubieran aprobado los apóstoles la asignatura de hermenéutica (interpretación bíblica) en un centro de preparación de líderes que se precie de respetar las Escrituras! Hay interpretaciones apostólicas de textos del Antiguo Testamento, que son imposibles de defender. Salvo que el Espíritu les inspiró y les mostró significados escondidos, que una lectura objetiva del texto nunca hubiera revelado. Y así esas interpretaciones aparentemente torpes e imposibles acaban ocupando un lugar, ellas mismas, como Escritura Sagrada.

Ahora cuidado: a la vez que empezamos a ejercer esa libertad del Espíritu frente a tradiciones y frente a

novedades, y frente a las mismísimas Escrituras, es necesario que sigamos aferrados a la Biblia como nuestro texto orientador. Su historia es nuestra historia. Su legado es nuestro legado. Su pueblo es nuestro pueblo. Sus lecciones son nuestra instrucción. Aunque no vivamos como esclavos a la letra muerta, tampoco podemos olvidar que es la Biblia el control que Dios ha establecido para frenar nuestros desvaríos personales. Es la Biblia la que nos impide entronar como un valor absoluto nuestra experiencia personal y subjetiva.

¡Ay de los que resisten al Espíritu!

¡La fidelidad se puede tornar tan fácilmente en traición! Sé de una iglesia y no me cabe duda de que habrá muchas en condiciones parecidas, que hace más de veinte años recibió un soplo nuevo y fresco del Espíritu Santo. El Señor bendijo a aquella congregación, derramó sobre ella sus dones, les enseñó nuevas formas de hacer las cosas. Aprendieron nuevas canciones y nuevas maneras de cantarlas y alabar y adorar con ellas. Y hoy, una generación más tarde, aquellas cosas que entonces manifestaban toda la frescura y novedad del Espíritu, se siguen haciendo como tradición. Hoy siguen cantando aquellas canciones aprendidas como novedad del Espíritu. Pero hoy son canciones cansadas y trilladas y no les queda más poder que el de la emoción que despierta la nostalgia.

Es una congregación fiel, tan fiel, que ha traicionado el Espíritu por exceso de fidelidad. ¿Acaso existe algo más triste que una iglesia que se considera renovadora, llena del Espíritu, toda una avanzadilla del Señor, pero que en realidad está congelada por los vientos polares de un

tradicionalismo que es incapaz de ver? Oí en alguna parte que el peor obstáculo a lo que Dios quiere hacer hoy es la reverencia que produce lo que hizo ayer.

EL PODER DE LA DEBILIDAD

Recuerdo cuando empezaba en el ministerio: Todo me resultaba nuevo, todas las situaciones me parecían crisis y yo, yo me sentía casi siempre inútil e inadecuado. Por fin busqué alguien que me discipulara; mi suegro, Keith Bentson. Aquello no fue como yo imaginé que sería. Le comentaba por ejemplo una situación en la que yo ya no tenía ni idea cómo proceder. Una situación en la que me sentía un fracaso total como pastor. Y él sonreía y me decía que lo estaba haciendo bien.

—¡Pero es que no tengo experiencia! —gemía, rogando su intervención.

—Por eso es que lo haces tan bien —me contestaba—. Mi problema es que sí tengo experiencia. Para mí es demasiado fácil seguir mis propios juicios basados en la experiencia, en lugar de permitir al Señor sorprenderme una vez más. Cuanto mayor seas —añadía—, más difícil te resultará recordar que no somos más que unos necios que Dios ha escogido para confundir a los sabios. Cuando te empiezas a creer sabio empezarán de verdad tus problemas. Dirás: «Señor, qué suerte la tuya, de haber podido contar conmigo para despachar ese asunto de ministerio. ¿Qué hubieras hecho sin mi?»

Han pasado ya más de veinte años y tengo que reconocer que tenía razón. Ahora… ¡Ah, ahora tengo experiencia!

Ahora estoy hecho todo un líder reconocido. Ahora hay gente que me admira y respeta y piensa que me sé todas las respuestas. ¡Qué difícil me resulta ahora ignorar mi experiencia, ignorar el poder que me otorga mi posición de autoridad en la iglesia, reconocer que sigo siendo el necio de Dios elegido tan sólo para confundir a los sabios!

Y sin embargo… ¡Qué maravilloso resulta darme cuenta que esos sentimientos tan alarmantes y frecuentes, esas náuseas que me produce el tener que reconocerme absolutamente incompetente para el ministerio entre manos, son todavía hoy precisamente la apertura que requiere Dios si es que pueda utilizarme!

Recuerdo cuando Iñaki, un joven de nuestra congregación, moría poco a poco de complicaciones ocasionadas por el SIDA. Como pastor le visitaba de vez en cuando, aunque ni tan frecuentemente ni creo yo con tanta eficacia como otros hermanos y hermanas a quienes Dios parece haber dado un don especial para visitar enfermos. Recuerdo mis últimas conversaciones con él:

—No quiero morir —decía—. Todavía no he hecho nada. He desperdiciado mi juventud en drogas. Ahora he pasado los últimos años primero en rehabilitación y después en capacitación profesional. Me acabo de casar hace un año. ¡Todavía no he hecho nada! ¡Mi vida todavía no tiene sentido!

¿Qué decir? ¿Qué puedes hacer, más que darle la razón, llorar sus mismas lágrimas de impotencia y tristeza? Creo que por fin entre los dos llegamos a ver que una vida humana nunca es un desperdicio. Que no hace falta

«hacer» nada para tener valor como ser humano. Que el valor de todas nuestras vidas es el que les da Dios que las estimó dignas de crear, y que les da Jesús al estimarlas más valiosas que la suya propia. Por lo menos esto es lo que recuerdo yo de aquellas conversaciones. Sólo Dios sabe lo que entendió Iñaki.

¡Cual no fuera mi amargura, por aquella época, al enterarme que había otros hermanos en nuestra congregación con la misma enfermedad! Recuerdo la llorera incontrolable que sacudió todo mi cuerpo al pensar en tener que enfrentar esta situación una y otra vez, con tantos de los que habían pasado por nuestro centro de rehabilitación para toxicómanos.

—¿Por qué me metiste en este maldito lugar? ¿Por qué permitiste que tuviera que ver con la rehabilitación? ¿Por qué no podía servirte como los demás, en iglesias normales sin exdrogadictos? —culpaba a Dios de mi tristeza.

Seguimos orando por los afectados de SIDA en nuestra iglesia. Los médicos se maravillan de lo que nos duran. ¡Cuántos chicos, aparentemente mucho más sanos, fallecen mientras nuestros chicos siguen ahí, muchas veces muy mal pero vivos! A pesar de nuestro clamor y nuestra oración y nuestra fe tampoco se nos sanan. Creemos en milagros, y con todo, la muerte nos acecha.

Otros pastores hablan, predican y escriben libros sobre las grandes obras de sanación milagrosa que protagonizan. Yo sólo puedo hablar de lo que me ha dado Dios a mí. Sólo puedo escribir de pobres hombres y mujeres que

hemos descubierto en Cristo la fuerza para resistir, para seguir adelante a pesar de todo, para no acortar nuestro amor por temor a la enfermedad, y para reconstruir nuestras vidas después de dejar un hermano en el cementerio.

Y en esta nuestra condición de debilidad descubro cuánto hay para aprender de las cartas de Pablo respecto a la debilidad. Porque si hay una cosa que nos enseña Pablo, es que para ser un verdadero sirviente de Dios, una persona auténticamente legitimada como líder espiritual, hace falta conocer íntimamente la debilidad y el fracaso.

Entre los varios pasajes de sus cartas que podríamos citar, uno de los más líricos es el de 2 Corintios 11 y 12. Allí, atacado Pablo hasta el punto de tener que defender sus credenciales apostólicas, no se le ocurre nada mejor que sacar la cuenta de las veces que recibió azotes, las veces que padeció enfermedad, las veces que encontró oposición e incomprensión. Da la impresión que es un hombre que en cuanto entra a una ciudad, la gente le tira piedras. Un hombre incapaz de subirse a un barco sin naufragar. Sobrevividor, eso sí, con más vidas que un gato, sigue ahí como apóstol gracias a su capacidad asombrosa de recuperarse de palizas que hubieran matado a hombres de menor fortaleza. ¿Acaso eran tan torpes los malteses, que al verle recogiendo leña en la playa, todavía empapado del naufragio, observaron que le picó una víbora? «Sin duda que este hombre es un asesino», observan, «pues aunque fue salvado del mar la Justicia no le ha concedido vivir» (Hch 28,4). Bien es cierto que esto

también lo sobrevivió, para tener que aguantar unos años más en cadenas.

¿Qué impacto producía Pablo como persona? Lo sabemos porque Pablo mismo nos lo cuenta: «Porque ellos dicen: Las cartas son severas y duras, pero la presencia física es poco impresionante, y la manera de hablar menospreciable» (2 Co 10,11). Bueno es recordar esto al leer sus cartas; puede variar algo nuestra apreciación de las cualidades personales requeridas por un auténtico siervo de Dios.

Lo cierto es que, como indican bien sus cartas, en vida Pablo siempre anduvo a la defensiva, sufriendo constantes comparaciones con otros que parecían tener mayores dones espirituales, mayores dotes de líder y más de ese «no sé qué» de autoridad. Fue sólo después, cuando el hombre «poco impresionante» y de hablar «menospreciable» ya había desaparecido y lo único que quedaba eran sus cartas, que la verdadera talla del apóstol pudo ser reconocida.

Hace algunos años participé en un retiro de hombres cristianos de una iglesia. Uno de los temas que abordamos en una de las conversaciones fue el tema de la masculinidad y la necesidad de héroes con quienes identificarnos como hombres cristianos.

El tema es profundo y legítimo: ¿Acaso no hay otro modelo de heroísmo aceptable para los hombres cristianos, que el heroísmo del martirio y la cruz? ¿Tiene forzosamente la santidad que identificarse con una especie de dulzura afeminada, una sensibilidad intuitiva ante los

sentimientos heridos de los demás, y una predisposición a sufrir y morir por los pecados ajenos?

Puede ser.

Pero lo único que sé yo es que cuando todo se haya dicho y el tema se haya agotado, mi héroe personal seguirá siendo Jesús de Nazaret. Sé bien a quién he decidido seguir. He elegido de quién seré discípulo. Como Pablo, me he propuesto no saber otra cosa que Jesucristo, y éste crucificado.

Este Jesús, este Mesías, conoció más de la cuenta del sufrimiento, y de la injusticia y del rechazo de la humanidad. Este Jesús tuvo mucho poder para salvar a otros, pero no parece haber dispuesto de poder para salvarse a sí mismo. O si lo tuvo, no dispuso de él. Este Mesías fue capaz de generar el entusiasmo pasajero de grandes multitudes; pero padeció también el odio asesino de esas mismas multitudes.

Cuando Juan el Bautista, encarcelado, mandó a algunos discípulos suyos a preguntarle a Jesús si de verdad era el Mesías, Jesús les hizo ver cómo «los ciegos reciben la vista y los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres se les anuncia el evangelio».

Luego añadió: «Y bienaventurado es el que no se escandaliza de mí» (Mt 11,5-6).

Hasta el día de hoy un cierto aire de escándalo rodea a Jesús y a su Espíritu Santo, muy a pesar de los esfuerzos de largas generaciones de líderes religiosos por domesticar su imagen. Por eso son tan necesarias hoy como el día que

primero las pronunció, aquellas sus palabras de advertencia.

¡Ay del que resiste al Espíritu de Dios Todopoderoso! ¡Cualquier otro pecado podrá ser perdonado, salvo la blasfemia contra el Espíritu!

UNA IGLESIA AUTÉNTICAMENTE ESPIRITUAL

Quisiera concluir con unos puntos que resumen mi visión para una Iglesia realmente espiritual, una Iglesia del Espíritu:

1. La iglesia debe de ser neumática, impredecible, sorprendente, llena de vida y creatividad. ¡Tantas veces somos todo lo contrario! Perfectamente previsibles en nuestro culto, nuestras canciones, nuestra reiteración reunión tras reunión de las mismas fórmulas. ¡Es tan difícil hacer lugar para la sorpresa y en cuanto le hacemos lugar, descubrimos que ahí no se presenta! El viento sopla y nadie sabe ni de dónde viene ni adónde va. Lo único que podemos hacer es enarbolar nuestras velas y rogar a Dios que pillemos algo de su fuerza motriz. Lo que está claro es que si nos dejamos hipnotizar por la rutina, tanto más difícil será que el Espíritu nos mueva.

2. La iglesia debe de estar fundada sobre las Escrituras más o menos como lo están las Escrituras mismas. Debemos saber combinar esa misma mezcla de reverencia y libertad ante las Escrituras de que ellas mismas dan ejemplo. El concepto fundamental aquí es la **continuidad.**

El profeta Urías hijo de Semaías fue muerto y Jeremías casi corre la misma suerte, por decir que Jerusalén caería ante los babilonios. Esto olía a blasfemia, puesto que en circunstancias idénticas pocas generaciones antes, Isaías había profetizado al rey Ezequías que Jerusalén no caería. El profeta de la corte, Hananías hijo de Azur, era aparentemente fiel a la palabra de Dios revelada a Isaías. Él anunció que el rey de Babilonia sería derrotado y que volverían los desterrados. Sin embargo los hechos dieron la razón a Urías y a Jeremías. Decían lo contrario que había dicho Isaías, recomendando la rendición cuando él había recomendado resistir. Sin embargo el mensaje de Jeremías y Urías se hallaba en continuidad espiritual con el de Isaías; el de Hananías no. La **continuidad** consistía en saber discernir si estaban dadas o no las condiciones de arrepentimiento necesarias para la salvación. Esa continuidad demuestra la legitimidad de su mensaje, aunque la conducta que instruyeron era contraria a la que Dios había mandado en generaciones pasadas. (Jeremías, caps. 26-28; Isaías, caps. 36-37.)

Así también nosotros. Libertad para lo nuevo que el Espíritu de Dios quiera hacer en nuestra generación. Libertad para la sorpresa, para lo nunca antes hecho, acaso lo nunca antes permitido por Dios. Pero en continuidad con los principios que inspiran el mensaje bíblico para las generaciones a las que fue revelado.[1]

3. La iglesia debe de ser revolucionaria.

---

[1] Ver D. Byler, *La autoridad de la Palabra en la iglesia* (Terrassa: CLIE, 2ª ed. 2002).

¿Por qué es que tantos cristianos carismáticos y pentecostales con los que me encuentro alrededor del mundo son tan conservadores? La dinámica del Espíritu nos conduciría a esperar lo contrario. Se supondría que las personas que se definen como llenas del Espíritu Santo estarían al filo del cambio social. ¿Acaso ese Espíritu Santo no es el mismo que arrancó los esclavos a Faraón y hacía que la gente se escandalizara con Jesús y le considerara un agente de Belcebú? ¿Acaso no es él el mismo Espíritu que hacía que Jesús anunciara su evangelio concretamente a los pobres, ante las críticas ácidas de los oligarcas, la nobleza y la jerarquía religiosa? Sin embargo con harta frecuencia descubro que los cristianos con cuyo estilo de culto cálido, ferviente y emotivo me siento cómodo, son los mismos que luego defienden el militarismo, la opresión, el prejuicio racial, el patriarcalismo machista, y el orden y la estabilidad en general.

¿Por qué hemos de dejar el terreno alto del interés en la justicia, la paz y la reconciliación, a aquellos que se hallan sumidos en un cristianismo liberal, ritualizado y muerto, y en una teología que cita la Biblia solo para rebatirla? ¿Acaso el culto lleno de la presencia viva y dinámica del Espíritu, está reñido con la disposición a unirse con el prójimo en la lucha contra el mal, la pobreza y la opresión? ¿Por qué hay que dejar el interés por conservar la vida y la viabilidad de los ecosistemas de este planeta a ateos, neopaganos y adeptos a la Nueva Era? ¿Acaso no es uno y el mismo Espíritu quien conmueve el corazón humano en la alabanza, impulsa la solidaridad con los que sufren, y mantiene la capacidad vital de la Creación?

Como en los días de los emperadores romanos, el Espíritu de Dios está tocando a desafío contra el orden estable y normal de toda la vida. Todo aquel que se aferre con nostalgia a los valores y el orden del pasado quedará marginado de los planes de Dios.

Recuerdo la vez que estuve en Estados Unidos cuando el país se hallaba en plena campaña electoral. Cada uno de los candidatos a la presidencia intentaba posicionarse como «pro familia», ante el beneplácito complaciente de todas las autoridades religiosas del país. Con perdón de mis hermanos pastores estadounidenses, cuando los políticos lo utilizan como arma arrojadiza, me pregunto si interesa ya identificarse como «pro familia». Si es tan importante para la política, sospecho que no tiene mucha importancia para el reino de Dios. El Dios que yo conozco no se preocupa en pelear nostálgicas batallas de retaguardia, corriendo el riesgo de quedar relegado al olvido por el flujo de la historia. El Dios que yo conozco es el que pone en marcha los grandes trastornos que han asolado la historia humana, derribando lo antiguo para dar lugar a lo nuevo. Propondría a mis hermanos de Estados Unidos que se preocupen más por cuestiones de justicia y rectitud en las relaciones entre hombres y mujeres, justicia y rectitud en el trato de los niños, y confiar que Dios hará una cosa nueva con la familia; que para eso es Dios.

4. La iglesia debe de conocerse por el poder de su debilidad, no por un poder a secas. La iglesia debe saber escuchar el «no» de Dios tanto como su «sí». Debe saber confesar, como Pablo, que hoy vemos como en un espejo.

Confusamente (1 Co 13,12). Es hora de que la iglesia descubra que al mundo ya no le impresiona nuestra milagrería. Que el mundo lo ve como eso, como milagrería barata. El mundo no necesita una religión más, compitiendo con las demás por ver cuál sanará más enfermos, cuál concederá mayores riquezas. El mundo necesita comunidades de seguidores de Jesús que se dejen soplar por el Espíritu para la lucha contra toda maldad, malevolencia, egoísmo, opresión, tiranía e insolidaridad.

Capítulo 5.

Un evangelio para gente corriente

Gente corriente. Gente como uno mismo. Es hora de desengañarnos. Por mucho que sigamos a Cristo, la inmensa mayoría de cristianos siempre seremos gente corriente. Las riquezas y el lujo, la fama y la gloria, una salud rebosante hasta la más anciana vejez, el éxito y el triunfo en los asuntos de la vida, todas estas cosas son elitistas. Son cosas que por su naturaleza siempre serán pocos los que las disfruten. Y tal como observó el salmista más de una vez con un cierto aire de amargura, son cosas que casi-casi pareciera que disfrutan más los impíos que los justos.

Si alguien anuncia que estas cosas son obligatoriamente patrimonio natural de quienes siguen a Cristo, lejos esté de mi poner en duda sus más sinceras y buenas motivaciones. Aunque sí opino que se equivoca. El mensaje del evangelio no tiene como fin, creo yo, hacer de los creyentes una nueva élite que no entiende ya de fracaso, enfermedad, penas y desengaños. El mensaje del evangelio está dirigido precisamente a la gente corriente; gente que nunca dejaremos de ser tan normales como cualquier vecino. Los virus y las bacterias, por lo general, seguirán teniendo un efecto negativo sobre nuestros cuerpos. Las leyes económicas de este mundo no

perdonarán nuestros errores en los negocios más que los de cualquier otro.

Es cierto que en la medida que crecemos en madurez hacia la meta de ser como Jesús, nuestro maestro y ejemplo, iremos aprendiendo a recibir la guía del Espíritu Santo en muchas de nuestras decisiones. Pero el camino hacia esa sabiduría estará sembrado de baches que darán fe de nuestras muchas equivocaciones, torpezas y metidas de pata.

Y cuando por fin lleguemos a ser como Cristo, no nos aguarda nunca, ¡Nunca!, más poder que aquel de que hizo uso él mismo en su andadura por esta tierra.

Veamos ahora qué clase de poder y éxito nos ofrece Jesús corno modelo. Los párrafos a continuación, mucho me temo, serán de triste desengaño para quienes sigan a Jesús hoy, como algunos le siguieron hace dos mil años, esperando que en cualquier momento llegaría la gloriosa manifestación de su poder, salud y prosperidad. Para otros, para los que se saben gente corriente, espero que las reflexiones a continuación sirvan de feliz consolación. No, hermano; no, hermana: No eres un «bicho raro» en el reino de Dios. Es posible que te halles en la mejor y más pura tradición apostólica: la de ser «gente corriente».

Para ti es este evangelio.

Si baso las reflexiones a continuación en el Evangelio de Mateo, no es porque Mateo sea especial, el más idóneo para este tema. Cualquiera de los cuatro evangelios canónicos daría idéntico resultado a grandes rasgos; lo único que variarían son los detalles.

UNO DE LOS MÁS PEQUEÑOS

El final de Mateo 25 nos ofrece una primera observación. Allí Jesús describe el juicio que efectuará el Hijo del Hombre, separando las «ovejas» de los «cabritos». ¿Cuál es el criterio que ofrece Jesús para distinguir entre unos y otros?

> *Él entonces les responderá, diciendo: En verdad os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de los más pequeños de éstos, tampoco a mí lo hicisteis* (Mt 25,45).

Aquí Jesús indica claramente con quién se identifica. No se identifica con los grandes y poderosos, con los ricos, con las autoridades ni con la alta jerarquía sacerdotal. Es el trato que brindamos a «los más pequeños» lo que le interesa. Es ahí donde él se siente personalmente olvidado o recordado, ignorado o reconocido, despreciado o valorado. Todo aquel que aspira a la prosperidad, la riqueza, la fama y el éxito como muestras del favor divino, debería preguntarse si no aspira precisamente a todo aquello que le hará menos interesante para Cristo. Debería preguntarse si no aspira a ser la clase de persona con quien Cristo no se siente identificado.

Jesús es siempre el que sufre. Donde quiera que haya seres humanos que sufren, es Jesús el que sufre. Donde hay un preso político, allí está preso Jesús. Donde alguien pasa hambre o sed o frío, allí pasa hambre y sed y frío Jesús. Donde alguien agoniza con una fiebre en la soledad, es Jesús el que se halla solo ante la muerte.

Hay hermanos que se sorprenden al descubrir que nuestra iglesia en Burgos mantiene el Hogar Emaús para

enfermos en fase terminal de SIDA. ¿A santo de qué? —quieren saber. ¿Por qué perder tiempo, energías y dinero en esto, cuando hay tantas almas por salvar? No dirían eso si hubieran estado presentes en aquella reunión cuando Dios nos reveló que es Jesús quien hoy se muere de SIDA por todas partes a nuestro alrededor.

UNA MUJER ANÓNIMA QUE SÍ SE ENTERA

Por si quedara alguna duda sobre estas cosas, el evangelista nos lleva de inmediato al anuncio de la cruz:

> *Cuando Jesús terminó todas estas palabras, dijo a sus discípulos: Sabéis que dentro de dos días se celebra la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado* (Mt 26,1-2).

Pero los discípulos no se enteran. Oyen pero no escuchan, no entienden lo que Jesús acaba de decir. A continuación el evangelista narra el relato de la mujer que rompe el frasco de alabastro para ungir a Jesús.

> *Pero al ver esto, los discípulos se indignaron, y decían: ¿Para qué este desperdicio?* (Mt 26,8.)

Ellos ni entienden ni valoran el sacrificio de Jesús. A todo esto, a dos días de su muerte, Jesús sigue siendo incapaz de hacerse entender respecto al tema más fundamental de su vida. Sus propios discípulos no le escuchan con atención. Sus mejores amigos siguen con la cabeza en otras cosas, en otros proyectos, sin darse cuenta que la identificación de Jesús con los marginados pueda ser más que el típico blablá piadoso de la gente religiosa.

Parecen no haberse percatado del detalle que Mateo ya había dejado caer en el capítulo 14.

Allí, al enterarse de la muerte absurda, sin sentido, de Juan Bautista, Jesús se había sentido profundamente conmovido. ¡Vaya manera de morir! La danza erótica de una adolescente hechiza de tal manera a su padrastro, que éste estúpidamente le promete cualquier deseo, con el resultado de que la cabeza de Juan, previa separación de su cuerpo, acaba sobre una bandeja. Eso ni siquiera es un martirio, como tampoco es meramente mala suerte. Es el destino de los sin poder, sin influencia, sin respeto ni valor para la sociedad. Como Juan no es nadie, no cuenta, Herodes y su hijastra disponen de su vida a capricho. Con razón el evangelio nos relata el duro golpe anímico que supuso esta noticia para Jesús. Bien sabía él que a la hora de la verdad, él tampoco contaría con influencia ni poder ni el más mínimo respeto de las autoridades. Bien sabía él que un carpintero galileo que solivianta a las masas con sentimientos de esperanza, es un estorbo que sólo vivirá lo que dure la tolerancia aburrida de los que mandan.

Los discípulos no habían captado el estado de ánimo de Jesús entonces y tampoco lo captan ahora. ¡Hasta aquí sus maravillosas dotes como predicador! ¡Hasta aquí su capacidad como maestro!

Hace falta una mujer, una mujer anónima, para desde su anonimato y su feminidad despreciada captar el mensaje de un Jesús que se solidariza con los que sufren y aguarda la cruz.

LA CENA

Podríamos detenernos en muchos detalles de los siguientes versículos. Leemos de la traición que trama Judas, uno de los doce hombres de confianza de Jesús. Leemos de los preparativos para la cena de la pascua y de las palabras pesadas, fatalistas, desesperanzadas, pronunciadas por Jesús en aquella ocasión. Palabras con las que vuelve a insistir en lo inevitable de la muerte violenta que le aguarda, y lo inevitable de su traición. Palabras que conducen al macabro giro que toma la ocasión de servir el pan y bendecir la copa de vino. Esto es mi cuerpo, comed. Esta es mi sangre, bebed.

> *Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día cuando lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre.*
>
> *Y después de cantar un himno, salieron hacia el monte de los Olivos* (Mt 26,29-30).

Sorprende pensar que después de tales palabras queden ánimos para cantar. Que yo recuerde, es el único lugar donde mencione que Jesús cantara. Vaya momento para enterarnos de que Jesús cantaba. ¿Cantó acaso en la boda de Caná cuando los invitados, satisfechos sus estómagos y con el mejor vino de la noche en sus copas, empezaron a entonar las típicas melodías populares que adornan tales ocasiones? ¿Entonaba acaso en las sinagogas un canto llano rabínico al leer las Sagradas Escrituras en voz alta cuando se le ofrecía la ocasión? ¿Cantó melodías improvisadas de alabanza en lenguas aquellas noches solitarias dedicadas a la oración entre los montes, a la luz

de las estrellas y la luna? ¿Cómo era su voz? ¿Profunda y cálida? ¿Lírica y potente?

Nada de esto sabemos. Lo que sí sabemos es que cantó ante la muerte, ante su propia muerte. Cantó sabiendo que uno de sus doce íntimos le traicionaba en ese mismo instante. Cantó pensando ya los pensamientos que en pocos minutos le harían agonizar en el Getsemaní. Cantó mientras aguardaba que vinieran a por él como por un ladrón. Cantó las alabanzas de Israel, las alabanzas de gratitud por la liberación del Éxodo, que era después de todo la ocasión de la pascua. Quizá el himno que cantaron fue el del Mar Rojo:

Canto al Señor porque ha triunfado gloriosamente;
al caballo y a su jinete ha arrojado al mar.
Mi fortaleza y mi canción es el Señor,
y ha sido para mí salvación;
éste es mi Dios, y le glorificaré,
el Dios de mi padre, y le ensalzaré.

—Éxodo 15,1-2

¿Qué clase de persona canta en tales circunstancias? Sólo alguien que conoce profunda e íntimamente al Padre. Sólo alguien que sabe perfectamente en quién ha confiado aunque todo salga mal. Sólo alguien cuya fe es para todos los momentos, no sólo para los momentos fáciles; especialmente para los momentos que **no son** fáciles.

LA VIGILIA

Esto nos trae al Getsemaní.

Y tomando consigo a Pedro y a los hijos de Zebedeo comenzó a entristecerse y a angustiarse. Entonces les dijo: Mi alma está muy afligida, hasta el punto de la muerte; quedaos aquí y velad conmigo. Y adelantándose un poco, cayó sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú quieras (Mateo 26,37-39).

Harta conocida es esta escena. Jesús **necesita** el apoyo de sus amigos. Tres veces les ruega que le acompañen. Dos de las tres veces ni siquiera les pide que oren; tan sólo que se mantengan despiertos, que mitiguen así su soledad. A pesar de todo, los discípulos se quedan dormidos. La hora es avanzada, la cena pascual ha sido abundante y bien regada con vino, como mandan los cánones. Bien quisieran acompañarle pero el sueño les vence. Por este motivo, la escena del Getsemaní es una de profunda soledad.

También lo es de extrema angustia. Y de resignación. Sus ruegos parecen ineficaces. Sus oraciones parecen toparse contra una pared inamovible. Lo que tiene que pasar tendrá que pasar, por angustioso que sea, y la única cosa que queda por determinar es la actitud que Jesús tendrá ante el destino. ¿Se rebelará? ¿Se quejará? ¿O se resignará y aceptará con fe y confianza en Dios el sufrimiento que le aguarda? Mateo no nos dice que Jesús reclamara sus derechos como Hijo. No exige pasar una noche tranquila ni exige protección divina ante los enemigos. No nos dice que increpara al diablo por la maldad de quienes buscan su muerte, ni que reprendiese a algún presunto «espíritu de angustia» por los sentimientos

que le embargan. Jesús es lo suficientemente sabio, lo suficientemente espiritual como para aceptar la realidad de su propio sufrimiento y de sus propios sentimientos negativos, que al fin de cuenta son absolutamente lógicos.

> *Padre mío, si esto no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad* (Mt 26,42).

He escuchado en alguna ocasión reprender a un hermano que después de pedir el deseo de su corazón haya tenido la sencillez de añadir, «pero no se haga mi voluntad, sino la tuya». Como si por pronunciar tales palabras se invalidaba el poder de la oración. Un concepto de oración que no halla lugar para el «hágase tu voluntad» es paganismo y magia. Presume en la oración de un efecto manipulador y controlador de Dios. Dios se vería obligado a obedecer la oración, parece ser, salvo que algún ingenuo le diera la oportunidad de zafarse del compromiso mediante las estúpidas palabras «pero hágase tu voluntad».

Quien piensa que el «pero hágase tu voluntad» demuestra falta de fe no entiende de fe y oración cristiana, aunque puede ser que entienda bastante de fe y oración como paganismo o ciencias ocultas. No tiene ni idea de cómo es Dios. Tal persona parece imaginarse un dios medianamente malévolo, cuya voluntad ha de ser necesariamente negativa, contraria a la petición de sus hijos. Pero el Dios y Padre que nos revelan Jesús y las Escrituras es enteramente benigno. Su mayor gozo es el bien de los que le invocan. Su voluntad es siempre mejor que nuestros más maravillosos anhelos, superior a nuestras más acertadas oraciones. ¡Necios seríamos si

insistiéramos en que se cumplieran al pie da la letra nuestras peticiones en vez de hacer lugar para la siempre aún más benigna voluntad de nuestro Padre!

Por eso la fe cristiana, la fe que demostró tener Jesús en el Getsemaní, es siempre una fe que resistirá los momentos oscuros, los momentos de angustia, terror, sufrimiento, soledad y dolor. No es tanto una fe en la liberación de tales sentimientos y la evasión de tales ocasiones, como la fe que Aquel en quien ha creído será fiel hasta el fin. No es tanto la confianza de conseguir lo pedido, como confianza en la persona a quien se pide. La exclamación «¡Padre mío!» que escapa de los labios de Jesús expresa la misma confianza ante la angustia, el dolor y la soledad que aún le aguardan en el futuro, que expresa también al decir «hágase tu voluntad».

Jesús sabe que aunque todo acabe mal, como es previsible, como él ya sabe que tiene que acabar mal, Dios sigue siendo digno de su fe y confianza. Jesús sabe que aunque la maldad humana y los malignos designios de Satanás parezcan plenamente victoriosos, como es previsible, como él ya sabe que parecerán, Dios sigue siendo digno de su fe y confianza.

Jesús sabe que la cuestión de fondo en la existencia humana no es el éxito ni la prosperidad ni la fama, ni el librarse o no de enfermedades terribles sean físicas o psíquicas, ni el liberarse de tragedias en la familia, de guerras, accidentes, hambre, abusos sexuales, injusticias judiciales, ni toda cosa horrorosa que nos pueda sobrevenir. Jesús sabe que la cuestión de fondo en la existencia humana es la actitud frente a Dios que

manifestaremos sean cuales fueren nuestras circunstancias: ¿Tendremos fe y confianza en él, o buscaremos otras vías para obtener el éxito, la salud y el bienestar?

EL ARRESTO

A continuación Mateo nos conduce a la escena de la traición de Judas.

Imposible saber qué pensaba Judas al besarle. ¿Qué supuso para él ese beso? Un poco menos imposible es imaginar los sentimientos de Jesús. La alegría inicial al ver una cara amiga entre tanta gente con manifiesta mala intención. «¡Hombre! ¡Si ahí está Judas!» Ver esa sonrisa amistosa, la familiaridad con que Judas se le acera, le saluda, acerca su cara con gesto afectuoso. Me imagino que por medio instante a Jesús le asalta la duda: «¡Padre! ¿Por fin sí que has decidido que pase de mí esta copa?» Aunque en el fondo tenía que saber que no: que el corazón de Judas no estaba en ese beso.

Pero hemos de suponer que el corazón de Jesús sí estaba en el beso suyo. Imagino que aún ahora, cuando ya era demasiado tarde, cuando ya era imposible hablar y aclarar sus diferencias, Jesús ponderaba en su interior cómo llegar a Judas, cómo traspasar el cascarón con el que Judas le había cerrado su corazón. Imagino que mientras su amigo se acerca, los ojos de Jesús le contemplan con afecto no fingido, como queriendo decirle: «¡Animo, Judas! A pesar de todo te sigo queriendo. Recuerda que el amor

de Dios dura para siempre, como dice el salmo. Recuerda que Dios es lento para la ira y grande en misericordia».

«¡Animo, Judas! Piensa que aunque me doy perfecta cuenta de lo que estás haciendo, no te lo reprocho. Recuerda que aun ahora te trato como amigo. ¡Ten ánimo, amigo mío!».

Lo que dijo en voz alta fue: «Amigo, haz lo que viniste a hacer».

Volveremos a Judas más adelante.

De momento Jesús ha de enfrentarse con una de sus últimas grandes tentaciones:

> *Y sucedió que uno de los que estaban con Jesús, extendiendo la mano, sacó la espada, e hiriendo al siervo del sumo sacerdote, le cortó la oreja. Y entonces Jesús le dijo: Vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que tomen la espada, a espada perecerán. ¿O piensas que no puedo rogar a mi Padre, y Él pondría a mi disposición ahora mismo más de doce legiones de ángeles?* (Mateo 26,51-53)

Es esta precisamente la tentación de ser «un Cristo de poder». La tentación de emplear el poder como el mundo entiende el poder. La tentación de recurrir a medidas de fuerza para hacer valer su autoridad y el orden frente a las fuerzas de injusticia, rebelión y caos que impulsan su arresto.

¿Por qué no recurrió Jesús a esas más de doce legiones de ángeles para impedir su arresto? ¿Acaso no era ilegal su arresto? ¿Acaso no era un atropello, una injusticia? ¿Acaso no era él el Mesías elegido y anunciado de ante-

mano por Dios como rey eterno para el pueblo de Israel? ¿Acaso no tenía él una autoridad legítima sobre las huestes celestiales?

¿Acaso no era su **deber** ejercer esa autoridad con sentido de responsabilidad para imponer un orden pacífico, benigno, teocrático y eterno sobre la sociedad humana?

¿Por qué huyó Jesús del ejercicio prudente de su responsabilidad como soberano eterno, si no porque sabía que el poder como el mundo entiende el poder es contrario a la naturaleza de Dios? ¿Qué impedía que recurriese a sus poderes legítimos y divinos, salvo que supiese que no era la voluntad del Padre que él se manifestara como un «Cristo de poder»?

Pero, ¿no exagero al calificar esto como una de sus grandes tentaciones?

Recordemos la escena inmediatamente anterior. La agonía del Getsemaní. Jesús **quería** librarse de la copa de sufrimiento que le aguardaba. Había luchado con el Padre en oración, resistiéndose a ello antes de acabar por asumirlo. ¿Quién saca el tema de la posibilidad de resistir el arresto mediante medios sobrenaturales? ¿Sus discípulos? No, no. Jesús mismo. Es a él que se le cruza por la mente esta posibilidad. Es él quien juega en su imaginación con la idea. En vista de la intensidad de los sentimientos que deja ver su oración del Getsemaní, está claro que la idea de destruir a sus enemigos mediante un acto de fuerza legítima y soberana constituye, efectivamente, una tentación. Una tentación terriblemente potente. Una tentación que, como todas, él supo rechazar.

Siglos después nacería entre cristianos con el espíritu mucho menos limpio, la doctrina de que el fin justifica los medios. Pero Jesús sabía perfectamente que el fin es inseparable de los medios, que ambos comparten la más profunda esencia. Que nunca se podrá pintar de blanco empleando pintura negra.

A pesar de todos los prodigios y todas las señales con que había regado su ministerio, lo que aquí queda claro es que el color con el que Jesús debía pintar su andadura por esta tierra no era el de impresionar, imponer y subyugar mediante manifestaciones fulminantes de poder sobrenatural. La voluntad del Padre no era ni intimidarnos con una gloria aterradora ni despertar en nosotros la codicia de manipularle para nuestro propio beneficio. La misión de Jesús era la de acercarse a nosotros en nuestra condición de impotencia cósmica para que supiéramos que no estamos solos, perdidos y olvidados en el tiempo y en el espacio galáctico. Alguien nos ama; alguien nos considera sus hijos, a pesar de todo. Ante esta realidad, ¿qué importan, qué son los poderes que este mundo reconoce como tales?

¡Ah, pero atención! ¿Qué diremos entonces de lo siguiente?

DONDE CAIFÁS

El sumo sacerdote le dijo: Te conjuro por el Dios viviente que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.

Jesús le dijo: Tú mismo lo has dicho; sin embargo, os digo que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la

diestra del Poder, y viniendo sobre las nubes del cielo (Mt 26,63-64).

¿No supone esto un mentís de lo que acabamos de exponer? En absoluto. Jesús dice «desde ahora veréis». ¿Y qué es lo que vieron desde entonces el sumo sacerdote, los escribas y los ancianos de Israel? Vieron un pobre hombre indefenso que hacía el ridículo. Vieron un estorbo para sus planes y para la paz de la provincia. Vieron un vulgar plebeyo, sin influencia, sin raza noble ni estirpe gloriosa. Un tipo del que se podían deshacer condenando a la muerte, sin que esto diera lugar a complicaciones indeseables. A continuación le contemplarían agonizando en la cruz. Y desde entonces nunca más le volverían a ver… hasta que en el último día venga «sobre las nubes del cielo», cómo él mismo dijo.

¿Cuál es la diestra del Poder, ese trono divino donde «desde ahora» habían ellos de verle «sentado», entonces? ¡La cruz! ¡Oh, qué duros de cerviz somos, que tardos para entender! Como cháchara piadosa exclamamos ¡amén! con un escalofrío de emoción sincera, al pensar que no hay poder como el de la cruz. ¿Pero seremos capaces de comprender que no hemos de buscar otro poder en Jesús que el de la cruz? ¿Seremos capaces de comprender que para Jesús la cruz nunca fue un símbolo religioso sino la dura realidad del único poder que pensaba permitirse y permitirnos?

Pocos versículos más adelante Mateo fija su atención en la conducta de Pedro.

El mismo seguidor incondicional que un día había dicho «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida» y que hacía pocas horas se había expresado dispuesto a enfrentar la muerte por Jesús, ahora niega conocerle. Ni siquiera el más mínimo gesto de solidaridad. Nada. Echa tacos y juramentos felicitándose de que jamás en la vida le había visto hasta ahora mismo.

No por esperada y anunciada sería menos dolorosa la traición de los discípulos. Aquella noche no fue sólo Judas quien le traicionó. Todos sus discípulos lo hicieron. Todos perdieron fe, todos dudaron que Dios le respaldaba y que le reivindicaría. En ese sentido Judas posiblemente fue el más íntegro: puestos a dudar que Jesús fuese el Mesías, sólo podía ser un fraude y un impostor, reo de muerte por blasfemia. Los demás dudaron aunque sin tener agallas para actuar conforme a su duda. Sin embargo lo esencial no varía: los doce dudaron, los doce le traicionaron, los doce renegaron de su amistad con él.

Es de suponer que los doce pasaron una noche fatal, deprimente. Es de suponer que los doce lucharon con demonios, que a los doce, en su desesperación, se les cruzó aquella noche por la mente la idea del suicidio.

JUDAS

¿Por qué interrumpe Mateo el relato del juicio de Jesús para informarnos de que Judas cedió a esa tentación también? El relato del suicidio de Judas (Mt 27,3-10) es como un paréntesis incómodo, que rompe la fluidez de la acción narrada. Mateo 27,2 dice: «Y después de atarle, le

llevaron y le entregaron a Pilato, el gobernador». Mateo 27,11 empieza: «Y Jesús compareció delante del gobernador, y éste le interrogó…» Y entre medio, como una interrupción, el suicidio de Judas.

Da la impresión que Mateo quiere que pensemos que Jesús se entera del suicidio de Judas. Que Mateo nos quiere dar a entender que esta noticia es un elemento más de la Pasión. Que es una herida más en el alma de Jesús, que contribuye a su desolación y sufrimiento.

Hace más de 25 años un amigo mío se suicidó. Ni siquiera era un amigo excepcionalmente íntimo. Pero arrastro hasta el día de hoy los sentimientos de rabia, de pena y de reproche de mí mismo que sufro como consecuencia de aquel suicidio. Sólo quien haya vivido un suicidio en la familia o entre sus amistades puede comprender cómo es eso.

«¡Oh, si tan sólo hubiera sabido cómo penetrar su aislamiento depresivo! ¡Si hubiera tenido más paciencia para escucharle, para expresarle mi afecto! ¡Si hubiese sido más fiel en la oración, luchando junto a él contra las tinieblas que le envolvían!»

Nunca fui tan necio como para culparme a mí mismo de su suicidio. Pero hasta hoy siento que de alguna manera le defraudé; que no supe ser el apoyo que él necesitaba para poder descubrir que después de todo la vida es hermosa.

Y he aquí Jesús. Encima de todo lo demás que le sucede, se entera ahora del suicidio de Judas. ¿Quién es Judas? ¡Uno de los hombres que él eligió tras toda una

noche de oración, para que fuese su apóstol y llevara su evangelio hasta los últimos confines de la tierra! Es el suicidio de uno de sus íntimos. El suicidio de un amigo con quien ha vivido intensamente tres años inolvidables. A Judas, con los otro once, había revelado sus secretos y había permitido ver sus obras. ¿Tan poco convincentes habían resultado aquellas obras y aquellos secretos, entonces?

«¡Oh, si tan sólo pudiese haber estado contigo estas horas! ¡Si hubiera podido decirte que te perdonaba, que te sigo queriendo, que comprendo tu debilidad y tus dudas! Se supone que yo soy el Mesías y sin embargo en tres años de intimidad no he podido prepararte para esta hora. ¡A cuántos he sanado y restaurado, pero a ti que eres mi amigo, mi hermano, mi hijo, no he podido, no he sabido ayudar!

«¡Judas, Judas! ¡Qué desperdicio! ¡Cuánto valías! ¡Cuánto entendías y con cuánta fe actuabas cuando estabas bien! ¡Cuántos demonios echaste, a cuántos enfermos sanaste en mi nombre, a cuántos que sufrían ayudaste y bendijiste por amor a mí estos tres años! ¡Oh, qué cruel has sido: este último golpe con el que te has quitado la vida es peor para mí que el de tu traición!»

Dos mil años más tarde el eco de aquel dolor aun palpita en mi alma:

¡Judas! ¿Por qué te suicidaste? ¡Cuánto echo en falta tu testimonio! Por toda la eternidad nos ha de faltar el Evangelio según San Judas Iscariote, en el que hubieras dicho «Yo le traicioné. Le entregué a sus asesinos. Pero

resucitó, me abrazó y me perdonó. Incluso para mí, el más vil pecador y traidor, que entregó al Hijo de Dios, hubo amor y perdón. Mis culpas él también clavó en la cruz y hoy vivo en el poder de su resurrección». ¿Te imaginas, Judas, a cuántos hubiera tocado profundamente, a través de los siglos, ese testimonio? ¡Oh, si tan sólo hubieras aguantado tres días! ¡Si tan sólo hubieras vuelto a encontrarte con él junto al Mar de Galilea, como lo hicieron tus once compañeros! Ellos también le traicionaron; no fuiste el único. ¿Por qué te rendiste a la desesperación?

No. Jesús no tuvo «poder» ni para mantener con vida a sus doce. ¡Pobre infeliz! Vino a salvar al mundo pero no logró salvar de las garras de Satanás ni siquiera a doce apóstoles escogidos.

ANTE PILATO

Mateo no nos permite detenernos en el triste patetismo de esta escena; ahora nos lleva al juicio ante Pilato. Mateo nos informa en el 27,12-14 que Jesús en ningún momento se defendió. Los principales sacerdotes y los ancianos expusieron su versión de las cosas. Entonces Pilato, haciendo uso de la imparcialidad que le correspondía en su papel de juez, se vuelve a Jesús para escuchar la versión suya. Y Jesús no dice nada.

Pero recordemos quién es el que no dice nada. Recordemos por ejemplo la escena que nos había contado Mateo en el capítulo 14 donde nos enteramos, en el momento de alimentar a la multitud, que había estado

predicando a unos cinco mil hombres. Supongamos que había otras cinco mil mujeres y diez mil niños. Total de veinte mil personas, la mitad de ellos niños. Lo asombroso es que todos ellos **oyen** a Jesús. Le oyen, se enteran de lo que dice y les resulta tan interesante que pierden noción del tiempo y del hambre hasta que Jesús mismo indica que habría que parar para comer.

Sólo se me ocurre una manera de que un hombre pueda ser oído y entendido por veinte mil personas. Recordemos que entonces no existía la megafonía. Jesús no hablaba con micrófono. La única manera de escuchar era que todos los demás callaran. Que todos los demás se quedaran quietos, inmóviles, atentos. ¡Incluso los niños! Lo normal en una multitud así es que algún niño llore por aquí, que otros corran y jueguen por allá, que este tire de la manga de mamá y le pida ir a hacer pis y que aquel otro susurre «Mamá, tengo hambre.» En una multitud de veinte mil esto supone un murmullo de fondo, que junto con estornudas, el sonar de alguna nariz, y un largo etcétera, acaba constituyendo un ruido considerable.

Entonces las palabras de Jesús tienen que haber sido tan interesantes, que hasta los niños prestaban atención, se quedaban fascinados e inmóviles prestando atención, y al igual que sus mayores acabaran perdiendo noción del tiempo.

Es decir que Jesús tenía un don de la palabra tan desarrollado que es casi imposible de imaginar. Una capacidad de envolver a sus oyentes con sus parábolas, sus ejemplos perfectamente escogidos, su sentido de humor, y un no sé qué del timbre de una voz melodiosa y

bien pronunciada, hasta tal punto que incluso los niños pendían de cada una de sus palabras.

¿Por qué no utilizar ese don ahora, con Pilato? Pilato le da la ocasión en bandeja: «¿Tienes algo que decir?»

¡Este es el momento de hablar! El momento de hipnotizar con su voz como en sus mejores tiempos a los oyentes, conduciéndole mansamente a la absolución de todos los cargos mediante la lógica de sus argumentos, la sinceridad y autoridad de sus palabras y la sencillez veraz de sus parábolas y ejemplos.

Pero Jesús guarda silencio. Este poder es uno que también se niega a sí mismo. Ya se había negado a sí mismo la defensa militar. Ahora tampoco considera lícita esta defensa: la de la persuasión incontestable de su superioridad como orador público. Siempre que había debatido con los fariseos, los saduceos y los escribas, les había vencido y humillado. Pero ahora no debate. Calla. ¿Por qué? Seguramente está relacionado con lo que sigue:

Pilato tiene por costumbre dejar en libertad un reo para las fiestas judías. Cree hallar una buena solución para la situación que le plantea el juicio a Jesús. Seguramente su policía le tiene informado de la popularidad de Jesús y él ya ha llegado a la conclusión de que Jesús es inofensivo. ¿Qué mejor plan que el de satisfacer al pueblo soltando a Jesús y a la vez quedarse en sus mazmorras a todos los prisioneros que de verdad constituyen un peligro para el orden público?

Pero el pueblo prefiere a Barrabás. Prefiere ver otra vez en las calles a un valentón violento y sin escrúpulos, antes que a Jesús.

Esta decisión del pueblo ha sido motivo de mucha especulación a través de los siglos. Yo tiendo a pensar que el pueblo se sintió tan desengañado como los apóstoles al ver la impotencia de Jesús ante las circunstancias adversas que le habían sobrecogido. Habían seguido a Jesús creyéndole el Mesías liberador que anhelaban, un Hijo de David el rey, un mesías. Preferían a un Barrabás desafiante y rebelde hasta sus últimas consecuencias, antes que el triste espectáculo de mansedumbre que presentaba Jesús.

Sea o no éste el motivo de que el pueblo prefiriera a Barrabás, el resultado para Jesús es que queda totalmente sólo. Abandonado. Ya nadie le aclama, nadie corea su nombre. Como líder popular su fracaso es ahora total.

Sigue ahora, en Mateo 27,24-32 un detallado recital de violaciones de los derechos humanos de Jesús.

Primero, el juez condena a morir bajo tortura a un hombre que sabe inocente. Es difícil concebir la fría indiferencia con que Pilato pudo condenar a Jesús a la cruz. Pilato no tiene ninguna duda sobre la culpabilidad del acusado. Está convencido de que es **inocente.** Pero también está claro que el acusado no tiene poder. No tiene influencia. No tiene dinero ni tierras ni parientes influyentes ni nada de nada que ofrecer. Pilato no ganaría nada con absolverle. No ganaría ni dinero, ni prestigio, ni influencia, ni ascendencia social, ni admiración. Nada. Al contrario: el camino a la consolidación de su autoridad, su

poder y su prestigio, pasa por el atropello de los derechos de este pobre carpintero galileo, con el que de repente siente que ya ha perdido demasiado tiempo.

Luego vienen las vejaciones públicas. La desnudez. Jesús sometido al juego de mentes adolescentes o quizá ebrias que se divierten haciendo como que le aclaman como rey. La corona de espinas, corona que hay que suponer que hería tanto —o más al estado de ánimo que a la piel. Ninguna de estas cosas sería admisible hoy como trato humano de un condenado a muerte. Jesús, como habíamos visto al empezar estas reflexiones sobre la Pasión, se identificaba con los pobres, los enfermos, los desprovistos de poder, los oprimidos y sometidos a abusos de autoridad. Ahora vemos que esta identificación era más que palabras y sentimentalismo. Jesús sufrió indefenso, en carne propia, los abusos criminales de la autoridad corrupta.

SOLEDAD Y MUERTE

Pero todavía queda lo más difícil. Jesús es clavado a la cruz y ésta es izada para producir una de las muertes más dolorosas y lentas jamás inventadas por el retorcimiento de la mente humana. Y junto con el dolor y además de los pensamientos propios que tienen que pasar por la mente de una persona sometida a tal sufrimiento, Jesús tiene que escuchar lo siguiente:

> *Los principales sacerdotes, junto con los escribas y los ancianos, burlándose de él, decían: A otros salvó; a sí mismo no puede salvarse. Rey de Israel es; que baje ahora de la cruz*

> *y creeremos en él. En Dios confía; que le libre ahora si él le quiere; porque ha dicho: «Yo soy el Hijo de Dios.» En la misma forma le injuriaban también los ladrones que habían sido crucificados con él* (Mt 27,41-44).

—En Dios confía; que le libre ahora si él le quiere.

En Dios confía; que le libre ahora si él le quiere. Que le libre ahora si él le quiere. Si él le quiere. Si es que Dios le quiere. La lógica es intachable. Los líderes religiosos judíos nunca dudaron de que Dios tenía el poder para librar a Jesús de la cruz. Pero como herederos y guardianes de las riquezas de la fe de Israel, tampoco dudaron de que Dios había rechazado a aquel pobre hombre que pendía de una cruz, retorciéndose de dolor. Si acaso Dios le quisiera, es inimaginable que permitiese tal sufrimiento. «El colgado es un maldito de Dios», reza Deuteronomio 21:23, con lógica inapelable. Si Dios mismo no le hubiera rechazado, ¿acaso sería posible acabar así?

Si Dios de verdad existe, iba a permitir que una persona a quien él quiere muriese tal muerte sin intervenir?

A través de los siglos pocas palabras resuenan con un impacto tan escalofriante, tan lleno de dolor y despecho, como el grito de Jesús:

—¡Elí, Elí! ¿Lemá sabactaní?

¿Por qué? ¿Por qué me has abandonado, Dios mío? ¿POR QUÉ? Este grito no es artificial. Encierra toda la duda de que es posible el corazón humano, y un auténtico sentimiento de soledad respecto a Dios.

Recuerdo que hace muchos años uno de mis profesores comentaba que el fenómeno de sentir la ausencia de Dios es algo que sólo afecta a los que normalmente sienten su **presencia**.

Una persona que nunca ha probado el gozo, la ternura de la presencia de Dios en su vida, sencillamente no sabe lo que se está perdiendo. Puede experimentar, sí, un sentimiento vago de vacío. Pero no sufre el dolor espantoso de la ausencia de Dios. Pero quien de verdad haya estado en comunión con Dios, sufre su ausencia como tinieblas, vacío y soledad indecibles. Si esa distancia de Dios ha ido sobreviniéndole lentamente, por un enfriamiento paulatino, es posible que el dolor no sea tan agudo; aunque pienso que el recuerdo de la intimidad con Dios perdida tiene que atormentarle como un fantasma. Mas cuando la ausencia de Dios es repentina, cuando Dios vuelve la espalda porque no aguanta contemplar nuestro pecado, el dolor es insoportable.

Y en nuestra relación con Dios sospecho que a todos nos ha tocado pasar lo que los místicos llamaban «la oscura noche del alma». Cuando sin saber exactamente por qué, todo son dudas, Dios se nos antoja un invento de nuestra imaginación, no sentimos nada. Nada. Dios sencillamente no está. O así nos lo figuramos, claro está. Porque Dios nunca nos abandona de verdad; tan sólo son nuestros sentimientos y pensamientos los que nos traicionan. Pero desde la subjetividad de nuestros pensamientos y sentimientos, la ausencia de Dios es tan real como si Dios de verdad nos hubiera abandonado.

Imaginemos, entonces, la intensidad del sentimiento de abandono y soledad que tuvo que asaltar a Jesús, para que exclamara semejante queja. Nunca jamás en toda la experiencia de la humanidad había sentido una persona tan intensa y constantemente la presencia de Dios en su vida. Jesús pudo afirmar que ya que el Padre le amaba, le dejaba ver lo que él estaba haciendo; y que desde la intensidad de su comunión con el Padre, él era incapaz de hacer otras obras que las que veía hacer al Padre.

Pero ahora, agobiado por la intensidad hipnotizante del dolor y machacado por la burla de los que no pueden concebir que Dios quiera a quien tanto sufre, a quien tocó padecer cada una de las tentaciones humanas, ahora asalta la tentación de la duda y de la ausencia de Dios.

¡Padre! Pensaba que tú y yo éramos inseparables. Pensaba que al vivir como viví te agradaba. Pensaba que mis obras eran tus obras. Pensaba que tú querías que asumiera el riesgo de esta muerte como consecuencia de decir tus verdades. Pero ahora no te siento. Ahora te busco y no te hallo. Ahora, cuando más te necesito, al ver que se acerca la muerte, ¡precisamente ahora!, no tengo paz. Ahora, agudamente consciente de que a este mi cuerpo se le va escapando la vida, no siento ninguna presencia consoladora. Lo único que siento es que este es el fin. Que todo se acaba y que estoy solo ante la muerte.

¡Padre! La traición de las multitudes era algo que podía prever. No me sorprendió, aunque me dolió, la traición de Judas. Todos mis discípulos me abandonaron; era algo que se podía esperar. Pero… ¿Tú también? ¿Por qué tú?

Es menester recordar que en el momento culminante de la obra de Jesús, en el momento en el que efectuó la más grande y perdurable de todas sus obras, Jesús no sentía nada. No sentía fe. No sentía la presencia de Dios. Llegó a dudar de que Dios estaba con él y le guiaba. Buscó a Dios y no le halló, y no le quedó más remedio que asumir las consecuencias de decisiones que había tomado cuando sí sentía que Dios estaba con él. Fue ese su estado de ánimo cuando nos obtuvo la salvación. Una tremenda sensación de impotencia, fracaso y soledad.

> *Entonces Jesús, clamando otra vez a gran voz, exhaló el espíritu* (Mt 27,50).

Murió. Murió de verdad. No hay nada más contrario al poder, nada más antitético al éxito que la muerte. Volver a un estado inánime, inerte. Materia orgánica en proceso de descomposición. Carne para bacterias y gusanos, para los que un cadáver humano da lo mismo que cualquier otro cuerpo exánime.

CONCLUSIONES PRÁCTICAS

Este es el evangelio apostólico. Que Jesús, el Mesías, el Hijo de Dios, se privó a si mismo de todo poder y autoridad, padeció todos los sentimientos propios del fracaso, el abandono y la soledad, y expiró. Es el evangelio que nace de un débil, despreciado mortal. No el evangelio de un «Cristo de poder», sino de Cristo que «no pudo».

Es a este Jesús que seguimos. A este y a ningún otro.

Entre las palabras de Jesús más ignoradas por generación tras generación de cristianos (y son muchas las palabras de Jesús a las que los cristianos nunca han querido dar crédito) está su afirmación de que el discípulo no puede ser mayor que el maestro. No, el discípulo no puede ser mayor que el maestro. Pero muchos cristianos creen sin ningún conflicto que ellos sí son mayores que Cristo. Que Cristo sufrió pero ellos no necesitan sufrir. Que Cristo fue pobre pero ellos pueden ser ricos. Que Cristo se identificó con los oprimidos pero ellos se pueden identificar con los opresores. Que Cristo renunció al poder humano, consecuentemente, a cada paso del camino; pero que ellos tienen un derecho espiritual a la autoridad sobre el prójimo.

Pablo les ironizaba a los corintios que a ellos les fuera tan bien y se sintieran tan superiores espiritualmente mientras que él, en cuanto apóstol, lo estaba pasando tan mal. Pablo tenía asumido que el discípulo no podía ser superior a su maestro; pero parecería ser que los corintios empezaban ya a opinar lo contrario. Contra toda lógica y contra las palabras del mismísimo Jesús.

Hay, sí, poder en el evangelio. ¡Claro que sí! La historia de Jesús no acaba con su muerte. ¡Resucitó! Pero la resurrección viene siempre después de la muerte, de la muerte de verdad; la muerte que deja muerto. La resurrección no es un rescate de última hora, sino un evento posterior al fin de la vida.

El poder de Jesús fue siempre poder **para hacer el bien,** no poder para librarse del mal. El poder de Jesús, el poder que nunca le faltó a Jesús, fue el poder transformador que

hace al ser humano capaz de sacrificarse por el prójimo. El poder que hace que una persona esté dispuesta a sufrir para aliviar el sufrimiento ajeno. El poder que rehabilita al ser humano para las buenas obras.

Pero quien busca en el evangelio un presunto poder para librarse del mal, para librarse del sufrimiento común a todos los seres humanos, que busque en otra parte. En Jesús no lo hallará.

Lo que sí nos ofrece Jesús es la certeza de que nosotros, gente corriente, podemos mantener una relación de confianza y amor con Dios. A la larga, esa relación con Dios nos dará mucha más satisfacción que disponer de poderes extrasensoriales con los que mantener la salud, el éxito en los negocios, y el triunfo en la vida.

Capítulo 6.

Dios y la sexualidad humana

Quiero dirigirme a dos preguntas que me he hecho en diversas circunstancias a través de los años.

La primera es una que casi diría que me atormentó durante los años más fogosos de la adolescencia, con el descubrimiento de mi sexualidad como instinto casi indomable:

¿Por qué hizo Dios que la reproducción humana fuese sexual? ¿No podía adivinar él el terrible conflicto que la atracción sexual supondría para los jóvenes cristianos? ¿No sabía él cuántos acabarían poco menos que obsesionados con un tema que les atraería con la fuerza de un potente imán pero que la enseñanza cristiana les obligaba a reservar para el matrimonio? ¿Él, que sabe todas las cosas, no sabía cuánta gente acabaría cediendo ante la tentación, cayendo en el pecado, sembrando su juventud de recuerdos que empañarían sus futuros matrimonios?

¿Por qué no otro tipo de reproducción, menos problemática y conflictiva para los cristianos? Por ejemplo, la de ciertos organismos unicelulares: Me corto por la mitad, y ya somos dos. ¿Qué más sencillo? Ni tentaciones ni pecado ni historias. La mente puede concentrarse en

otras cosas, como la alabanza y la evangelización. O la reproducción de las plantas. ¡Qué bonito sería que durante cierta estación del año todo el mundo echara flores por la cabellera. Las abejas podrían ir y venir entre nosotras portando el polen, y ya está. ¿Para qué complicarnos Dios la vida con el sexo?

La segunda pregunta nunca la viví con la misma intensidad. Pero siempre he sentido algo de curiosidad: ¿Qué pinta el Cantar de los Cantares en la Biblia? Por mucha imaginación alegórica que uno quiera echarle al asunto, el Cantar es claramente literatura erótica. Es así; no tiene vuelta de hoja. Erotismo puro. ¿Qué tiene que ver con la espiritualidad? ¿Cómo se ha colado entre los libros inspirados?

En mi juventud hubiera sentido cierto sofoco si alguien me hubiera pillado leyendo el Cantar. De hecho me aseguré bien de que nunca sucediera.

—Hijo, ¿qué haces?

—Nada, Mamá, leyendo la Biblia.

—¡Oh, qué bonito! ¿Qué lees?

—Esto… (¡glup!) —un manotazo desesperado a las páginas—. Eh… ¡Romanos! Sí, Romanos 4. ¡Muy profundo!

PARÁBOLA DEL AMOR DIVINO

En el Capítulo 1 (p. 17) señalábamos la significación especial que tiene la estructura poética de Génesis 1,27.

Veíamos allí tres frases estrechamente interconectadas entre sí:

Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya,
a imagen de Dios lo creó;
varón y hembra los creó.

Veíamos que la tercera frase es la que tiene el gancho, la sorpresa típica del arte poético hebreo. En esta tercera frase viene lo que el autor quiere añadir a lo dicho en las primeras dos: aquello a lo que quiere llamar la atención. Observábamos entonces que las palabras «varón y hembra» ocupan el lugar que en las primeras dos frases ocupan las palabras «imagen de Dios».

¿Por qué nos creó Dios con sexo, varón y hembra? Si nos atrevemos a creerlo, parece ser que fue ésta la mejor manera que se le ocurría de crearnos a su imagen. Obviamente estamos aquí ante una metáfora, o sea una figura del lenguaje que nos ayuda a percibir la realidad con la imaginación. Dios no tiene sexo. N i mucho menos tiene dos sexos. Pero algo de lo que sucede entre los seres humanos como resultado de que nosotros seamos sexuales, resulta ser un reflejo de algo paralelo en la naturaleza de Dios.

Estoy convencido de que la intensidad del amor de Dios por nosotros sólo puede llegar a entenderse utilizando la analogía, el ejemplo, de la atracción sexual entre los seres humanos. Dios nos dio el sexo como parábola de la intensidad de su propia atracción hacia nosotros. Si no fuera por el paralelo, sería imposible para nosotros comprender la fuerza fundamental, arraigada en

lo más profundo de su naturaleza, que es en Dios un anhelo y una atracción hacia nosotros (y en nosotros anhelo y atracción hacia él).

Es curioso que la palabra para describir los hechos de Semana Santa, «pasión», tiene un doble sentido. Puede significar sufrimiento intenso, pero también una excitación erótica incontrolable. Hay algo «pasional» en esa entrega total por nosotros en la cruz, que va más allá del sufrimiento solamente. Probablemente exageramos los estudiosos de los idiomas originales de la Biblia, cuando distinguimos entre las palabras griegas para hablar del amor: «eros», «filos» y «ágape». Tales distinciones acaso eran útiles para los filósofos paganos. Pero el **ágape** del Dios de los hebreos se confunde constantemente con **eros,** esa atracción irresistible que nos nace de la mismísima esencia del ser.

Veamos por ejemplo los celos de Dios expresados en Oseas 2, respecto a la infidelidad religiosa de Israel. Cualquier marido celoso se podría identificar con estos sentimientos. El deseo pasional de venganza violenta no es inusual en tales circunstancias, así como el absurdo convencimiento de que sea posible obligar el amor de la mujer infiel:

> *Contended con vuestra madre, contended,*
> *porque ella no es mi mujer, y yo no soy su marido;*
> *que quite, pues, de su rostro sus prostituciones,*
> *y sus adulterios de entre sus pechos*
> *no sea que yo la desnude completamente*
> *y la deje como el día en que nació,*
> *y la ponga como un desierto,*

la reduzca a tierra seca,
y la mate de sed.
Y no tendré compasión de sus hijos,
porque son hijos de prostitución,
pues su madre se prostituyó;
la que los concibió los deshonró,
porque dijo: «Iré tras mis amantes,
que me dan mi pan y mi agua,
mi lana y mi lino, mi aceite y mi bebida».
Por tanto, he aquí, cercaré su camino con espinos,
y levantaré un muro contra ella para que no encuentre sus senderos.
y seguirá a sus amantes, pero no los alcanzará;
los buscará, pero no los hallará.
Entonces dirá: «Volveré a mi primer marido,
porque mejor me iba entonces que ahora».

Ezequiel (cap. 23) pinta este cuadro de los celos pasionales de Dios con trazos aun más exagerados. Emplea en ello un lenguaje tan crudo que despierta rubor en más de un pío lector de la Biblia:

[«Aholiba», o sea Judá] *vio hombres pintados en la pared, figuras de caldeos pintados con bermellón, ceñidos sus lomos con cinturones y amplios turbantes en sus cabezas, con aspecto de oficiales todos ellos, semejantes a los babilonios de Caldea, tierra de su nacimiento. Cuando los vio se apasionó de ellos y les envió mensajeros a Caldea. Y vinieron a ella los babilonios, al lecho de amores, y la contaminaron con sus prostituciones.*

Y después de haber sido contaminada con ellos, su alma se hastió de ellos. Reveló sus prostituciones y descubrió su

desnudez; entonces me hastié de ella como me había hastiado de su hermana.

Pero ella multiplicó sus prostituciones, recordando los días de su juventud, cuando se prostituía en Egipto. Y se apasionó de sus amantes, cuya carne es como la carne de los asnos y cuyo flujo es como el flujo de los caballos. Añoraste así la lujuria de tu juventud, cuando los egipcios palpaban tu seno, acariciando los pechos de tu juventud.

Ezequiel pone en el marido engañado sentimientos de inseguridad sobre su capacidad de satisfacer a su esposa con el tamaño de su pene, que se traduce en absurda fantasía sobre el tamaño de los de sus amantes, comparados aquí a penes de asnos, con emisiones de semen tan copiosas como las de los caballos. Viene así a describir el estado de ánimo de Dios, tan comido de los celos que incluso su imaginación le pinta exageraciones absurdas respecto a la proeza sexual de sus rivales.

Este pasaje, como el que habíamos citado de Oseas, conduce también irresistiblemente a un acceso de cólera violenta contra la esposa infiel.

Los celos de Dios respecto a su pueblo se describen así empleando como analogía los más fuertes y profundos sentimientos humanos, lo más primitivo y violento del instinto sexual masculino. La atracción de Dios por su pueblo es algo irracional, algo tan fuerte que asusta en su intensidad apasionada. La atracción de Dios por su pueblo es incluso peligrosa; esa intensidad sexual puede volverse

terrible y violenta si frustrada, como la de un hombre enloquecido por su imaginación celosa.[1]

¿Seríamos capaces de entender cómo nos anhela, nos desea, nos necesita Dios, si nosotros no estuviésemos sujetos a las pasiones del sexo? ¿Sabríamos comprender si no la obsesión que empuja a Dios en su trato con nosotros?

Esa intensidad erótica del amor de Dios por su pueblo también halla expresión en pasajes líricos y románticos. Volviendo a Oseas 2, observamos la siguiente fantasía enamorada:

Por tanto, he aquí, la seduciré,
la llevaré al desierto,
y le hablaré al corazón.
Le daré sus viñas desde allí,

---

[1] Esta metáfora, aunque empleada por los profetas bíblicos, no deja de tener graves peligros. La violencia doméstica consecuencia de los celos masculinos es siempre tajantemente inaceptable, jamás justificable. La violencia instintiva del macho de la especie humana ha de quedar siempre perfectamente controlada en todo aquel que dice seguir a Cristo. Por este motivo, imaginar a Dios sometido a tales arrebatos de cólera celosa, violenta y abusiva en una relación matrimonial, es sumamente problemático. Si Jesús es nuestra revelación perfecta de la naturaleza del Padre, Dios jamás se comporta como un marido violento y abusivo sometido a instintivos accesos de cólera irracional; Dios no es el violador de la humanidad sino que se desdobla en respeto puntilloso de la autonomía humana para amarle o rechazarle. El tema de los celos de Dios tan sólo puede funcionar como lo hemos descrito aquí: El profeta proyecta sobre Dios la más fuerte y violenta emoción humana, que es a su vez parábola de la intensidad del amor y la necesidad de ser amado que caracteriza a Dios en relación con nosotros.

y el valle de Acor por puerta de esperanza.
Y allí cantará como en los días de su juventud,
como en el día en que subió de la tierra de Egipto.
Sucederá en aquel día —declara el Señor—
que me llamarás «mi hombre»
y no me llamarás más «mi señor».
Te desposaré conmigo para siempre;
sí, te desposaré conmigo en justicia y en derecho,
en misericordia y en compasión;
te desposaré conmigo en fidelidad,
y tú conocerás al Señor.

Llegamos así al Cantar de los Cantares. En una de sus reflexiones finales vienen las siguientes palabras (Cnt 8,6-7):

Porque fuerte como la muerte es el amor,
inexorables como el Seol, los celos;
sus destellos, destellos de fuego,
la llama misma del Señor.
Las muchas aguas no pueden extinguir el amor,
ni los ríos lo anegarán.

Obviamente habla aquí del amor humano; el amor de pareja. Pero no se ha equivocado la Iglesia a través de los siglos al entender que «a otro nivel», estas palabras funcionan perfectamente para describir el amor divino, el «eros» con el que Dios nos desea.

Es un toque genial de inspiración divina lo que hace que figure este ejemplo de literatura erótica en la Biblia. Y para comprender el Cantar, es necesario primero aceptar el Cantar francamente como literatura erótica, sin tapujos

ni vergüenza. La ternura lírica del amor erótico de la pareja humana halla aquí su canto. El Cantar entiende que el amor erótico es bueno, que es positivo, que es fuente de maravillosos ratos de intenso placer conyugal.

Luego también los hebreos primero, después la Iglesia, siempre han sabido comprender perfectamente que este amor es una parábola. No tan sólo el amor de la pareja que celebra el Cantar, sino cada encuentro sexual humano. Nuestra mismísima naturaleza sexual es parábola. Por eso, desde que existen las Escrituras como tales, figura en la Biblia el Cantar de los Cantares.

Aquí, en la mutualidad entre la amada y su amado, vemos la reciprocidad entre el amor de Dios por nosotros y el nuestro por él. Si en los profetas el amor de Dios es inseguro, celoso, objeto de rechazo, aquí la pareja se ama mutuamente en perfecta simetría.

Mi amado es mío, y yo soy suya (Cantares 2,16).

Yo soy de mi amado y mi amado es mío (Cantares 6,3).

PARÁBOLA DE LA DEVOCIÓN HUMANA

La intensidad de la **respuesta** humana al amor de Dios también halla su analogía, su metáfora, su parábola, en el amor erótico. Por costumbre, desde que los profetas imaginan a Dios como el marido, hacemos de la mujer en Cantares una figura de la respuesta humana al amor de Dios. Esto no viene obligado por el texto. Después de todo, Dios no es masculino más que femenino. Como acabamos de observar, el tema de Cantares es precisamente la

mutualidad, la simetría entre la pasión de una y la pasión del otro. Pero ciñéndonos a la manera tradicional de leer Cantares, imaginemos que ella es figura de nosotros en esta relación erótica entre Dios y su pueblo:

Yo dormía, pero mi corazón velaba,
¡Una voz! ¡Mi amado toca![2]
«Ábreme, hermana mía, amada mía,
paloma mía, perfecta mía,
pues mi cabeza está empapada de rocío,
mis cabellos empapados de la humedad de la noche».
Me he quitado la ropa,
¿cómo he de vestirme?
He lavado mis pies,
¿cómo me los volveré a ensuciar?
Mi amado metió su mano por la abertura,
y se estremecieron por él mis entrañas.
Yo me levanté para abrir a mi amado;
y mis manos destilaron mirra,
y mis dedos mirra líquida,
sobre los pestillos de la cerradura.
Abrí yo a mi amado,
pero mi amado se había retirado, se había ido.
Tras su hablar salió mi alma.
Lo busqué, y no lo hallé;
lo llamé, y no me respondió.

---

[2] Sigo aquí, como en el resto del capítulo, la versión de La Biblia de las Américas, salvo que omito las palabras que allí figuran en cursivas, que habían sido añadidas por los traductores para mayor claridad. Ya que interpreto este párrafo como un sueño erótico, me parece que aquellas palabras, más que aclarar, estorban.

Me hallaron los guardas que rondan la ciudad,
me golpearon y me hirieron;
me quitaron de encima mi chal los guardas de las
murallas.
Yo os conjuro, oh hijas de Jerusalén,
si encontráis a mi amado,
¿qué le habéis de decir?
Que estoy enferma de amor.

Yo entiendo que este párrafo relata un sueño. Un sueño que empieza como sueño erótico pero termina como pesadilla. La primera escena establece que la mujer está dormida aunque su corazón velaba: seguía obsesionada con su amor incluso en sueños.

En este sueño, entonces, de repente siente el llamado al amor: la urgente demanda de su amado que quiere entrar. «Ábreme, amada mía». Pero él no sólo habla. Mete su mano entre la ropa, y sus caricias despiertan en ella el ardor de la respuesta. Entonces ella, extremadamente excitada, se levanta para abrirle la puerta. (Sí, es absurdo. Se supone que él ya la ha estado tocando. Pero los sueños son así: se pasa de una escena a otra sin orden lógico.)

Ahora, en un instante, el sueño erótico y excitante toma un giro negativo. Al principio él estaba junto a ella. Desnudo, limpio y húmedo tras un baño nocturno la tocaba, la estimulaba, la excitaba. Luego está algo más distante. Ella necesita levantarse para abrirle la puerta. ¡Pero ahora ha desaparecido del todo! Entonces ella sale corriendo a buscarle mientras el sueño se vuelve cada vez más pesadilla. Ella busca, excitada, a su amante; pero halla

a los guardas de la ciudad que la golpean, la hieren, y la desnudan (¿intento de violación?).

En ese punto parece despertarse, sobresaltada, como suele suceder con las pesadillas. Entonces suspira su conjuro a las hijas de Jerusalén. «Si encontráis a mi amado, decidle que estoy enferma de amor.» ¡Vaya sueño!

Atención. Nos habíamos ceñido a la teoría de que en este poema la mujer es figura del pueblo de Dios. ¿Acaso no describe el sueño que acabamos de describir, de una manera sublime, algunos aspectos de nuestra experiencia de Dios?

Empezamos tan enamorados, tan excitados, tan al borde del éxtasis en nuestro descubrimiento de la Presencia, misericordia y amor de Dios. Lo que el Apocalipsis llama el «primer amor», pero también la pasión reiterada que suscita en nosotros su Espíritu. Pero tantas veces nos sucede que cuanto más tratamos de aferrarnos a esa sensación de su Intimidad divina, se nos desvanece y nos hallamos buscándole a la desesperada, preguntándonos qué nos pasa, por qué ya no le sentimos como antes. Somos así presa de los abusos deshonestos de los «guardias»: la duda, la desesperanza, los sentimientos de culpabilidad y auto-reproche que nos hieren, desnudan y castigan sin causa.

Fuere o no la intención original de la autora de este poema, me resulta fascinante observar cómo sirve para describir todo un estado de ánimo que he observado no sólo en mí mismo sino en otros también. Describe tan a la perfección ese estado de ánimo, que llego a preguntarme

si pudiera acaso haber otra metáfora mejor para describirlo que la de «sueño erótico convertido en pesadilla». A mí por lo menos no se me ocurre.

Lo cual refuerza la impresión de que la sexualidad acaso nos ha sido dada precisamente para que ejerza de tal metáfora.

EL SEXO ES UNA EXPERIENCIA RELIGIOSA

Esta idea nos puede ayudar a observar el porqué de los efectos negativos cuando la sexualidad se seculariza. Cuando la sexualidad se entiende como algo meramente biológico, como un placer sin otro valor más allá de sus propias sensaciones placenteras, lo divino se puede tornar diabólico, o por lo menos idólatra.

Situémonos en el contexto histórico cultural en el que se escribe ese Antiguo Testamento que parece mantener con tanta claridad esta idea del sexo como metáfora del espíritu:

Desde hace bastantes décadas los estudiosos de la antigüedad han mantenido la teoría de que la religión de los cananeos era un culto cuyo fin era asegurar la máxima fertilidad en la subsistencia agropecuaria. La tierra de Canaán no era entonces ni es hoy extremadamente fértil, salvo algunas llanuras excepcionales. La precariedad del clima, propenso a las sequías, hace de la fertilidad un tema de primerísima importancia. El cosmos entero se concebía como una unidad sin fisuras: la actividad humana era de una pieza con la naturaleza y con la vida de los dioses. El desenfreno orgiástico entre los humanos podía concebirse

que provocara iguales conductas entre los dioses, lo cual daría lugar a efectos prodigiosos en la naturaleza. Hoy se discute hasta qué punto la prostitución ritual en los templos era elemento corriente de la religión cananea. Aunque hay indicios en la Biblia de que incluso en el Templo a Jehová, en Jerusalén, hubo épocas en que se llegó a practicar.

Esta concepción del lugar del sexo en el cosmos daba lugar, como es natural, a todo tipo de corrupción, desenfreno e inmoralidad concebible. ¡Cuánto más desinhibida y promiscua la conducta humana, más florida y abundante la producción de la naturaleza! El sexo, la reproducción, la fertilidad parte como meta y se constituye en fin absoluto, sin ninguna referencia más allá de sí mismo.

Israel conocía de sobra este problema. No en vano nace el culto a Jehová en Canaán, como contestación a las abominaciones cananeas. La mentalidad cananea respecto al sexo fue tentación permanente para Israel y Judá hasta el exilio. Ya hemos mencionado que estos rituales llegaron a celebrarse en el mismísimo Templo de Jehová en las épocas de mayor confusión espiritual. De las denuncias de los profetas, queda claro que la religión cananea y por consiguiente las actitudes cananeas respecto al sexo, nunca dejaron de ser mayoritarias entre el grueso de la población. De ahí la virulencia de los ataques bíblicos contra las abominaciones cananeas. Los autores bíblicos se sabían en una guerra sin cuartel por el alma de Israel.

En esa guerra de conceptos religiosos, el Antiguo Testamento traza los siguientes puntos:

1. Dios es único. No hay muchos dioses, de donde se desprende que es imposible que él mantenga relaciones sexuales, ni qué hablar de orgías desenfrenadas ocasionadas por la lujuria despertada al espiar las orgías de los templos. Dios, único, no puede tener sexo. Para tener sexo hay que ser plural y complementario. Dios ni siquiera es masculino. Bien es cierto que las metáforas que se emplean para hablar de él son con bastante regularidad masculinas: rey, pastor, padre, etc. Pero estas metáforas se entienden siempre como tales y además también las hay femeninas: madre, ave con sus polluelos, etc.

2. Las relaciones sexuales han de limitarse muy exclusivamente al matrimonio, so pena de muerte por lapidación. En un principio histórico esta relación podía ser polígama; pero la lógica de este exclusivismo conduciría inexorablemente hacia la monogamia. Por cada ejemplo de poligamia en el Antiguo Testamento, sería fácil hallar otros muchos de matrimonios monógamos, que más y más se impusieron como la norma. Y la monogamia es, en efecto, lo que tanto la literatura intertestamentaria (apócrifos del A.T.) y el Nuevo Testamento asumen como norma indiscutible para el pueblo de Dios.

3. La sexualidad es parábola de la relación entre Dios y su pueblo. Precisamente el punto que estamos observando en estos párrafos. La sexualidad, según se desprende de actitudes que vemos en Oseas, Ezequiel y el Cantar, entre otros, no es un fin en sí mismo. La sexualidad es sagrada, pero no en el sentido de que refleje la actividad de los dioses. Es sagrada en el sentido de que nos ha sido dada para que entendamos la naturaleza de la pasión de Dios

por su pueblo y la pasión de la respuesta de amor que ese amor divino despierta en nosotros.

Es así como lo entiende claramente, ya en el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo en su carta a los Efesios. Describe allí la hermosa mutualidad y paralelismo de la relación matrimonial monógama que se manifiesta en sumisión y amor mutuos, para acabar con la conclusión: «Grande es este misterio, pero hablo con referencia a Cristo y a la iglesia» (Ef. 5:32).

De ahí la presencia del Cantar de los Cantares, con tanto desparpajo y tanta naturalidad, en medio del texto sagrado. Se entiende que el sentimiento erótico humano es perfectamente coherente y útil para simbolizar la relación entre Jehová e Israel.

¿Qué sucede si perdemos esta perspectiva, si la sexualidad humana deja de parecernos sagrada? ¿Cuál es la consecuencia de perderle reverencia a nuestros sentimientos eróticos, enajenándolos avergonzadamente de nuestra intimidad con Dios?

1. Hoy día el sexo nos llega a parecer algo exclusivamente biológico, mecánico, físico. Algo perfectamente separable de una relación de pacto matrimonial. Es algo para lo que se aprenden técnicas, como cualquier otra actividad humana. Guiados por los manuales y vídeos de moda, cada uno aspira al ideal de ser diestro, con técnicas que el mismo valor tendrían en el matrimonio que en una orgía.

2. A la vez, nos sentimos incómodos con el Cantar de los Cantares. Nos parece fuera de lugar en la Biblia,

posiblemente incluso grosero. Ciertamente sólo para adultos; no se lee en voz alta en nuestro culto. Puesto que nuestra sexualidad ya no nos indica realidades sublimes, entonces tan sólo puede reflejar carnalidades bajas, impuras, inmundas. O en el mejor de los casos podrá reflejar carnalidades no malas, pero sí tan íntimas que causa sofoco verlas narradas en el texto bíblico.

3. Así las cosas, el estado de la cuestión en nuestra sociedad ha revertido más o menos al de la sociedad cananea. El sexo, el erotismo, es hoy un valor absoluto en sí mismo. Ha perdido su punto de referencia divino, pero no ha perdido su poder sobre nuestra imaginación y nuestra psique. Entonces el disfrute del placer sexual se transforma en una cuestión de derechos humanos. ¡Cruel e inhumano sería negar a los solteros, a los gays y las lesbianas, o a los cónyuges frustrados en sus matrimonios, el deleite de la cópula carnal! Sólo mentes depravadas y retorcidas —así opina la sociedad a nuestro alrededor— serían capaces de prohibir el coito a quién le plazca, con quién le plazca, cómo y dónde le plazca. ¡Fuera las inhibiciones! ¡Abajo los retrógradas y puritanos!

Pero si los seres humanos somos seres creados, entonces hemos sido creados sexuales: nuestra sexualidad no es una casualidad. Y si intencionadamente se nos creó sexuales, esa sexualidad tiene un propósito. Si aceptamos la tesis que nos parece ofrecer la Biblia, ese propósito es el de servir de parábola acerca de la relación entre Dios y su pueblo. Entonces nuestra sexualidad es sagrada. Si esto es cierto, las actitudes secularizantes, que no ven más allá de

biología y técnicas del placer, son blasfemas. De esta observación se desprenden los siguientes puntos:

1. Nuestros sentimientos eróticos deben despertar en nosotros una respuesta reverente, profundamente respetuosa. Entiendo que el humor sexual, los chistes verdes, tienen una función social y psicológica importante. Ridiculizan nuestros temores y muestran lo absurdas que son muchas de nuestras fantasías. Me parece que la alegría es inseparable del sexo. Sin embargo el humor verde se toma rápidamente monótono, frecuentemente cruel e insensible, y harto regularmente misógino. Creo que no haríamos mal en recuperar algo de un espíritu de reverencia y pasmo ante la grandeza del misterio de nuestros sentimientos eróticos. Y esto muy en particular ante el aun mayor misterio de que el erotismo es don de Dios para expresarnos la intensidad de su deseo de un pueblo que le ame.

No creo que sea sano fingir escándalo ante una ocurrencia que hace cosquillas. Reprimir la carcajada puede ser una hipocresía. Sólo pido que no perdamos de vista lo sublime.

2. Hemos de cuidarnos de la idolatría. Tenemos que vigilar de no amar más a la criatura que al creador, de no amar más el don que al dador. La intensidad de los sentimientos eróticos, especialmente cuando hallan su natural desenlace en el lecho conyugal, con toda naturalidad deberían acercarnos a Dios. Es tan natural orar antes, después y durante el coito, como lo es orar en cualquier otro momento o actividad. Así como damos gracias antes de comer y el placer de alimentar nuestros

cuerpos nos hace rebosar de gratitud y amor hacia Dios, el placer sexual debería conducirnos a una siempre más gozosa consciencia del amor de Dios. Pero si nos centramos demasiado en este maravilloso don que nos ha hecho Dios, podemos acabar relegando a Dios mismo a un margen. Lo sagrado, si no señala hacia Dios, nunca es neutral. Cuando se corrompe, cuando se transforma en fin en sí mismo, acaba siendo un ídolo. Si no puede ser divino, tan sólo le queda ser diabólico.

3. El espíritu y la carne están más cerca de lo que nos imaginamos.

Cuando los apóstoles hablan de la oposición entre espíritu y carne no se refieren al sexo sino a la conducta humana en general. Es espiritual ocuparse de los pobres y marginados, es carnal ser egoísta e insolidario. La persona carnal no puede adoptar conductas espirituales en tales cuestiones, porque el egoísmo elemental de su carácter siempre le traicionará. A la persona espiritual le salen con naturalidad casi espontánea actitudes que la persona carnal lucha toda su vida por conseguir.

Ese es un tema aparte.

Pero nuestros sentimientos eróticos son de la misma naturaleza que los sentimientos que despierta en nosotros la adoración y la comunión cristiana. La sensación de placer intenso, de euforia, es de la misma especie. No me sorprendería que algún día se descubriese que las endorfinas que nos invaden, esa especie de morfina natural que segregan nuestras glándulas ante determinados estímulos, sean exactamente las mismas en la sensación de intensa

comunión con Dios que en el orgasmo. En ambos casos la sensación es una de ser profundamente amado, aceptado y deseado sin reservas.

Esto quiere decir que las emociones y sensaciones intensas vividas en el culto encierran un especial peligro, del que tristemente observo que muchos predicadores no son conscientes.

Es extremadamente fácil empezar en el Espíritu y acabar en la carne. Muchos son los hombres de Dios, aparentemente maduros y ciertamente dotados de dones sobrenaturales, que han empezado una relación en ministerio y la han concluido en adulterio, vergüenza y deshonra. Peca de incauto, ingenuo y acaso mentecato todo ministro que no teme esa cercanía entre una cosa y la otra y se niega a dotarse de la supervisión y los controles necesarios para evitar caer en el pecado.

Más sabios son los que temen tanto el asunto que optan por una religiosidad fría, doctrinaria y cerebral, antes que entrar con regularidad al Lugar Santísimo de la Presencia sobrecogedora. Sin embargo el mundo y la Iglesia requieren imprescindiblemente de hombres y mujeres apasionados, llenos del Fuego del Espíritu. Salvo que estos hombres y mujeres harían bien en ser conscientes de esta realidad insoslayable: El espíritu y la carne están mucho más cerca uno del otro que lo que normalmente hemos concebido, por lo que es necesario ser prudentes y estar alertas contra la tentación.

Israel pasó de la euforia de la liberación del Éxodo, al frenesí orgiástico de su culto a Baal al pie del Sinaí, sin

darse cuenta que había cambiado de dios. Un día danzaban en santidad delante de Jehová, otro día danzaban en inmoralidad delante de Baal, y no se enteraron de la diferencia. No pequemos nosotros, miles de años más tarde, de las mismas torpezas.

En la misma línea, si una pareja de novios cristianos tiene problemas para controlar su conducta sexual antes de la boda, lo peor que pueden hacer es orar juntos sobre el particular. Bien podría ser que empezaran clamando a Dios y acabaran sacudiendo la cama. Deben orar, claro que sí, pero cada uno con su discipulador: con una persona casada y de su propio sexo, que además le pueda aconsejar y exigir cuentas para su propio beneficio. Porque el espíritu y la carne están mucho más cerca entre sí de lo que imaginamos.

Lo cual es natural si aceptamos la perspectiva bíblica de que el sexo nos ha sido dado como parábola divina.

DE LA PESADILLA A LA INTIMIDAD

Quisiera acabar estas reflexiones con una última toma del texto del Cantar de los Cantares.

Habíamos dejado a la sulamita en su sueño erótico tornado pesadilla, vagando por la ciudad y sufriendo los atropellos de los guardianes, sensaciones tan típicas de la experiencia humana de Dios ante la pérdida de intimidad y pasión espiritual (Cant. 5:7).

Pero no es así todo el Cantar, ni tiene por qué caracterizar esto permanentemente la experiencia humana de Dios.

En el versículo siguiente la mujer conjura a las hijas de Jerusalén con un mensaje para su amado por si le encuentran. Ellas preguntan cómo es él. Ella responde con palabras apasionadas, cargadas de erotismo. El diálogo entre la mujer y las hijas de Jerusalén se halla interrumpido en el versículo 6:4, sin embargo, por el inicio de un canto del amado. Sin saber exactamente cómo, en el acto de estarle alabando ella ante sus amigas, ha sucedido el reencuentro: la restauración de la intimidad perdida.

¿No es profundo? ¿No es acaso precisamente en la alabanza, en esa alabanza como testimonio de verdades recordadas más que sentidas en el momento, que con tanta frecuencia se derrama la respuesta de amor y Presencia de Dios en medio de su pueblo? La desazón de los sentimientos de distanciamiento, ese anhelo profundamente sentido cuando el pueblo de Dios clama y reclama más y más del amor y la Presencia de Dios, nunca conducen al desespero final sino siempre a la respuesta inefable.

Llegamos así a los maravillosos versos hallados en Cantares 8,6-7: que ya antes hemos citado:

Ponme como sello sobre tu corazón
como sello sobre tu brazal
porque fuerte como la muerte es el amor,
inexorables como el Seol, los celos;
sus destellos, destellos de fuego,
la llama misma del Señor.

Las muchas aguas no pueden extinguir el amor,
ni los ríos lo anegarán.

El amor, tanto el amor monógamo con todo su contenido erótico, como el amor que une a Dios y a su Pueblo, es imperecedero y eterno. Por eso el autor del Cantar se permite una pequeña burla del rey Salomón, por mucha fama de sabio que tuviera:

Salomón tenía una viña en Baal-hamón,
confió la viña a los guardas;
cada uno debía traer por su fruto mil siclos de plata.
Mi viña, que es mía, está a mi disposición;
los mil siclos son para ti, Salomón,
y doscientos, para los que guardan su fruto.

El rey, con sus mil mujeres entre esposas y concubinas, no tiene más remedio que encomendar su harén al cuidado de sus eunucos. Pero el autor se precia de cuidar de su «viña» él, personalmente, y de disfrutar así de una relación personal, íntima, maravillosamente compleja y a veces también apasionada, que vale más que todos los tesoros de Salomón.[3]

Hoy también, como en la historia de Israel, reconocer que nuestra naturaleza sexual es parábola de la relación de

---

[3] Este verso, junto con lo que se desprende de todo el contenido del Cantar de los Cantares, hace que sea extremadamente improbable que fuera Salomón el autor. Cuando Cant. 1:1 describe esta obra como «de Salomón» tiene que tener otro significado: como, por ejemplo, que la obra (¿musical?, ¿teatral?, ¿recitación poética?) tuvo su estreno en la corte.

Dios con su pueblo, nos conduce inexorablemente hacia la práctica de la más pura, estrecha y gozosa monogamia.[4]

[4] Concebir de la sexualidad como parábola funciona bíblicamente y es especialmente apto para describir la relación de Dios con su *pueblo.* Por motivos obvios, resultaría bastante problemática si se deseara utilizarla para describir la relación de Dios con un individuo, sea mujer o varón, por mucho que algunos de mis párrafos aquí se acercan algo a ello. Para hablar de la relación *personal* con Dios, sin duda sigue siendo más apta la metáfora de «Padre» que solía emplear Jesús.

Capítulo 7.

Tres mujeres en el Evangelio de Juan

María Magdalena

María estaba fuera, llorando junto al sepulcro; y mientras lloraba, se inclinó y miró dentro del sepulcro; y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies. Y ellos le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Ella les dijo: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto. Al decir esto, se volvió y vio a Jesús que estaba allí, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú le has llevado, dime dónde le has puesto, y yo me lo llevaré.

—Juan 20,11-15

¿Qué clase de persona se imaginaría que «se han llevado» el cuerpo de un ser querido? ¿Acaso es esa una suposición natural, lógica? ¿Por qué se le ocurre a María que se pueden haber llevado el cuerpo de Jesús? ¿Quiénes serían los que, según su imaginación, «se han llevado» anónima y misteriosamente el cadáver de su ser querido? ¿Con qué intenciones supone ella que se lo han llevado? ¿Y por qué salta ella a tal conclusión ante la tumba vacía?

En descargo de María ante lo absurdo que resulta lo que ella imagina que ha sucedido, hay que admitir que lo que de verdad había sucedido era incluso más inimaginable. Hubiera resultado del todo descabellado entonces como hoy, ante una tumba vacía, saltar de gozo imaginando que el ser que ella había venido a llorar, ahora volvía a vivir. Y sin embargo, descartada por inimaginable una resurrección, ¿por qué imaginar lo que ella en efecto imagina y que tanto espanto y dolor le produce: que «se han llevado» a su Señor?

Empecemos por observar precisamente esto último. La desaparición del cadáver le resulta profundamente inquietante y dolorosa. Ya viene triste a la tumba, predispuesta a llorar a su muerto. Pero cuando le preguntan por qué llora, un nuevo dolor ha superado en intensidad el dolor de la muerte. Se lo han llevado y no sabe adónde. Por lo visto, no se le ocurre que pudieran haber sido los discípulos los que se lo han llevado. Ni los familiares de Jesús. Ni ninguna persona predispuesta a tratar con respeto el cadáver del ser que ella había amado en vida. No, los que se han llevado a su Señor forzosamente tienen que ser, imagina ella, enemigos.

¿Enemigos personales que ella podría identificar? Difícil. Ese «se lo han llevado» apunta más bien a la intervención de una fuerza impersonal; las autoridades, por ejemplo.

No es difícil imaginar el estado de ánimo de María: Jesús, aquel que ella amaba y estimaba como su Señor, había topado con la ley pocos días antes. Esa ventana de gloria, fe y esperanza que se había abierto en su mundo, se

había vuelto a cerrar con un realismo deprimente. Acaso previsiblemente, las autoridades, las fuerzas del orden, habían intervenido para silenciar a su Señor. Las fuerzas imperiales extranjeras, de la mano de la élite religiosa y adinerada de su propio pueblo judío, se habían puesto de acuerdo en darle la muerte más deshonrosa posible. Y ahora, imagina María, ni siquiera dejaban en paz su cadáver. Violaban la integridad de su tumba para vejarle póstumamente, imposibilitando a la vez que nadie como ella misma pudiera honrarle con sus plañidos.

Desde la comodidad de nuestra existencia democrática y bien surtida de Europa occidental, cuesta situarse en una escena así. Sin embargo creo que para por lo menos dos tercios de la población del planeta, lo que siente María es plenamente realista. A muchos millones de nuestros contemporáneos no les resultaría difícil identificarse con esa indefensión que vive María, esa falta de categoría social, esa victimación en la que ni siquiera los cadáveres de los seres queridos son dignos de respeto y consideración.

Toda una vida condiciona a María a reaccionar de la manera que reacciona ante la tumba vacía. Conoce el desprecio de las clases superiores, de los ricos, los nobles, los que se precian de sus honorables apellidos de buena familia. Son señores de risa fácil y vida algodonada, bien educados y acicalados, que conocen bien sus propios méritos y arrugan la nariz ante sus inferiores. María ha llegado a interiorizar ese desprecio, a suponerlo natural. La violación de la tumba de su ser querido no suscita en

ella ira ni protestas, sino tan sólo el llanto de la humillación, no por reiterada menos hiriente.

«Yo me lo llevaré.» Hay algo a la vez patético y noble en la figura de María ofreciéndose a hacerse cargo del cadáver si tan sólo le indicaran donde lo han tirado. Acaso el hortelano sabe algo. Acaso ha recibido instrucciones de arreglar la impertinencia que supone que el cuerpo de Jesús haya ocupado plaza en una tumba labrada en piedra. Acaso es él quien se ha deshecho de un cuerpo que estorba. Pero, ¿cómo iba María a llevárselo? ¿Qué pensaba hacer ella con Jesús si el hortelano le llegara a indicar donde hallarlo? ¿Cómo pensaba hacerse cargo ella sola del cadáver de un hombre adulto en plena descomposición?

¡María, María! ¡Haciendo acopio de esas últimas reservas de dignidad humana en el intento de recobrar los restos mortales de tu ser querido para poder llorarle en paz! ¡Es para ti y para las multitudes como tú, que Jesús ha resucitado!

María era una persona doblemente marginada. Pertenecía, obviamente, a la clase social sin poder. Pero además era mujer.

He escrito en otros lugares acerca de la sociedad patriarcal en que se desenvuelve el Nuevo Testamento, por lo que no me vaya explayar sobre ello aquí.[1]

---

[1] «Patriarcado y feminismo en perspectiva cristiana» (1995) y «Jesús, divorcio, volver a casarse» (1996). Acceda a ambos escritos en: http://www.menonitas.org/textos.htm.

Sin embargo fue a ella que Jesús encomendó el mensaje de la resurrección, que ella debía anunciar nada menos que a los mismísimos apóstoles.

> *Jesús le dijo: ¡María! Ella, volviéndose, le dijo en hebreo, ¡Raboni! (que quiere decir, Maestro). Jesús le dijo: Suéltame porque todavía no he subido al Padre; pero ve a mis hermanos y diles: «Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.» Fue María Magdalena y anunció a los discípulos: ¡He visto al Señor!, y que él le había dicho estas cosas.*
>
> —Juan 20,16-18

Pero, ¿quiénes son «los discípulos» a quienes María anuncia la resurrección? Son los que también conocemos como «apóstoles», sustantivo derivado del verbo griego ἀποστέλλω (apostellō) «enviar con un mensaje». Un apóstol es entonces, en el griego bíblico, una persona enviada con un mensaje. Para mayor precisión, en la usanza del Nuevo Testamento el apóstol es la persona enviada por el Señor a anunciar un mensaje en particular: el evangelio de Jesucristo. Pero, ¿quién anunció el evangelio de la resurrección a los anunciadores? María Magdalena.

En ese sentido fue ella la apóstol de los apóstoles. Ella fue la **primera** apóstol, enviada a sus discípulos por el mismísimo Jesús resucitado, con el mensaje del evangelio de la resurrección. Al encomendarle este apostolado para con los apóstoles, Jesús le dio una dignidad humana que su sociedad no estaba dispuesta a reconocerle en cuanto mujer. Pero para Jesús su feminidad no fue un factor a tener en cuenta; sólo su amor y su entrega importaron. Sería exagerado suponer que Jesús la eligiera **por causa** de

su feminidad. Más bien parece que Jesús sencillamente no tuvo en cuenta su condición de mujer. Ella fue la primera persona en aparecer en el escenario de la resurrección y por tanto es ella la que debe dar la noticia a los demás.

La primera generación de los cristianos recogió fielmente esta actitud de Jesús resucitado. El Nuevo Testamento menciona a varias otras apóstoles, casi siempre esposas en matrimonios apostólicos. Incluso en estos casos de matrimonios apostólicos, como en matrimonios misioneros de nuestro propio día, la mujer podía ser la que mayores cualidades demostraba en la labor misionera. El ejemplo obligado aquí es el de Priscila. Aunque la tradición posterior poco menos que nos obliga a inventar «explicaciones» con tal de no observar el fenómeno del apostolado femenino en la Iglesia neotestamentaria, lo cierto es que el caso de María Magdalena es imposible de ignorar.

Durante los primeros siglos de la Iglesia y hasta que las influencias nocivas del paganismo impusieran la devoción a la Virgen, María Magdalena fue recordada como la mujer más importante de la era apostólica. Era tenida por símbolo y representante de la Iglesia en la recepción y la misión evangelizadora del mensaje de la resurrección. En las palabras de Samuel Terrien: «María de Nazaret fue recordada [...] como tabernáculo del Altísimo con el bebé en su vientre [...] Pero María de Magdala permaneció en la leyenda áurea como comadrona del cristianismo

mismo».[2] Con ella empezó la cadena que llega ininterrumpida hasta nosotros mismos, de personas que oyeron el mensaje y lo anunciaron a otros que a su vez lo anunciarían a otros: ¡Jesús vive! ¡Ha resucitado!

LA MUJER SORPRENDIDA EN EL ADULTERIO

Jesús se fue al Monte de los Olivos. Y al amanecer, vino otra vez al templo, y todo el pueblo venía a él; y sentándose, les enseñaba. Los escribas y los fariseos trajeron a una mujer sorprendida en adulterio, y poniéndola en medio, le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo del adulterio. Y en la ley, Moisés nos ordenó apedrear a esta clase de mujeres; ¿tú, pues, qué dices? Decían esto, probándole, para tener de qué acusarle. Pero Jesús se inclinó y con el dedo escribía en la tierra. Pero como insistían en preguntarle, Jesús se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en tirarle una piedra. E inclinándose de nuevo, escribía en la tierra. Pero al oír ellos esto, se fueron retirando uno a uno comenzando por los de mayor edad, y dejaron solo a Jesús y a la mujer que estaba en medio.

Enderezándose Jesús, le dijo: Mujer, ¿dónde están ellos? ¿Ninguno te ha condenado?

Y ella respondió: Ninguno, Señor.

Entonces Jesús le dijo: Yo tampoco te condeno. Vete; desde ahora no peques más.

—Juan 8:1-11

[2] Samuel Terrien, *Till the Heart Sings* (Philadelphia: Fortress, 1985), p. 135 (mi trad. del inglés).

Una primera observación, no por obvia carente de importancia, salta inmediatamente a la vista al leer este relato: ¿Cuántas personas hacen falta para «el acto mismo del adulterio» en el que fue sorprendida la mujer? Hice esta pregunta en cierta ocasión y obtuve la respuesta: Por lo menos dos. No quise en ese momento ni quiero ahora inquirir acerca de las variantes del juego erótico que da a entender ese «por lo menos». En lo que podemos estar todos perfectamente de acuerdo es que el adulterio no se comete a solas.

Sin embargo: ¿Cuántas personas están siendo sometidas a juicio aquí? ¿Cuántos son los culpables de muerte que los escribas y fariseos quieren que condene Jesús?

Según ellos, se disponen a juzgar a la mujer conforme a la ley de Moisés. Y bien: ¿Qué establece la ley de Moisés?

> *Si un hombre cometiere adulterio con la mujer de su prójimo, el adúltero y la adúltera indefectiblemente serán muertos* (Lv. 20,10).

La acusación de los escribas y fariseos no es limpia. Están cometiendo una injusticia groseramente obvia. Incurren en el doble rasero eterno en temas de sexualidad. El caballero en cuestión conserva discretamente el anonimato; la mujer es motivo de escándalo público.

La mujer es una pecadora empedernida, «esta clase de mujer» como la describen con asco evidente, digna de humillaciones públicas y vejaciones ejemplarizadoras. Rea, en fin, de muerte. Mientras que el hombre tan sólo ha cometido un error comprensible, por lo que se le permite

huir por la puerta trasera. Al fin de cuentas, «todos sabemos» que es normal que si una mujer perversa le presenta la ocasión, cualquier hombre caerá cual pobre víctima, como corderillo inocente llevado al matadero, incapaz de resistir la seducción erótica.

El texto del Evangelio no nos dice qué escribió Jesús con su dedo en la tierra. No nos dice cuál era en ese momento su estado de ánimo ni qué pensaba. Este es uno de los muchos «agujeros» típicos de la narración, donde obligatoriamente la lectora o el lector ha de suplir con su imaginación la información de que carece. Aquí cada cual es libre de imaginar en Jesús los sentimientos que le parezca que encajan.

Sin desmerecer lo que a otro le pueda parecer, a mí me parece que Jesús se agacha para que no le vean la cara distorsionada de rabia. Me parece que Jesús, ante la magnitud de la injusticia que le presenta la situación, se siente tan indignado que necesita serenar el ánimo antes de responder.

Y me parece que los escribas y fariseos no se han dado cuenta de la violencia de su reacción indignada. Pareciera que interpretan esa postura corporal, la de inclinarse hacia la tierra, como una señal de debilidad y desconcierto. Creen tenerle acorralado e insisten en que responda con un juicio condenatorio.

Pienso que cuando por fin se incorpora y con voz nerviosa, artificialmente tranquila, y con una sonrisa dura les dice que allá ellos, que ya que son tan puros que le

tiren piedras, se empiezan a ver como él les ve. Es evidente que les avergüenza lo que ven.

Muchas veces he leído este relato y me he escandalizado ante la hipocresía de los acusadores respecto al adulterio. He pensado que, mira por dónde, resulta que todos estos buenos señores habían cometido adulterio alguna vez y por eso no pudieron arrojar una piedra. Pero Jesús no les acusa concretamente de adúlteros, sino en general de pecadores. De infractores, ellos mismos, de la ley de Moisés. Cosa en que está claro que en esta situación concreta todos han incurrido, debido al doble rasero de su machismo.

Una vez que estos buenos señores, las columnas morales de la sociedad, se retiran condenándose a sí mismos como pecadores, Jesús dice a la mujer que él, a ella, tampoco la condena.

¡Vaya sorpresa! Esperaríamos aquí algo como «Tus pecados te son perdonados». Pero el dice «Yo tampoco te condeno». En lugar de perdonar sus pecados, Jesús la declara inocente. A pesar de que había sido sorprendida «en el acto mismo» del adulterio. Es cierto que también le dice «desde ahora no peques más». Sin embargo aquí, como en el caso de los escribas y fariseos acusadores, no se trata concretamente del adulterio sino en general de su condición humana ante todas las demandas de santidad requeridas por la Ley.

Aquí, como en otras oportunidades, Jesús se muestra libre de los prejuicios de su sociedad, que como todas las sociedades patriarcales, consideraba la falta de castidad

femenina como el peor posible de todos los pecados humanos.

Pero Jesús cree más cerca del Reino de Dios a las prostitutas (Mt. 21:31) que a los líderes morales de la sociedad con todas sus pretensiones de pureza religiosa.

Luise Schottroff,[3] escribiendo sobre la pecadora que unge a Jesús en Lucas 7, insiste en que se tome con seriedad que aquella mujer, una pecadora pública «en la ciudad», obviamente tiene que ser una prostituta. Pero según Schottroff, las lágrimas de esta mujer no son de arrepentimiento, sino de desesperación ante su situación amargamente difícil. Son también lágrimas de gratitud porque por fin alguien, Jesús, ha procurado comprenderla antes que usarla o juzgarla. Schottroff señala que Jesús la defiende ante los que la juzgan e incluso hace de ella un modelo que harían bien en imitar los piadosos señores que se horrorizan al ver el contacto sensual con que ella le aborda.

Estos buenos señores en su sabroso banquete, con su fácil juicio de la prostituta, no parecen haberse detenido nunca a pensar cómo es que una mujer acaba ejerciendo tal profesión. ¿Qué piensan ellos, que una desde niña se propone «Cuando sea mayor quiero dedicarme a la prostitución»? ¿No será más frecuente que la prostitución es el desenlace de una niñez y adolescencia marcadas por la pobreza emocional y económica, abusos sexuales y/o

[3] *Let the Opressed Go Free: Feminist Perspectives on the New Testament* (Louisville: Westminster/ John Knox, 1993) pp. 138-157.

violación, hasta que una no tiene (o por lo menos no ve) otra salida que la de prostituirse?

Su amor hacia Jesús, expresada de una manera sensual (¿acaso alguien se ha molestado alguna vez en enseñarle otra manera de expresar el amor?) es correspondido por Jesús, que pronuncia sobre ella el perdón divino. Pero no le dice que abandone su profesión. La Iglesia que él dejará aquí en la tierra, si es íntegra y coherente con los valores de su Fundador, acaso pueda más adelante ofrecer a las prostitutas alternativas viables para su supervivencia económica. Pero a falta de ofrecer alternativas, exigir un cambio sería reincidir en el juicio y la condenación.

A la mujer sorprendida en el adulterio entonces, volviendo a Juan 8, Jesús tampoco la condena.

Perdona su pecado, sí, pero hace mucho más. Al obligar a los que pensaban que sería justo apedrearla a examinarse a sí mismos y compararse con ella, la honra. Equipara públicamente su condición moral a la de los buenos señores, varones todos ellos, que se escandalizaban de ella y su conducta. Ellos ahora tienen que admitirse a sí mismos, y al retirarse de la escena admitir públicamente, que no son mejores que ella. Que ella es tan moral como ellos. Que ella, aunque mujer, aunque adúltera, vale tanto como ellos.

Ahora le tocará a ella aprender a verse a sí misma como Jesús la ve, asumir el honor con que Jesús la ha honrado, honrarse a sí misma asumiendo la responsabilidad del papel que Jesús le ha dado al equipararla con los rectores morales de la sociedad.

LA MUJER SAMARITANA

[Jesús] *llegó, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca de la parcela de tierra que Jacob dio a su hijo José; y allí estaba el pozo de Jacob. Entonces Jesús, cansado del camino, se sentó junto al pozo. Era como la hora sexta. Una mujer de Samaria vino a sacar agua, y Jesús le dijo: Dame de beber. […]*

La mujer le dijo: Señor, dame esa agua, para que no tenga sed ni venga hasta aquí a sacarla.

El le dijo: Ve, llama a tu marido y ven acá.

Respondió la mujer y le dijo: No tengo marido. Jesús le dijo: Bien has dicho «No tengo marido», porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; en eso has dicho la verdad. […]

Entonces la mujer dejó su cántaro, fue a la ciudad y dijo a los hombres: Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo lo que yo he hecho. ¿No será éste el Cristo? […]

Y de aquella ciudad, muchos de los samaritanos creyeron en él por la palabra de la mujer que daba testimonio, diciendo: «Él me dijo todo lo que yo he hecho». De modo que cuando los samaritanos vinieron a él, le rogaban que se quedara con ellos; y se quedó allí dos días. Y muchos más creyeron por su palabra, y decían a la mujer: Ya no creemos por lo que tú has dicho, porque nosotros mismos le hemos oído, y sabemos que éste es en verdad el Salvador del mundo.

—Juan 4,1-42

Pregunta: —¿Qué apóstol predicó el evangelio a los samaritanos antes que ningún otro?

Respuesta: —Felipe, Hechos 8,5-8.

Corrección: —No. La mujer samaritana, Juan 4.

Antes de que podamos ver a la mujer samaritana en el papel apostólico[4] en el que estoy convencido que nos la presenta Juan, tendremos que deshacernos del bagaje de siglos de interpretación sexista. Tendremos que lavarle la cara del barro que le han arrojado quienes, para poder ignorar su autoridad, la han tenido que pintar como una mujer pecadora, que ya ni se molesta en formalizar con bodas la sucesión de hombres que la apasionan. Pero si podemos marginar de la mente esas calumnias, veremos que ella figura en el evangelio como una líder en medio de su pueblo. Hace la labor de evangelista o apóstol del evangelio entre los samaritanos.

Cuando los samaritanos dicen: «Ya no creemos por lo que tú has dicho, porque nosotros mismos le hemos oído» no niegan su autoridad como anunciadora. Todo lo contrario, es así como confiesan la eficacia de su misión apostólica. Después de todo, esa es la confirmación que todo evangelista quiere oír. Así sabrá que de verdad ha cumplido con su labor. Cada evangelizador, en cada generación, anhela oír las palabras: «Ya no creo por lo que tú has dicho, porque yo mismo le he oído». Es cuando el oyente del evangelio por fin establece una relación directa con Jesús que el evangelista ha logrado su propósito.

---

[4] Debo a Samuel Terrien, *op. cit.*, pp. 132-3, la idea de que esta mujer hace de apóstol a los samaritanos.

Es ella una persona que goza del suficiente respeto, autoridad y reconocimiento social entre los que la conocen, como para que cuando viene corriendo a su ciudad y anuncia que ha conocido nada menos que ¡al Mesías!, muchos vecinos dan crédito a sus palabras y salen a recibir a Jesús. Esa recepción respetuosa de su mensaje no es lo que esperaríamos de una mujer marginada, criticada, de dudosa reputación. No puede ser una mujer de mala fama.

Esto quiere decir que aquello de los cinco maridos anteriores y el que ahora tiene que no es su marido, no debe entenderse como una mancha en su reputación. Esta es la clave del asunto. ¿Cómo es posible haber tenido cinco maridos y ahora tener a alguien que no sea su marido, sin que sea una mancha en su reputación?

Tomémoslo por partes. No hay nada en el tono del trato de Jesús hacia ella que indique el más mínimo reproche. Jesús no acusa ni perdona, sencillamente se muestra conocedor de una situación inusual. Pero es que en ella tampoco hay el más mínimo interés en disimular los hechos. En ella no hay vergüenza, pudor, sofoco. Ni tampoco arrepentimiento. Su reacción al descubrir que Jesús conoce su situación es una de admiración y alborozo, emociones muy distintas a la vergüenza y el arrepentimiento.

¿Podemos imaginarnos un pasado personal que diera lugar a esos cinco maridos y este presente viviendo con quien no es su marido, que a la vez no fuera escandalosa? Pues sí; echándole un poco de imaginación, sí. Podía haber enviudado cinco veces y el que tiene ahora podría ser su hijo, su hermano o su padre.

Pero igual no nos llega hasta tan lejos la imaginación. ¿Cinco veces viuda? No es muy verosímil, ¿verdad?

A no ser que Juan, al construir su narración, estuviera esperando de sus oyentes/lectores una cierta familiaridad con las historias bíblicas. Creo que es imposible pillar la riqueza y la sutileza de este episodio si no nos atrevemos a ver en ella los muchos ecos de historias bíblicas con que Juan nos ha deleitado.

Empezamos con un hombre de viaje que descansa junto a un pozo de agua. Y una mujer que sale al pozo con un cántaro para sacar agua. Quien conozca las historias bíblicas ya se ha dado cuenta: Esta es una historia romántica.[5] Es la clásica escena donde primero se conocen los novios. El siervo de Abraham, después de viajar a un país lejano halla así, providencialmente, la mujer para Isaac. Jacob, viajando también al extranjero conoce así a Raquel (y para que no perdamos la pista que Juan nos sirve en bandeja, ¡este mismo es «el pozo de Jacob»!). Moisés conoce así a Séfora, lejos de su Egipto natal. Y Jesús, en el extranjero, en Samaria, conoce así a… ¡una mujer que sale al pozo con un cántaro para sacar agua!

En realidad deberíamos haber empezado nuestra lectura unos pocos versículos antes, donde Juan nos prepara para esta escena con las palabras de Juan el Bautista. Sus discípulos se molestaban al ver la populari-

[5] Debo a Jo-Ann A. Brant, «Husband Hunting: Characterization and Narrative Art in the Gospel of John», *Biblical Interpretation* Vol. IV No. 2, junio 1996, la idea de que Juan conduce al lector a ver en ésta una escena romántica.

dad de Jesús y el Bautista responde: «El que tiene la novia es el novio, pero el amigo del novio, que está allí y le oye, se alegra en gran manera con la voz del novio. Y por eso, este gozo mío se ha completado.» La respuesta del Bautista viene perfectamente a cuento en su propio contexto. Pero el caso es que la idea de Jesús como un novio que ya tiene novia sigue resonando aun en nuestro inconsciente cuando unos pocos versículos más adelante nos encontramos a Jesús y a la samaritana junto a un pozo, en clásica escena prenupcial.

Sin embargo surge ahora una complicación inesperada. ¿Será la samaritana apta como esposa para Jesús? Es cierto que ahora es soltera, pero ya ha enterrado a cinco maridos.

Aquí tenemos ecos de otra historia bíblica, que a los evangélicos no nos es tan familiar. Bien es sabido que los primeros cristianos de habla griega empleaban la traducción del Antiguo Testamento hebreo conocida como Septuaginta. Esta versión con el tiempo perdió credibilidad entre los judíos, que considerándola «la Biblia de los cristianos», se ciñeron exclusivamente a su versión hebrea. Esta versión griega, la que empleaban los cristianos, tenía algunos libros que no vienen en la versión hebrea. Son los que los evangélicos llamamos «apócrifos» y los católicos (que los siguen usando hasta hoy), «deuterocanónicos».

Uno de estos libros que los cristianos griegos de la era apostólica tenían como parte de sus Biblias, es el de Tobit. Una de los episodios más memorables de la historia de Tobit tiene que ver con Sara, hija de Ragüel de Ecbatana, a la que conoce Tobías, hijo de Tobit. (Naturalmente, Tobías la conoce encontrándose de viaje, lejos de su tierra natal,

aunque no junto a un pozo.) Sara es una mujer perfectamente casadera, virtuosa, bella, piadosa, rica, de buena familia. Es casi inconcebible que alguien tan perfecta siga soltera. Efectivamente, se había casado siete veces, pero el demonio Asmodeo la atormentaba matando a cada nuevo marido durante la noche de la boda. Tobías decide probar suerte con Sara, con el resultado cómico de que al irse a su habitación el nuevo matrimonio, el suegro sale a los jardines a cavar una tumba como de costumbre, a la vez que Tobías logra exorcizar al demonio y consuma felizmente el matrimonio.

Para cualquier persona que conozca esta historia y la tenga como parte de su Biblia, no resulta ni inverosímil ni difícil imaginar a la samaritana cinco veces viuda y viviendo aun con sus padres. Todas las pistas románticas con que Juan ha abierto esta escena nos conducen a tal conclusión. Imaginar a la samaritana cinco veces divorciada y viviendo en pecado es ignorar las convenciones narrativas de que se sirve Juan, con suma maestría, para que veamos en la samaritana no una figura inmoral sino una heroína trágica.

Es una persona que ha sufrido mucho. Su historia trágica, conocida por todo su pueblo, inspira en ellos respeto, simpatía, solidaridad y posiblemente admiración ante su fortaleza de ánimo y la virtud personal con que afronta sus calamidades.

Pero su sufrimiento ha hecho más que granjearle sentimientos de solidaridad y respeto por parte de sus vecinos. Lo que ha vivido la ha conducido a una búsqueda espiritual que desemboca en su conversación con Jesús.

Cuando Jesús manifiesta ser un profeta, es ella la que cambia el tema de la conversación. Pierde interés en el agua del que hasta ahora han hablado y le plantea las interrogantes religiosas que nacen de su experiencia trágica de la vida. ¿Dónde y cómo ha de adorarse legítimamente a Dios? ¿Cómo hemos de hacer para asegurarnos de que Dios nos ve, nos oye, se interesa en nuestra realidad? Jesús profundiza cada vez más su revelación y ella no se queda atrás, sino que se muestra capaz de mantener con él el diálogo a cualquier nivel de profundidad que él quiera llevarlo.

En cuanto mujer, ella había sido enseñada desde la infancia que una necesita un hombre para ser alguien. Que sólo un hombre puede dar estabilidad, protección y sentido a la vida de una mujer. Su sociedad patriarcal la ha conducido a esperar que tan sólo si protegida por un hombre puede sentirse de verdad segura. Sin embargo la vida le ha demostrado lo contrario. Ha descubierto, trágicamente, que el arreglo patriarcal normal, que las mujeres dependan de los hombres, no es de fiar. Que brinda una seguridad falsa. Que promete protección y seguridad, pero no puede cumplir. Un hombre se te puede morir. O te puede abandonar por otra. O se te puede enfermar o accidentar y acabar requiriendo más protección y ayuda que la que te brinda.

¿De dónde vendrá entonces nuestra protección, nuestra seguridad? ¿Quién será ese marido perfecto que nunca te abandonará ni se te morirá? ¡Cuándo no sus inquietudes se han vuelto espirituales, y su búsqueda ya no es la de un

marido humano sino la de un Dios, un Redentor en quien poner su confianza!

La escena que Juan había abierto escenificando como un encuentro romántico entre el hombre Jesús y su novia, ha tomado un giro inesperado. Las bodas que se prometen son ahora las de la humanidad desprotegida e insegura, con el Hijo de Dios, el único que puede de verdad ofrecer protección y seguridad.

Si habíamos dicho que María Magdalena hace de comadrona del cristianismo, de mediadora entre la resurrección y su proclamación apostólica, la mujer samaritana es el prototipo de la esposa del Cordero, la Iglesia: Al igual que la samaritana, la iglesia empieza marginada del pueblo de Israel. Y los que se convierten frecuentemente vienen de situaciones difíciles y trágicas, consecuencia de la deshumanización debida al pecado. Pero santificada, amada y cortejada por el Mesías, la Iglesia corre alborozada a anunciar a todo el mundo que Jesús es el Señor, que la salvación ha llegado al mundo.

UNA REFLEXIÓN FINAL

Nada se escribe porque sí.

El Nuevo Testamento refleja una situación de flujo, de prueba, de diversidad de opiniones sobre muchos temas. Los primeros cristianos viven una situación dinámica. Por una parte van añadiendo siempre más gente, cada cual con su propia perspectiva y sus propias experiencias previas de la vida, sus propias convicciones. Por otra parte, toda la reflexión teológica del cristianismo está por

hacerse. Nada se ha pensado ni escrito aun acerca de Jesús. Tan sólo se parte del Antiguo Testamento y de la inolvidable experiencia de la convivencia con el galileo.

Las epístolas reflejan fielmente este caldo de cultivo en que se hallaba la iglesia del Nuevo Testamento. Pablo tiene que defender su autoridad, sufre comparaciones con otros apóstoles, siente la necesidad de dejar claros los matices de su pensamiento y la conducta que él entiende que es requerida de quienes siguen a Cristo. Pero no sólo Pablo: Santiago, 2 Pedro, 3 Juan, Judas, el Apocalipsis, todos demuestran las controversias, confusiones y malentendidos propios de un movimiento que acaba de nacer y tiene que decidir hacia dónde tirar.

Dentro de ese diálogo dinámico que caracteriza a la iglesia del Nuevo Testamento, había quien sostenía que las mujeres no debían ejercer autoridad. Había quien sostenía que ni siquiera debían hablar en la iglesia. Había quien opinaba que debían descuidar su apariencia física, debían ser lo más feas posibles para no tentar a los hombres con sus carnales artimañas. Había quien opinaba que eran superficiales y tontas.

Juan el Evangelista escribe en medio de ese diálogo. Estas tres historias edificantes, en las que vemos cómo trataba Jesús a las mujeres, también son Sagrada Escritura. Merecen tanta atención como cualquier otra opinión apostólica respecto al lugar de las mujeres en la Iglesia. Estas tres historias merecen también ser tenidas por Biblia, por inspiradas, como instrucción para nosotros hoy acerca del protagonismo que pueden y deben tener las mujeres en la Iglesia de Cristo.

Estas tres mujeres han sido marginadas, relegadas, despreciadas. Pero para Jesús y para Juan su discípulo amado, no hay nada, ninguna autoridad, ningún privilegio, ningún ministerio, de que su feminidad les tenga que privar.

Capítulo 8.

Eclesiastés y Job. La transformación de Dios

En julio de 1997 nuestra iglesia local se encontró doblemente conmocionada.[1] Como toda España, nos conmovimos y estremecimos ante la crueldad y la violencia sin sentido de una banda criminal que secuestró a Miguel Ángel Blanco Garrido, concejal del pueblo de Ermua en el País Vasco, planteó un ultimátum de 48 horas para que se cumplieran ya no recuerdo qué exigencias, y luego le mató a sangre fría. Por aquellas fechas una hermana de nuestra iglesia perdía en un terrible accidente de carretera a su marido y sus hijos, quedando despojada de familia y descendencia, como si del cumplimiento de una terrible profecía del Antiguo Testamento se tratara.

En la escala del sufrimiento y el horror de guerras, terremotos, asesinatos y catástrofes naturales que padece la humanidad, tal vez estos eventos parezcan relativamente menores. Lo cierto es que valieron para que nuestro grupo se sintiera triste y cabizbajo, tratando de encajar la realidad aún presente del dolor y el sufrimiento, en medio y a pesar de nuestra confianza y fe en Dios. Y es

[1] Dedico este capítulo a Ana Marijuán.

en el contexto de aquellos acontecimientos que llegué a formular las siguientes reflexiones:

Los cristianos somos a veces unos artistas de la evasión psicológica. Casi instintivamente pretendemos pasar todas nuestras experiencias por el filtro de la fe y la esperanza. Pretendemos quitarles así la amargura y el dolor que a muchas experiencias les son propias. Sin embargo a veces lo que hacemos es crearnos un mundillo ilusorio en el que negamos la realidad del dolor y de nuestra propia incomprensión. Nos sentimos moral y religiosamente obligados a alabar el poder y la sabiduría de Dios, atribuyéndole a él propósitos inescrutables cuando suceden injusticias o tragedias. Pero lo que acabamos haciendo es negar que aunque lo que sucede a nuestro alrededor acaso sea comprensible y aceptable para Dios, nosotros no somos Dios: y que para nosotros entonces tales hechos son inaceptables, horrorosos, profundamente trágicos y de una injusticia que clama a los cielos.

Hallo que la sabiduría de la Biblia es más grande que nuestra cháchara piadosa. Porque la sabiduría de la Biblia contiene los libros de Eclesiastés y de Job: dos libros que solemos rehuir porque nos resultan incómodos, porque cuestionan la facilidad con que tapamos nuestro dolor y nos evadimos de la cruda realidad de nuestra incomprensión del porqué del sufrimiento humano.

Es necesario descubrir cómo la Biblia, antes de consolarnos, nos enseña a ser brutalmente realistas respecto a la condición y fragilidad humanas. Hay sí esperanza y hay gozo. Pero no son la esperanza y el gozo de una burbuja de evasión del dolor, sino el

descubrimiento de la ternura de Dios que aguarda precisamente en lo más profundo del valle de sombra de muerte, allí donde nos arrojan la depresión, la tristeza inaguantable, y la total incomprensión de lo que nos sucede (o de lo que sucede a nuestro alrededor).

EL PREDICADOR (ECLESIASTÉS)

Hay un tiempo señalado para todo,
y hay un tiempo para cada suceso bajo el cielo:
tiempo de nacer, y tiempo de morir;
tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado;
tiempo de matar, y tiempo de curar;
tiempo de derribar, y tiempo de edificar;
tiempo de llorar, y tiempo de reír;
tiempo de lamentarse, y tiempo de bailar;
tiempo de lanzar piedras, y tiempo de recoger piedras;
tiempo de abrazar, y tiempo de rechazar el abrazo;
tiempo de guardar, y tiempo de desechar;
tiempo de rasgar, y tiempo de coser;
tiempo de callar, y tiempo de hablar;
tiempo de amar, y tiempo de odiar;
tiempo de guerra, y tiempo de paz;

¿Qué saca el trabajador de aquello en que se afana? He visto la tarea que Dios ha dado a los hijos de los hombres para que en ella se ocupen. Él ha hecho todo apropiado a su tiempo. También ha puesto la eternidad en sus corazones, de modo que el hombre no descubra la obra que Dios ha hecho desde el principio y hasta el fin. Sé que no hay nada mejor para ellos que regocijarse y hacer el bien en su vida; además,

que todo hombre que coma y beba, vea lo bueno en todo su trabajo. Eso es don de Dios.

Sé que todo lo que Dios hace será perpetuo;
no hay nada que añadirle
y no hay nada que quitarle;
Dios ha obrado así
para que delante de él teman los hombres.
Lo que es, ya ha sido,
y lo que será, ya fue,
y Dios busca lo que ha pasado.
Aun he visto más bajo el sol:
que en lugar del derecho, está la impiedad,
y en lugar de la justicia, está la iniquidad.
Yo dije en mi corazón:
al justo como al impío juzgará Dios,
porque hay un tiempo para cada cosa y para cada obra.

Dije además en mi corazón en cuanto a los hijos de los hombres: Ciertamente Dios los ha probado para que vean que son sólo bestias. Porque la suerte de los hijos de los hombres y la suerte de las bestias es la misma: como muere el uno así muere la otra. Todos tienen un mismo aliento de vida; el hombre no tiene ventaja sobre las bestias, porque todo es vanidad.

Todos van a un mismo lugar.
Todos han salido del polvo
y todos vuelven al polvo.

¿Quién sabe que el aliento de vida del hombre asciende hacia arriba y el aliento de vida de la bestia desciende hacia abajo, a la tierra? Y he visto que no hay nada mejor para el

hombre que gozarse en sus obras, porque esa es su suerte. Porque ¿quién le hará ver lo que ha de suceder después de él?

Entonces yo me volví y observé todas las opresiones que se cometen bajo el sol:

Y he aquí, vi las lágrimas de los oprimidos,
sin que tuvieran consolador;
en mando de sus opresores estaba el poder,
sin que tuvieran consolador.
Y felicité a los muertos, los que ya murieron,
más que a los vivos, los que aún viven.
Pero mejor que ambos está el que nunca ha existido,
que nunca ha visto las malas obras que se cometen
bajo el sol.

—Eclesiastés 3,1-4,3
(Biblia de las Américas)

Todo este pasaje, como el libro de Eclesiastés en general, resulta notable y sorprendente en la Biblia. Estamos mucho más acostumbrados a la perspectiva «optimista» sobre el sentir de la vida que inspiró a los redactores de la gran historia troncal bíblica, la que va desde Deuteronomio hasta 2 Reyes. Allí descubrimos la confianza total en un orden divino que ineluctablemente recompensa a justos y pecadores conforme a sus obras.

Entonces la perspectiva del predicador de Eclesiastés nos resulta desorientadora y alarmante. Aquí en Eclesiastés 3:11, por ejemplo, descubrimos que si bien puede que exista un orden, «lo apropiado a su tiempo» (cuando a cada cosa le toca su momento oportuno, como se acaba de recitar detalladamente), sin embargo Dios ha

puesto «la eternidad» en nuestros corazones, «de modo que el hombre no descubra la obra que Dios ha hecho desde el principio y hasta el fin». En la opinión del predicador, entonces, es Dios mismo el que ha puesto en el ser humano el anhelo de comprenderlo todo, de saber el porqué de las cosas (incluso de las tragedias y la mala suerte), la necesidad psicológica de poder explicarnos a nosotros mismos qué sentido puede tener lo que nos pasa.

Este anhelo de una respuesta a nuestro ¿Por qué? existencial es una aspiración a lo eterno, el todo, lo infinito. Pero así como Dios nos ha metido esa necesidad psicológica de entender, según este versículo (Ec. 3:11), Dios también nos ha ocultado la solución del enigma existencial que nos apremia. Hemos sido creados para aspirar a entender lo eterno, pero (también por designio del creador) lo eterno siempre ha de evadir nuestra comprensión. Hay un orden, sí, en la existencia humana, un orden que es natural que aspiremos a comprender, pero cuyo sentido siempre nos quedará oculto. Pues ¡vaya!

Este fatalismo o esta resignación ante lo inexplicable (o mejor, lo explicable que jamás se nos explicará) se mantiene a continuación en Eclesiastés 3:14-15. Allí descubrimos que todo lo que cuenta está ya hecho; Dios es tan completo que fuera de él no queda nada significante que hacer.

Da igual lo que consigamos con nuestros esfuerzos, dice el predicador; da igual lo que logremos hacer con nuestras vidas, a qué dedicamos nuestra existencia. Todo lo que podamos aspirar a lograr, si merecía la pena, si era útil, bueno o admirable, ya lo había hecho Dios antes. Y si

no… es igual. Porque todo está ya completo, acabado, imposible de mejorar o empeorar con nuestros ridículos esfuerzos humanos, esfuerzos que son como una débil sombra de vapor, tan pronto vista como desaparecida sin rastro.

La lógica del predicador le lleva inexorablemente a la conclusión que expresa en Eclesiastés 3:18-20. ¡La vida humana tiene más o menos el mismo sentido, la misma importancia, que la de los animales!

Dice también el predicador:

¿Quién como el sabio?
¿Y quién otro sabe la explicación de un asunto?
La sabiduría del hombre ilumina su faz
y hace que la dureza de su rostro cambie.

Yo digo: guarda el mandato del rey por causa del juramento de Dios. No te apresures a irte de su presencia. No te unas a una causa impía, porque él hará todo lo que le plazca. Puesto que la palabra del rey es soberana, ¿quién le dirá: Qué haces?

El que guarda del mandato real no experimenta
ningún mal;
y el corazón del sabio conoce el tiempo y el modo.
Porque para cada deleite hay un tiempo y un modo,
aunque la aflicción del hombre sea mucha sobre él.
Si nadie sabe qué sucederá,
¿quién le anunciará cómo ha de suceder?
No hay hombre que tenga potestad para refrenar el viento
con el viento,
ni potestad sobre el día de la muerte;

y no se da licencia en tiempo de guerra,
ni la impiedad salvará a los que la practican.

Todo esto he visto, y he puesto mi corazón en toda obra que se hace bajo el sol, cuando el hombre domina a otro hombre para su mal. Y también he visto a los impíos ser sepultados, los que entraban y salían del lugar santo, y que fueron pronto olvidados en la ciudad en que así habían actuado. También esto es vanidad.

Como la sentencia contra una mala obra no se ejecuta enseguida, por eso el corazón de los hijos de los hombres está en ellos entregado enteramente a hacer el mal. Aunque el pecador haga el mal cien veces y alargue su vida, con todo, yo sé que les irá bien a los que temen a Dios, a los que temen ante su presencia. Pero no le irá bien al impío, ni alargará sus días como una sombra, porque no teme ante la presencia de Dios.

Hay vanidad que se hace sobre la tierra: hay justos a quienes les sucede conforme a las obras de los impíos, y hay impíos a quienes les sucede conforme a las obras de los justos. Oigo que también esto es vanidad. Por tanto yo alabé el placer, porque no hay nada bueno para el hombre bajo el sol sino comer, beber y divertirse, y esto le acompañará en sus afanes en los días de su vida que Dios le haya dado bajo el sol. Cuando apliqué mi corazón a conocer la sabiduría y a ver la tarea que ha sido hecha sobre la tierra (aunque uno no durmiera ni de día ni de noche), y vi toda la obra de Dios, decidí que el hombre no puede descubrir la obra que se ha hecho bajo el sol. Aunque el hombre busque con afán, no la descubrirá; y aunque el sabio diga que la conoce, no puede descubrirla.

Pues bien, he tomado todas estas cosas en mi corazón y declaro todo esto: que los justos y los sabios y sus hechos están en la mano de Dios. Los hombres no saben ni de amor ni de odio; todo está delante de ellos.

A todos sucede lo mismo:
Hay una misma suerte para el justo y para el impío;
para el bueno, para el limpio y para el inmundo;
para el que ofrece sacrificio y para el que no sacrifica.
Como el bueno, así es el pecador;
como el que jura, así es el que teme jurar.

Este mal hay en todo lo que se hace bajo el sol: que hay una misma suerte para todos. Además, el corazón de los hijos de los hombres está lleno de maldad y hay locura en su corazón toda su vida. Después se van a los muertos.

—Eclesiastés 8,1-9,6
(Biblia de las Américas)

Observamos, entonces, según Eclesiastés 8:2-4, que hay poderosos (en aquella civilización el rey, hoy sin duda otros) que hay que evitar contrariar. Son personas poderosas y por tanto peligrosas. Pero observamos también, según el versículo 8, que ni siquiera el rey puede frenar la muerte. Y que, según el versículo 9 (y aunque no convenga decirlo demasiado alto por las consecuencias que puede acarrear tal denuncia) muchas veces el poder se emplea mal, para injusticia, opresión, violencia, y beneficio de unos pocos.

Llegamos así a una de las afirmaciones más cáusticas de todas las hechas por el predicador: Eclesiastés 8:12-14. Según nos habían enseñado a confiar y esperar en Dios,

dice, hay una lógica en la retribución divina para con justos e injustos conforme a sus obras. Cada uno recibe de Dios la recompensa que le corresponde por el bien o por el mal que haya hecho. ¡Ay, pero esa confianza era un engaño!, añade de inmediato. Eran palabras vacías de contenido, por piadosas que sonaran. Porque no es nada difícil hallar excepciones a esta regla: justos que sufren y perversos que reciben la recompensa del justo. Por lo cual, suspira desengañado el predicador, esto también es vanidad.

Repite así entonces, en Eclesiastés 8:16-17, su opinión de que es imposible de comprender el porqué de estas cosas. La vida nunca dejará de ser un enigma.

En conclusión, si antes (en Ec. 3:18-20) habíamos visto que el ser humano corre la misma suerte que las bestias, ahora, en Eclesiastés 9:2, vemos que el justo corre la misma suerte que el malvado.

¿Ofrece entonces el predicador alguna esperanza, alguna salida de la oscura situación humana que ha descrito? ¿Sabe algo el predicador de ese Dios que no nos olvida, de ese Dios que ama como Padre maternal, como marido enamorado? ¿Padece entonces irremediablemente la humanidad, según él, la aburrida indiferencia de un Dios que se desentiende de nuestra suerte?

Una vez que el predicador nos ha obligado a enfrentarnos con las más duras realidades de nuestra existencia, una vez que nos ha obligado a abandonar la fácil piedad superficial, presuntamente espiritual, con que

jugamos a estar contentos porque no nos atrevemos a confesarnos desdichados, nos ofrece algunos consejos:

De inmediato después de los párrafos que acabábamos de citar, viene en Eclesiastés 9,7-10 un pensamiento que es como un refrán que se repite varias veces en el transcurso del libro:

Vete, come tu pan con gozo,
y bebe tu vino con corazón alegre,
porque Dios ya ha aprobado tus obras.
En todo tiempo sean blancas tus ropas,
y que no falte ungüento sobre tu cabeza.

Goza de la vida con la mujer que amas, todos los días de tu vida fugaz que él te ha dado bajo el sol, todos los días de tu vanidad, porque esta es tu parte en la vida y en el trabajo con que te afanas bajo el sol. Todo lo que tu mano halle para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque no hay actividad ni propósito ni conocimiento ni sabiduría en el Seol adonde vas.

Pilla cuanta alegría puedas, parece decir el predicador, disfruta del momento, vive a tope los días buenos. Dile a tu mujer, a tu marido, a tus hijos hoy lo que mañana desearías haberles dicho si se te hubieran muerto. Goza a tope cuando haces el amor en tu matrimonio, pensando que acaso sea esta la última vez. ¡Arráncale con ímpetu cuanta alegría puedas a esta vida! No dejes que se te escapen sin disfrute los días buenos, ya que los días malos inexorablemente han de llegar también.

En principio, quizá no parezca gran cosa este consejo.

Y sin duda hay muchos que no lo necesitan: cabezas frescas que no saben hacer otra cosa que distraerse y

divertirse sin jamás meditar más allá del momento. A tales personas, más que una exhortación al disfrute de la vida, bien les haría meditar en el sombrío sermón principal del predicador en todas las páginas de Eclesiastés.

Pero hay otras personas, sin duda personas con un temperamento más parecido al del predicador mismo, que necesitan recordar que a pesar de todo, la vida puede tener momentos de gozo sublime. Momentos de éxtasis, de amor, de tranquilidad, de paz, de carcajada despreocupada. Hay, sí, volviendo a Eclesiastés 3, tiempos en la vida para todo lo malo y desagradable. Pero también hay que saber aprovechar los tiempos para la maravilla, el placer y la felicidad.

A pesar de su semejanza a la filosofía de los epicúreos («Comamos y bebamos, que mañana moriremos»), no deja de ser justa esta reflexión del predicador. Aunque lo trágico en la vida nos esté al acecho, precisamente porque no sabemos cuándo nos asestará uno de sus caprichosos golpes, debemos saber arrancarle a la vida todo el sabor, toda la gloria y felicidad que ponga a nuestro alcance.

Sin embargo aquí todavía no figura un Dios que no nos olvida, un Padre maternal cuyo amor inspira el nuestro y cuya justicia inspira la nuestra. ¿Conoce el predicador al Dios enamorado de la humanidad que veníamos descubriendo en páginas anteriores?

La sabiduría del predicador puede conducir a una pasividad, un conformismo ante la injusticia. Esto es especialmente cierto cuando el autor de Eclesiastés ha hecho de Salomón el portavoz que la predica. Porque, en

efecto, en Eclesiastés es Salomón quien nos predica. Claro que para cuando se escribe el libro, Salomón lleva ya cinco o seis siglos pudriéndose en una tumba que ya ni se sabe dónde está. Y si Salomón, que lo tenía todo y lo era todo, nos predica este sabio pesimismo apareciéndosenos como fantasma literario desde una tumba olvidada, y si toda su gloria y sus fastuosos edificios son ya polvo del tiempo y de las guerras, ¿cómo negar la fuerza de sus argumentos? Si todo lo que Salomón consiguió fue en efecto vanidad, ¿qué decir de lo que pueda lograr cualquier humilde lector de su predicación?

Pero de repente el autor de Eclesiastés abandona el recurso literario de la predicación salomónica y en los últimos versículos escribe con voz propia para explicar claramente adónde quiere ir a parar. Y al hacerlo acaba sintonizando, inesperadamente, con el resto de la Biblia. Porque por fin nos da una referencia a los mandamientos, la primera mención de ellos en todo el libro, ¡justo en el penúltimo versículo!:

> *La conclusión, cuando todo se ha oído, es esta:*
> *teme a Dios y guarda sus mandamientos*
>
> —Eclesiastés 12,13[ab]

Y con la mención de los mandamientos nos conduce obligadamente a la historia del Éxodo en que se dieron los mandamientos.

A pesar de tanta vanidad, tanto sinsentido, tanta injusticia sin castigar, viene por fin a confesar el autor de Eclesiastés, sigue siendo posible creer que haya un Dios que oye el clamor de los oprimidos. Sigue siendo posible

creer en ese Dios que interviene decisivamente para transformar realidades y crear una sociedad alternativa basada en sus mandamientos. ¿Qué mandamientos? Mandamientos que conducen a la solidaridad, la compasión, el amor al prójimo y la justicia. ¡Sí! A pesar de todo, ¡hemos de dejarnos guiar en el desierto por el Dios misericordioso que se reveló a Moisés en el Sinaí!

Con un inesperado golpe de efecto entonces, el libro de Ec1esiastés abre con un Dios y cierra con otro muy distinto. El Dios del predicador resulta distante, caprichoso e inescrutable. Al fin de cuentas tal vez sea un Dios a la medida del Rey Salomón: un Dios para sabios, para reyes, para los poderosos que determinan a capricho la vida y la muerte de sus súbditos. Vanidosos y caprichosos ellos, no pueden más que imaginar a Dios a su propia imagen.

Pero para los pobres y oprimidos quizá Dios, a pesar de todo, resulte algo menos frío y lejano. El clamor de los esclavos de Egipto da lugar a una nueva realidad. A pesar de «ignorar» durante generaciones enteras la injusticia y el sufrimiento de la esclavitud, Dios por fin despierta, oye, escucha, se interesa y acaba recordando sus promesas. Interviene, les libera, conduce a este pueblo hasta el Sinaí y le da allí una sabiduría muy distinta al resignado discurso del predicador. Es la sabiduría de los mandamientos.

No, tal vez no podamos evitar la suerte de Salomón, polvo que vuelve al polvo, logros que carecen cada vez más de sentido ni importancia con la marcha inexorable de los siglos. Pero mientras nos quede hoy aliento de vida

siempre será posible clamar al cielo desde nuestra impotencia, frustración e incomprensión de los porqués de la vida. Y desde la esperanza que nos otorga poder clamar, también es posible comprender la virtud de los mandamientos, que nos instan a hacer un poco más llevadera la vida del prójimo con un gesto de solidaridad, amor, ternura o justicia.

JOB

El libro de Job también empieza con un ataque sin cuartel contra la falsa piedad religiosa que lo explica todo pero ignora la verdadera condición humana. Este ataque es a la vez más extenso y más sutil que el de Eclesiastés. Largos pasajes, capítulos enteros hasta conformar una amplia mayoría del texto, están dedicados a dejar constancia del tipo de pensamiento que para todo tiene explicación, especialmente para el sufrimiento ajeno. Explicaciones que tienen todas las apariencias de espiritualidad y religión porque alaban sin cesar el poder y la justicia de Dios. Pero explicaciones que, en resumidas cuentas, no son otra cosa que un ataque frontal a la integridad moral de quien sufre. Una falsa espiritualidad que deja un mal sabor de boca, el triste espectáculo de ver a alguien dar de puntapiés al caído.

Dejando rienda suelta a la fácil verborragia de esa teología del sufrimiento justificado, el libro de Job le da cuerda de sobra para que se acabe ahorcando a sí misma en su propia insensibilidad e insolidaridad disimulada como religión.

No analizaremos aquí con detenimiento el libro de Job. Valgan como perspectiva para la lectura de Job las siguientes observaciones:

1. El relato inicial, capítulos 1-2, es un anuncio de que es menester leer este libro entre líneas, leerlo contra corriente, estar alertas a textos inaceptables que obligan a plantearse seriamente la opinión contraria a la que aparentemente sostienen.

Muchas personas son incapaces de leer así la Biblia. Todos nos damos cuenta en mayor o menor medida al leer la literatura de nuestra propia civilización, cuándo el autor se vale de la ironía, la farsa o el absurdo, para conducirnos a una idea totalmente contraria a lo que aparentemente pone el texto. Y quien no es capaz de leer esa clase de textos con discernimiento, sin embargo sí suele descifrar ese estilo de comunicación en la conversación diaria: la ceja arqueada, el guiño, el Sí que significa No, la exclamación ¡Genial! o ¡Maravilloso! que expresa amargura o contrariedad. Sin embargo la mayoría de los cristianos pierden esa capacidad de discernimiento, esa agudeza para entender el sentido contrario al aparente en cierto tipo de situación, en cuanto abordan el texto bíblico. Nos planteamos la lectura bíblica con tal seriedad que acabamos siendo incapaces de ver las pistas que nos deja el autor para que entendamos «al revés».

Aquí, en los primeros dos capítulos de Job, el autor nos presenta a un Dios suspicaz y cruel, que permite que Satanás siembre en su mente la duda respecto a la fidelidad de Job y que somete entonces a Job a las más

increíbles torturas mentales y físicas para salirse de esas dudas.

No sé si hay capítulo más desconsolador en toda la Biblia que Job 1, donde aprendemos que Dios puede estar tramando con el mismísimo Satanás el fin de toda nuestra felicidad y la muerte de nuestros hijos.

Este concepto de un Dios de quien depende Satanás (a cuyas órdenes está Satanás), un Dios que abandona al justo y al inocente en manos de Satanás en un cruel juego para ver quién gana la apuesta sobre su integridad, es una parte indispensable del argumento de Job. Porque el libro de Job denuncia dos postulaciones falsas respecto al porqué de su sufrimiento. Una es la que hacen los amigos de Job. Pero la otra es esta, la que aparentemente es la única alternativa que queda si los amigos de Job yerran: O bien Dios es galardonador de cada persona según sus obras, o si no es caprichoso y amoral, capaz de jugar y apostar cruelmente sobre nuestras vidas.

Volveremos a esto más adelante, porque tengo claro que el libro de Job tampoco acepta esa segunda posibilidad.

De momento bástenos entonces con observar que lo que dicen estos dos capítulos iniciales acerca de Dios, si hubiera que creérselo a pie juntillas es tan escandaloso, que hay que imaginar que está escrito precisamente para escandalizar. Es una señal en el camino que anuncia ¡Pare!, ¡Piense! Lo que pone es tan impresentable como teología acerca del Dios de la Biblia, que obliga a plantearse

lecturas alternativas, lecturas a contracorriente del texto, lecturas «al revés».

2. En segundo lugar, observamos que los amigos de Job se aferran testarudamente a una teología del orden divino. Según esta teología, cada uno recibe recompensa según sus obras. Es, como ya hemos comentado, la convicción que inspira la gran obra histórica medular del Antiguo Testamento. Sin embargo los amigos de Job ignoran lo que el autor nos ha revelado a nosotros: que Job es de verdad inocente y que incluso Dios mismo le había declarado inocente antes de someterle a todas estas experiencias. Y la insistencia de estos buenos señores en que se siega lo que se ha sembrado, se estrella una y otra vez contra la integridad de Job, que no se autoinculpa de pecados que sabe que no ha cometido.

La integridad de Job, por cierto, es impresionante y aleccionadora. Yo personalmente, soy de los que tienden a asumir que siempre tengo que tener yo la culpa. Asumo que me tengo merecido cualquier mal que me suceda. «¡Algo habré hecho!» Job no cae en ese jueguito psicológico que conduce siempre a la depresión. Sabe que aunque no haya sido perfecto, tampoco es tanto peor que los demás como para que se le hayan muerto todos sus hijos, haya acabado en la ruina, y esté padeciendo una enfermedad asquerosa, de un exquisito y constante dolor. La familia Blanco Garrido tendrá sus cosas como cualquier otra familia de Ermua, pero no se merecía más que cualquier otra que les asesinaran a Miguel Ángel. Ana, nuestra hermana que perdió en un accidente a sus hijos y marido, tendrá sus altibajos en su relación con Dios, como

cualquiera de nuestra iglesia. Pero no se merecía lo que le sobrevino. A no ser que nos lo mereciéramos todos; pero entonces, ¿por qué se metió Dios con ella solamente?

La teología de la justa retribución de Dios no es del todo inútil. Siempre es mejor, más sano, más seguro vivir de acuerdo con la enseñanza de Dios. Pero hay otros factores, inexplicables e inescrutables, que afectan a nuestra existencia.

La elocuencia de los amigos de Job se estrella contra la realidad de que Dios puede ser misericordioso además de justo, si quiere; si quiere, Dios puede mandar ángeles para protegernos en lugar de enviarnos a Satanás para destruirnos. El capricho amoral (carente de moralidad y racionalidad) de la expresión «tendré misericordia del que tendré misericordia, y tendré compasión de quien tendré compasión» (Ex. 33.19) es un viento polar que congela toda esperanza de entender la desdicha y el sufrimiento como castigo directo del pecado. Y esto nunca se ve mejor que en lo inútiles y equivocados que resultan los pomposos y píos discursos de los amigos de Job.

3. En tercer y último lugar, observamos que Dios admite que Job se queje. ¡Y Job se queja con brutalidad, con una honestidad rayana en la violencia! Con un arrojo impresionante. Job arremete contra Dios, le echa en cara toda la injusticia, todo el dolor, todo lo horroroso e incomprensible de su existencia. Job no se deja doblegar, no se acurruca amedrentado ante la realidad aplastante de un Dios Todopoderoso. Resiste como un hombre. Levanta su puño contra Dios, levanta la voz, y le grita exactamente todo lo que piensa.

Sus amigos se horrorizan. Tratan de proteger el buen nombre de Dios. Responden a la insolencia de Job con sus piadosas palabras sobre la bondad y la justicia divinas.

Pero al final del libro, Dios instruye que Job interceda por sus amigos.

> *Y sucedió que después que el Señor habló estas palabras a Job, el Señor dijo a Elifaz temanita: Se ha encendido mi ira contra ti y contra tus dos amigos, porque no habéis hablado de mí lo que es recto, como mi siervo Job. Ahora pues, tomad siete novillos y siete carneros, id a mi siervo Job y ofreced holocausto por vosotros, y mi siervo Job orará por vosotros. Porque ciertamente a él atenderé para no hacer con vosotros conforme a vuestra insensatez, porque no habéis hablado de mí lo que es recto, como mi siervo Job. Y Elifaz temanita y Bildad suhita y Zafar naamatita fueron e hicieron tal como el Señor les había dicho; y el Señor aceptó a Job.*
>
> —Job 42,7-9 (Biblia de las Américas)

La cháchara religiosa, esa piedad aceitosa que lo explica todo, resulta haber sido pecado. La ira, la incomprensión, la queja incontenible de Job había sido «hablar lo recto» acerca de Dios.

—¡Eloí, Eloí, lemá sabajtaní!

¡Jesús mismo expresa desde la cruz una enérgica protesta contra Dios! Grita delante del trono divino su queja, su incomprensión, el clamor de la injusticia de su vida que se extingue. ¿Por qué me has abandonado? Más adelante Dios resucitará a Jesús, como aquí al fin restaura a Job.

El libro de Job abría asignándole un papel a Job. El de santulón resignado y adorador incondicional, incapaz de cuestionar la (in)justicia de Dios. Pero en el transcurso del libro Job cobra vida. La caricatura se vuelve tridimensional y compleja, empieza a pensar y hablar por cuenta propia. El personaje de alegoría piadosa se rebela contra el papel que el texto la ha asignado y se forja otro papel: el de protestador que se pleitea con Dios.[2] ¡Job exige obtener su día de juicio en el que pueda presentar su demanda contra Dios ante un tribunal imparcial! Y esto, ¡esto!, era hablar «lo recto» acerca de Dios, mientras que la sabia y profunda defensa de Dios montada por los amigos de Job, resulta que ha «encendido la ira de Dios» por lo que es necesario que Job interceda por sus vidas.

Volvemos a lo que planteábamos respecto al inicio del libro.

El sufrimiento no es (no siempre es) castigo de Dios, por lo que los amigos de Job han pecado de muerte al atribuírselo a Dios.[3] Pero la alternativa, la de imaginar un

---

[2] Es obvio que entiendo que el libro de Job es una obra literaria, no un reportaje de hechos históricos. Yo he escrito alguna novela y he observado lo que también relatan otros novelistas; que los personajes a veces al mismo autor le «sorprenden» con opiniones «propias» y decisiones y conductas que el autor no tenía previsto para ellos. (Hago estos comentarios respecto al texto de Job tal cual lo tenemos, muy al margen del proceso y las distintas etapas de desarrollo que pudo haber sufrido hasta llegar a su redacción presente.)

[3] Ironías dentro de ironías en el relato: Es una ironía que defendiendo a Dios blasfemasen, mientras que Job al atacar a Dios le agradara. Luego es una ironía que deban ser castigados por el pecado de alegar que el pecado acarrea castigo. Y por fin es una ironía que al final ellos, que

Dios caprichoso y cruel que hace apuestas con Satanás a expensas nuestras, ¡eso también es blasfemia!

Las protestas de Job, exigiendo figurar en otro tipo de historia con otro tipo de Dios que aquel en que Job 1 y 2 le había escrito, por fin obtienen respuesta. Y si a Dios al principio del libro le habíamos visto tramando con Satanás la destrucción de Job, ahora le vemos tramando con Job la salvación de sus amigos. Curiosamente, ¡extrañamente!, el tema del libro resulta que es la «conversión» de Dios más que la de Job.

Job por supuesto que no ha podido con Dios en el debate que con él sostiene. Las palabras de Dios en los capítulos 38-41 aplastan todos los argumentos y razonamientos, todas las protestas y exigencias de Job. Colocan a Job en su justo sitio, mostrando la insolencia blasfema de su protesta contra el Altísimo.

Pero por elocuentes y aplastantes que sean, tampoco responden a la pregunta que Job hubo planteado: el porqué de su sufrimiento injusto.

Y pareciera que Dios mismo acaba admitiendo que así es.

Una vez ha dejado clara su superioridad sobre el mero mortal, Dios devuelve a Job todo lo que el principio del relato le había quitado injustamente. Y el libro de Job, que

han pecado, se libren del castigo merced a la intercesión de Job, que sí sufrió aunque inocente.

se había planteado como tragedia, acaba siendo replanteado como comedia.[4]

En esta obra literaria Job ha hablado «lo recto» acerca de Dios porque, mediante sus protestas, ha obligado a Dios a ser un mejor Dios al final, que lo que había manifestado ser al principio.

Es lo que ya hemos descrito como una «conversión» de Dios, concepto que para muchos resultará escandaloso. A los que conocen bien la Biblia, sin embargo, esto no debería escandalizar. Después de todo, Moisés en el Sinaí logra con sus protestas e intercesión, que Dios se «arrepienta» del mal que había pensado hacer a Israel (Ex. 32:14). Y Abraham al disponerse a sacrificar obedientemente al hijo de la promesa para satisfacer un caprichoso antojo del Señor, avergüenza al Señor hasta el punto que el Señor mismo interviene para que no se ejecute lo que él había mandado. (No, el relato no lo dice en tales palabras, pero es una interpretación perfectamente verosímil de la historia narrada.) En todos estos casos y alguno más que podríamos citar (recordemos por ejemplo la intercesión de Abraham a favor de Sodoma), Dios se ve moralmente «obligado» a cambiar de curso, dejando una muy mejorada imagen de sí que la que el inicio de cada relato daba a entender.

Para comprender esto tal vez lo mejor sea volver una vez más a la metáfora de Dios como Padre.

[4] Utilizo las palabras «tragedia» y «comedia» aquí en su sentido aristotélico. En lugar de «acabar mal», «acaba bien».

En cada papel que asumimos en la vida en relación con otras personas, nos vamos desarrollando sobre la marcha, vamos evolucionando y siendo perpetuamente transformados por el «otro» con quien estamos en relación. Lo que significa ser hijo de mis padres es distinto hoy que lo que fue en mi infancia, mi niñez, mi adolescencia o tan sólo hace 10 años. Cada vez que estoy con mis padres descubro nuevas dimensiones de esa relación. ¡Qué decir entonces del matrimonio! Todos los casados vamos aprendiendo sobre la marcha qué es lo que supone ser un marido, una esposa. Descubrimos conductas que creíamos inocentes o insignificantes, pero que para la otra persona resultan hirientes o inaceptables. Es en relación, en la integridad del trato con el otro, que se va forjando y va evolucionando nuestro papel dentro de la relación.

Lo mismo me sucede como padre. Muchas veces le he confesado a mi hijo mayor, cuando me ha echado en cara un trato menos severo con la menor que el que recibía él, que efectivamente, espero ser un mejor padre para ella que lo que fui para él. Y le digo que soy mejor padre porque él mismo me ha enseñado a ser mejor padre. Porque en mi trato con mis hijos descubro continuamente que ciertas de mis actitudes, conductas, palabras, opiniones, expectativas acerca de ellos, que a mí me parecían perfectamente lógicas y naturales, a ellos les resultan agobiantes, injustas y caprichosas. Como les amo y por amarles me interesa saber cómo lo viven ellos, soy transformado por ellos en lo que desde el punto de vista de ellos es un mejor padre. Y

curiosamente, cuando eso pasa, me sé yo mismo también un mejor padre.

Obviamente las metáforas llegan hasta donde llegan y luego pierden capacidad para comunicarnos verdades. Pero si es cierto que, como ya hemos visto en otro capítulo, Dios está de verdad en relación con nosotros, tal vez resulte lógico imaginar que Dios está siendo constantemente transformado por su relación con nosotros. Porque toda relación transforma y si Dios se relaciona con nosotros con integridad (y es inconcebible que no se relacione con integridad), entonces está continuamente aprendiendo de nosotros mismos qué es lo que necesitamos de él como Dios.

Job habla «lo recto» de Dios no tanto por lo que dice, sino por el hecho de decírselo con sinceridad. El Dios del último capítulo de Job no sólo nos resulta infinitamente más agradable a todos los humanos que el de los primeros capítulos, sino que hay que suponer que Dios mismo también se siente más a gusto así.

No hay nada más peligroso entonces, nada más contrario a la integridad de nuestra relación con Dios, que encerrarnos en frívolas negaciones de nuestro dolor. Como Job, como los salmos de queja y lamento, como Moisés en Sinaí y como Jesús en la cruz, tenemos que saber siempre reclamar de Dios la justicia; exigirle que se comporte como un Dios digno de nuestro amor. Sepamos tener la confianza en él que nos capacita para desahogarnos cuando su trato con nosotros se nos antoja caprichoso.

Según el libro de Job, cada vez que alguien exclama «¡Cómo es posible que pasen estas cosas si hay un Dios bueno, de amor y de justicia!», Dios agradece el toque de atención, presta oído, y reconoce el mérito (o por lo menos la sinceridad) de la acusación. Y se dispone a convencernos que a pesar de todo, de verdad existe y de verdad es bueno.

Según el libro de Job, una vez hayamos descargado sobre Dios nuestra ira y nuestra incomprensión, una vez nos hayamos desahogado en nuestras lágrimas de frustración, descubriremos que Dios nos sonríe. Y le oiremos decir: «Éste sí y no aquellos, ha comprendido mi corazón.»

Quien exige más de Dios, quien exige más justicia, más alegría en la vida, menos sufrimiento y menos horror, ha comprendido que eso mismo es lo que quiere Dios.

Capítulo 9.

Sobre reyes, un bebe y una esperanza

La adoración de los Reyes Magos

La Biblia no nos dice si los Reyes Magos de verdad fueron reyes. Sin embargo no cabe duda de que se hallaban entre los ricos e influyentes de su sociedad.

Sabemos que podían permitirse el lujo de pasarse la noche contemplando las estrellas. Es decir que no tenían que madrugar para ir al trabajo por la mañana, como sería el caso de cualquier campesino, obrero urbano o esclavo normal de aquellos tiempos.

También sabemos que tenían medios para viajar. El evangelio no los pinta como comerciantes ambulantes transportando su mercancía en caravana de camellos. No son soldados mercenarios ni ganaderos trashumantes. Todos estos recorren el mundo por motivos laborales. Pero estos buenos señores emprendieron un largo viaje por inquietudes filosóficas relacionadas a los astros. Clara muestra de una gran comodidad económica.

También sabemos que el rey Herodes les recibió en su corte.

Ahora bien, su majestad el rey Juan Carlos de España no es un rey como los de antes. Pero con todo y ser un rey

bastante popular, si cualquiera de nosotros se presentara a las puertas de la Zarzuela con una pregunta baladí acerca del nacimiento de un presunto príncipe real, sabemos perfectamente que nos encontraríamos patitas en la calle. Si el rey Herodes recibió a los magos de oriente, es que de alguna manera les admitía como sus iguales.

Esto suscita en mí una cierta inquietud, un cierto recelo: ¿Cuántos esclavos o campesinos u obreros urbanos de oriente nunca tuvieron la oportunidad de seguir la estrella? ¿Aunque la hubieran visto? ¿Aunque la hubieran querido seguir?

En el fondo hay algo intrínsecamente injusto en la adoración de los reyes magos. Es cierto que Lucas nos relata la adoración de los pastores de Belén. Y es que en estos temas Lucas parece ser en general algo más simpático. Ahí están como fe de ello los magníficos poemas de María y de Zacarías, pletóricos de reclamaciones sociales y políticas, con que Lucas abre su evangelio. Pero el evangelio de Mateo no sabe nada de los pastores. Parece conformarse con la adoración de esos tres pringados cuyos súbditos (o cuyos esclavos, o los campesinos que labraban sus latifundios) vivían en quién sabe qué condiciones.

A decir la verdad, mi estimación de la adoración de reyes, de ricos y de sabios en la historia del cristianismo es bastante negativa. La adoración de tales personas es rica en simbolismo, liturgia, arte y música refinada; pero pobre en cuanto a la transformación de las conductas injustas en las que se basan su poder y sus riquezas. Los reyes que han adorado a Cristo siempre han gastado cantidades

ingentes en catedrales, vidrieras, corales y órganos de tubos, estatuas de oro, incienso y perfume. Esto se hace para la gloria de Dios, mientras la vida de sus súbditos ha sido siempre una lucha por sobrevivir. Hace algunos años el dictador despiadado de no recuerdo cual país africano hizo construir la catedral católica más grande del mundo; mayor que la de San Pedro en Roma. Sinceramente, a mí esta clase de adoración me parece poco menos que blasfema.

Cuando la realeza y los que son ricos y poderosos le rinden honor, Cristo es traicionado en el mismísimo acto de culto. Esto fue cierto respecto a Constantino, el primer emperador romano en adoptar el cristianismo. Fue cierto respecto a los reyes de la edad media. Fue cierto cuando Cristóbal Colón y los que le siguieron destruyeron civilizaciones y razas enteras en América en el nombre de Dios y del rey. En una mano empuñaban la cruz y en la otra la espada, en blasfema contradicción. Y sigue siendo cierto hoy, cuando los presidentes de los Estados Unidos suelen acabar sus discursos invocando la bendición divina sobre su país, «God bless America».

Los reyes magos adoraron al bebé porque según la información esotérica de que disponían, estaban convencidos de que llegaría a ser un rey. Ellos sabían perfectamente lo que es un rey. Un rey de los de entonces, no las figuras honoríficas de ahora. La monarquía absolutista era la única clase de dirección política que conocía aquella época. Pero es que además venían de oriente. Y sabemos que las monarquías orientales eran especialmente infames por su despotismo y crueldad. Esto

es, entonces, lo que ellos imaginaban al rendirle honores como futuro rey. Es porque le concebían en estos términos que se arrodillaban delante de él.

A pesar de sus conocimientos, parece ser que no conocían las Escrituras hebreas, ya que ignoraban las profecías que oyeron leer en la corte de Herodes. De manera que tenían que desconocer las cualidades especiales de la ley judía, que favorece a los débiles y oprimidos, y establece una sociedad de justicia y paz. Ignoraban cómo debía ser ese rey especial que habían anunciado los profetas. Luego al adorar al niño y marcharse de inmediato, tampoco tuvieron oportunidad de oír el mensaje revolucionario que predicaría Jesús treinta años más tarde. De manera que su adoración no es más que ese momento maravilloso de gloria. Un instante en el que se acercaron al que está sobre todas las cosas, al que es santo. Allí seguramente se sintieron conmovidos en su fuero más íntimo y respondieron con sincera adoración. Y sin embargo, como suele suceder con los reyes y los ricos, hay que suponer que volvieron a sus hogares sin entender de verdad a Jesús.

Por estos motivos, cuanto más pienso en ello, menos me satisface la historia de la adoración de los reyes magos.

El único sentido moral que le hallo es descubrir que Mateo ve en esa adoración el cumplimiento de las profecías. Entonces es posible que Mateo nos lo cuenta precisamente para salir al paso de las desviaciones que ocurrieron posteriormente en torno a los ricos y poderosos que han pretendido hacerse pasar por cristianos. Si junto con Mateo podemos dar por cumplidas de una vez por

todas esas profecías, entonces nos hallamos libres para mantener una cierta desconfianza respecto a la adoración posterior de cabezas de estado, de ricos, sabios y poderosos. Lo que hacen estos no es cumplir la profecía, sino satisfacer sus impulsos estéticos o ahogar sus sentimientos de culpa mediante el abracadabra piadoso de la religiosidad estatal.

Sin embargo, una vez llegamos a este punto, es obligatorio que nos digamos: ¿Y qué?

¿Qué hacer ahora con estas reflexiones? Porque dudo mucho que vaya a leerlas ningún rey, ni nadie que pueda presumir de gran poder ni de sabiduría esotérica. Tales personas no creo que tengan el más mínimo interés en leer lo que pueda escribir este humilde servidor. De manera que todo lo dicho hasta aquí huele a esa comodidad fácil y ligera de la que siempre peca la murmuración sobre los pecados ajenos.

¿Qué tiene que ver la historia de los reyes magos con lo que Dios nos quiere decir a la gente corriente?

Creo que a pesar de todo lo dicho hasta ahora, el relato de la adoración de los reyes magos es ejemplar para nosotros, y que de ella podemos derivar edificación e instrucción.

Primero, es curioso que todas estas reflexiones que me hago desde mis prejuicios personales y la poca simpatía que siento para los ricos y poderosos, no las hace el evangelio mismo. Aunque a mí me parezca oportuno descalificar la adoración de algún estrato social, el autor del evangelio no parece compartir mi opinión. La gracia

de Dios alcanza incluso hasta los que a mí me pueda parecer que no debería alcanzar. La gracia de Dios puede hacerse extensiva incluso a la gente que a mí me caiga mal. Nadie es malo del todo, y yo tampoco nunca fui perfecto ni lo soy ahora. Más me vale asegurarme de mi propia integridad, que es lo único que me exige a mí el evangelio.

En segundo lugar, esta historia demuestra que si buscamos a Dios con integridad, es posible que le hallemos incluso cuando los métodos que empleemos para buscarle no parezcan muy recomendables:

Por ejemplo en la astrología. ¿La astrología? ¡Vamos! Hace treinta años solía leer con una curiosidad incrédula y risueña mi horóscopo en los periódicos. Un día caí en la cuenta que aquello no era solamente la más absoluta y ridícula estupidez, sino que era paganismo liso y llano. Entonces me propuse olvidar cuál era mi signo del zodíaco, cosa que logré y hoy mantengo sin mayor dificultad. La Biblia nos enseña a bajar la vista de las estrellas, que Jesús está aquí abajo con nosotros en la persona de los pobres y oprimidos. No sea que nos perdamos alguna revelación importante de la voluntad de Dios por estar contemplando las estrellas como unos papamoscas.

¡Y sin embargo, aunque Jesús había venido a la tierra, los reyes magos le encontraron por seguir una estrella! A nadie le recomendaría yo buscar revelación divina en las estrellas. Pero cuando las estrellas conducen al pesebre de Belén, no me queda más remedio que callar y dar gloria a Dios.

Y ¿qué decir de los sueños? ¡Ayayay! Si uno fuera a basar su conducta en cada fantasía indigesta que le viene durante la noche, no tardaría en acabar en el manicomio. Seguir la inspiración de los sueños se me antoja tan ridículo y alocado como seguir las estrellas. Y sin embargo… Y sin embargo…

Me parece que lo esencial aquí es esa disposición radical a ser consecuentes con cualquiera fuera la revelación que se haya recibido, por problemático que pueda parecer su origen.

Es verdad que a mí personalmente, 2000 años más tarde, me escandaliza lo poco que sabían los reyes magos acerca de los propósitos de Dios en Jesús, y lo menos que sabían acerca de dónde y cómo hay que buscarle. Pero no tengo más remedio que admirar cómo los reyes magos asumieron grandes riesgos con el fin de ser consecuentes con aquello poco que sí sabían. Ese poquito que Dios se dignó revelarles halló en ellos una obediencia incondicional. ¡Ojalá se pueda decir lo mismo de lo bastante más que nos ha sido revelado a nosotros!

En tercer lugar, aunque la adoración en medio de la ignorancia nunca puede admitirse como un fin aceptable, sí es un buen comienzo. Es interesante notar que es precisamente después de esta adoración, y a pesar de todas las limitaciones que les pueda objetar yo, que los reyes magos recibieron una revelación posterior. Es esa la revelación que por fin les lleva a romper con el rey Herodes. Es la revelación que les impulsa más allá de esa solidaridad lógica con su propia clase social, para traicionar la promesa que habían hecho al rey malvado.

Una vez más, de una manera increíblemente ejemplar, los reyes magos obedecen. Obedecen, una vez más, sin entender. Dios no les revela por qué debían evitar a Herodes. Sencillamente les dice que vuelvan por otro camino, y ellos así lo hacen.

Cuando mis hijos eran pequeños, todos los años les llevaba a la Plaza Mayor de Burgos para ver la llegada de la cabalgata de los reyes magos. Allí todos los años los reyes ascienden a un retablo navideño, donde les esperan la Virgen, San José y el Niño. Los Reyes se arrodillan mientras suenan las armonías del «Aleluya» de Handel y el cielo se llena del estruendo multicolor de los fuegos artificiales. Cada vez que he visto esta escena se me ha hecho un nudo en la garganta, se me han subido unos lagrimones y he acabado murmurando alabanzas en lenguas. Yo sé que aquello no es más que teatro; que la gente va a la cabalgata de los Reyes por tradición, porque es bonito y para mentalizar a sus hijos acerca de los regalos que les esperan la mañana siguiente. Y sin embargo, con toda su estúpida artificialidad y superficialidad, a mí siempre se me ha acabado transformando en un momento intenso de culto y adoración.

¿Acaso es posible pensar que lo que sintieron aquellos magos de oriente fuera menos legítimo que lo que siento yo?

Como ellos, cuando nos abrimos a Dios totalmente en la adoración, muy a pesar de nuestras limitaciones, Dios sigue siendo capaz de sorprendernos con revelaciones nuevas que nos conduzcan en direcciones inesperadas.

¡Halle Dios en nosotros esa misma disposición a volver por otro camino que aquel por el cual vinimos!

DIOS VINO COMO UN BEBÉ

Por cierto, ya que estamos con la Navidad. Hay una escena que debería representarse en los belenes que montamos en nuestras casas, en los comercios y por todas partes en fechas navideñas. Alguna vez se ve un «castillo de Herodes» y algún soldado romano rondando por la periferia de la escena del Nacimiento. Me pregunto si alguna vez alguien ha tenido el valor de representar la siguiente escena en un belén:

Quince o veinte soldados de Herodes decapitando con sus espadas a todos los menores de dos años. Los padres angustiados de los bebés masacrados, llorando de rabia y de sentimientos de culpa por no poder defender a sus hijitos. Algún padre muerto por haberlo intentado. Las madres que gritan un grito primordial que surge desde las profundidades de sus entrañas desgarradas por el dolor: Raquel que llora a sus hijos y no puede ser consolada. Familias que entierran los restos descuartizados de sus bebés y c1aman «¿Por qué? ¿Por qué? ¿Dónde estás, Dios?» y no hay respuesta…

La lucha entre el bien y el mal es una lucha sin cuartel, en la que parece que cada vez que uno da un paso para beneficio del prójimo las cosas acaban saliendo mal. No existen victorias fáciles. La Navidad tiene como destino ineludible la Semana Santa (Lc 2,34-35, «una espada traspasará tu alma»). La vida cristiana no tiene la promesa

de ser una vida mullida y cómoda. La vida cristiana tiene como promesa la cruz.

¿Por qué tiene que ser así? ¿Cómo permite Dios tanta reacción maligna ante los pasos de bien, de amor y reconciliación, de solidaridad y justicia? ¿Qué clase de Dios es el que permite la masacre de los Santos Inocentes como colofón a la Navidad?

La Biblia contiene muchas metáforas para intentar explicar cómo es Dios: Rey. El buen pastor. Padre protector. Madre cariñosa. Marido celoso.

La Biblia también nos muestra a Dios acercándose a la humanidad como un bebé. Dios en forma de un bebé no es una metáfora. Fue una realidad. Fue así como Dios decidió venir al mundo.

¿Qué nos dice pensar en Dios como un bebé?

La primera impresión es una de impotencia, fragilidad, dependencia total de los demás. Eso no es del todo justo. Todos los que han tenido un bebé en casa seguramente coincidirán conmigo en que el bebé es la persona más poderosa de la familia. Es capaz de sacarte de la cama a cualquier hora de la noche, cuando estás tan cansada que no te levantarías por ningún otro. Es capaz de hacerte meter las manos en la mierda varias veces al día. ¿Acaso serías capaz de hacer eso por otro que no fuera un bebé o un inválido total?

Sin embargo la naturaleza del poder de un bebé sobre nosotros es que no obliga sino que apela a lo mejor, lo más digno en nuestro interior. Es cierto que el llanto de un bebé es toda una manipulación psicológica de los demás

para conseguir sus fines. Y sin embargo sigue siendo posible ignorar el llanto de un bebé. Un niño puede dormir en la misma habitación sin despertarse cuando llora su hermanito, aunque esos mismos llantos despierten a su madre y padre en la habitación contigua.

¿Qué clase de Dios permite la masacre de los inocentes como colofón a la navidad? Un Dios que en lugar de imponer el bien por la fuerza, apela a nuestros corazones desde su propia dependencia de nuestra buena voluntad. Un Dios que se niega a refugiarse en la venganza y la imposición violenta de su voluntad contra la voluntad del ser humano. Un Dios que sencillamente nos invita a amarle. Un Dios que amándonos desarma nuestra desconfianza y nos llama a ocuparnos de él voluntariamente.

Hay algo sano y digno en un Dios así, que faltaría de uno que actuara en forma contraria. Si Dios nos obligara violentamente a ser buenos, daría así la razón última, la victoria final, precisamente a la fuerza, a la venganza, y a la imposición violenta contra la voluntad del prójimo. Si Dios no se limitara a invitarnos a amarle y ocuparnos de él como amamos y nos ocupamos de un bebé, tendríamos que admitir que en el mismísimo orden moral del universo, la violencia otorga la razón. Que el poder para aplastar al prójimo es lo que establece la moralidad. Que el bien sólo es posible desde la fuerza y la imposición.

¿Pero entonces el bien acaso seguiría siendo bueno? ¿Qué lo distinguiría del mal? ¿Qué clase de bien sería ese que sólo se pudiera imponer por la violencia en lugar de prevalecer por los méritos propios del amor?

Lo que Dios pretende es mucho más grande que vengar este crimen o impedir aquella injusticia. Dios pretende transformar las bases de la realidad humana, desenmascarando las pretensiones absolutistas de la violencia y la fuerza, reemplazándolas con su Espíritu de amor, perdón, reconciliación y solidaridad.

Esto es extremadamente arriesgado. Sólo alguien tan grande como el mismísimo Dios podía atreverse a correr tamaño riesgo. El bien último, el bien que sólo puede prevalecer cuando los corazones humanos se dejan enternecer, ata las manos del Dios que persigue ese bien. Dios no puede impedir por imposición los males que nacen del corazón humano, porque eso supondría echar a perder sus propios objetivos benignos finales. Esta es la trágica condición de un Dios que puede encarnarse en Jesús para morir por salvar al mundo, pero que no puede salvar a los bebés de Belén.

El capítulo 25 de Mateo contiene la célebre escena de la separación entre las ovejas y las cabras. Bien conocida es la explicación de los criterios empleados para diferenciar entre unas y otras:

> *—Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos como forastero y te recibimos, o desnudo y te vestimos? ¿Y cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y vinimos a ti?*
>
> *—En verdad os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos hermanos míos, aun a los más pequeños, a mí lo hicisteis.*

Sí. Jesús sigue encarnado hoy, si tan sólo lo viéramos. Jesús es aun hoy el más pequeño entre nosotros. Es el que suscita o no en nuestros corazones la compasión, la ternura, la reacción servicial y solidaria. Si no tuviéramos nuestros ojos fijados en una falsa espiritualidad, cuya única meta es fomentar nuestro sentimentalismo religioso, le podríamos ver en cada persona que sufre…

La navidad no es algo que pasó hace muchos siglos. Jesús sigue entre nosotros hoy como un bebé. Sigue apelando a lo más noble en nosotros, sin obligarnos por la fuerza. Pero la respuesta depende siempre de nosotros mismos.

EL TRIUNFO FINAL DEL AMOR

La escena de la matanza de los bebés de Belén es ejemplar de algo que siempre ha inquietado a la humanidad: La injusticia inexplicable y perversa que parece marcar ineludiblemente la realidad humana.

Todos nacemos con un profundo sentido de la justicia. Un sentido que desde pequeños se ve traicionado por la realidad de la vida. No hay rabia y desesperación mayor que la de un niño que es acusado, tal vez incluso castigado, por algo que hizo su hermano o su compañero en el colegio.

Queremos imaginarnos que el mundo es de verdad como lo veía el autor de los proverbios, Proverbios 10,3.16.24:

El Señor no permitirá que el justo padezca hambre,
pero rechazará la avidez de los impíos.
El salario del justo es vida,
La ganancia del impío, castigo.
Lo que el impío teme vendrá sobre él,
y el deseo de los justos será concebido.

Pero descubrimos que la realidad se asemeja mucho más a lo que observaba el salmista, Salmo 94:3-7:

¿Hasta cuándo los impíos, Señor,
hasta cuándo los impíos se regocijarán?
Charlan, hablan con arrogancia;
todos los que hacen iniquidad se vanaglorian.
Aplastan a tu pueblo, Señor, y afligen a tu heredad.
Matan a la viuda y al extranjero,
y asesinan a los huérfanos.
y dicen: El Señor no lo ve,
ni hace caso el Dios de Jacob.

Una cosa parece bastante clara: Si Jesús nos enseñó a orar: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo», es porque la voluntad de Dios muchas veces no se hace aquí.

¿Qué tiene que ver con la voluntad de Dios la muerte en un atentado con coche bomba de un transeúnte fortuito, cuya única conexión segura con la causa por la que luchan los terroristas es esa, la de haber sido su víctima?

¿Qué tiene que ver con la voluntad de Dios el robo de sus tierras ancestrales y el exterminio de su raza que han sufrido las poblaciones nativas de América del Norte, de Australia, y otros muchos lugares?

¡Que nadie me diga que fue la voluntad de Dios hace unos pocos años que los niños en Ruanda tuvieran que ver muertos a machetazos a sus padres y hermanos, ver como venían a por ellos mismos con machete en alto para degollarles. O sobrevivir la masacre para luego padecer la soledad, el hambre inacabable, o los estertores de la cólera y disentería en pestilentes campos de refugiados! ¡Blasfemia!

¡Que nadie me diga que es la voluntad de Dios que miles de jóvenes asiáticas, muchas de ellas niñas impúberes, sean raptadas, violadas y vendidas para servir las redes de prostitución que patrocinan los «turistas del sexo» europeos! ¡Blasfemia!

¿Existe acaso más sublime sarcasmo que el de aquellos apologistas de la esclavitud que en el Siglo 19 en Estados Unidos decían que los negros que habían secuestrado en África y ahora trabajaban para ellos en condiciones inhumanas, privados de todo derecho humano, habían sido beneficiados por este trato? Tenían el desparpajo de decir que como en América se les había predicado el evangelio que salvaría sus almas eternas, los esclavos deberían mostrarse agradecidos.

Que nadie trate de justificar estas atrocidades y tantas otras, imaginando algún plan ulterior por parte de Dios. Dios no causa estas cosas. ¡Las sufre! Y nuestra única esperanza reside en hallar en Dios precisamente el compañero de sufrimientos, el que padece juntamente con nosotros, mediante su Hijo, la pavorosa injusticia de la existencia humana.

Pero si nos humillamos y buscamos al Señor en la confusión y las dudas que genera la injusticia, ¡allí le hallaremos! Le hallaremos sufriendo con nosotros el dolor de la separación y división. Le hallaremos llorando junto a la niña violada con brutalidad e inseminada con el virus del SIDA que en pocos años la matará. Le hallaremos agonizando con la familia palestina desplazada por el expansionismo israelí, agonizando con la familia judía que ha perdido un ser querido en un atentado palestino. Le hallaremos sufriendo con nosotros la confusión ante los problemas insalvables que acaso surgieron cuando nos lanzamos con valentía a luchar por objetivos a los que pensábamos que él nos guiaba, pero que acabaron tan desastrosamente.

Y descubriremos que él, como nosotros mismos, está ya haciendo planes para sacar el mundo adelante a pesar de las dificultades. Le hallaremos, como nosotros mismos, haciendo ya planes para apaciguar los ánimos y procurar la reconciliación, el amor y la tolerancia a pesar del sectarismo religioso, la intolerancia racial, los fanatismos políticos, el fracaso de matrimonios, las divisiones devastadoras en iglesias locales.

Dios trama planes de redención a pesar de las circunstancias adversas. Trama planes para rescatar lo perdido por el pecado y la rebelión humanas. Trama planes que reivindiquen el amor cuando se descubre traicionado por el egoísmo y la ceguera de los hombres. Trama planes de bendición siempre que la humanidad padece la maldad, la injusticia, el acoso de Satanás.

Y esos planes, tarde o temprano, prevalecerán.

Dios lleva muchos siglos trazándose sus metas a través de los desvíos y los obstáculos que levantan contra él los hombres en su pecado. Dios se ha mostrado increíblemente flexible, capaz de seguir adelante a pesar de todo.

Cuando por fin nos mandó a su Hijo, le matamos en lugar de recibirle con alegría y adoración. ¿Y Dios? ¿Qué hizo Dios? ¡Dios le resucitó! ¡Le exaltó hasta lo más alto y le sentó a su diestra de majestad en las alturas! Esto sí pudo hacer, porque con esto no hacía violencia a nadie, no se imponía contra nadie con fuerza aplastante y destructora. El destino final al que accedió Jesús nos demuestra que es posible una victoria final que no dependa del recurso a la fuerza bruta.

El libro de Apocalipsis nos habla como ningún otro de rebelión, muerte y tragedia. Nos habla como ningún otro de la bestialidad y monstruosidad de la historia humana. Y sin embargo es un libro de esperanza. Nos dice que llegará el día en que Dios enjugará toda lágrima, ya no habrá más llanto ni dolor, recibiremos la consolación anhelada y nos deleitaremos eternamente al calor de un amor inefable y restaurador.

Pero algunos objetarán que el Apocalipsis es precisamente donde se deshacen todos los argumentos planteados aquí. ¿Acaso no es precisamente en el Apocalipsis donde por fin Dios recurre a la violencia aplastante para destruir a todo aquel que no cuadra con sus esquemas absolutistas como soberano divino? ¿No es en el Apocalipsis donde Dios por fin presenta batalla y vence a la humanidad rebelde, sumiéndola en ríos de

sangre humana hasta las bridas de los caballos? ¿No resulta aquí victoriosa precisamente esa violencia divina, que por ser divina deshace todos los males pero que al fin de cuentas no deja de ser violencia?

Según.

Según cómo se lea el Apocalipsis esta objeción puede ser legítima. Admito que se puede leer el Apocalipsis como la reivindicación final de la violencia divina como único medio posible para acabar con el mal. Admito que es posible leer el Apocalipsis como testimonio de que el mal sólo desaparecerá si las personas malas son erradicadas, destruidas, condenadas al más pavoroso sufrimiento eterno.

Es más, admito que es así como normalmente se lee el Apocalipsis.

Admítase también mi protesta de que si esa es la lectura legítima del Apocalipsis, Dios al final no es amor sino venganza, odio e intolerancia.[1]

---

[1] Tina Pippin ha escrito reiteradamente sobre el Apocalipsis desde una perspectiva feminista. En «A Good Apocalypse is Hard to Find: Crossing the Apocalyptic Borders of Mark 13» (*Semeia* Nº 72, 1995, pp. 153-171) denuncia esta característica de la literatura apocalíptica en general: «¿Es un golpe sangriento la única manera de establecer un paraíso, ofreciendo montones de cuerpos mutilados a un dios con sed de sangre? ¿Qué clase de pacto nos ofrece un "apocalipsis"? ¿No se tratará de una deidad sin moral que está preparada para desatar una furia primitiva sobre el mundo? ¿Un creador que la emprende como destructor en un arrebato descontrolado? Es "legal" y ético que la deidad destruya? ¿No ha de someterse Dios a los cánones de la moralidad? […] Un apocalipsis es "la situación extrema" y la violencia

Pero desde siempre ha habido otras maneras de leer el Apocalipsis. Creo yo que el Apocalipsis, en lugar de sorprendernos con una vuelta atrás de todo lo aprendido de Jesús y los Apóstoles, se halla en perfecta sintonía con el resto del Nuevo Testamento. Creo que tiene que ver con la nueva realidad que ya es realidad desde que vino Jesús al mundo.

Creo que tiene bastante poco que decirnos sobre el futuro y mucho que decirnos sobre el presente. De hecho, suele leerse así: como testimonio del presente más que del futuro. Por eso en todas las generaciones surgen movimientos apocalípticos, personas absolutamente convencidas de que su propia generación es la última (o penúltima) de la historia, convencidas de que lo que sucede a su alrededor estaba ya predicho por el Apocalipsis con exactitud asombrosa. El error en que incurren no es el de aplicarse el Apocalipsis al presente, sino el de hacerlo sin darse cuenta de ello. Creen que su generación es única, una generación predicha con exactitud pronosticadora por un libro que leen como si fuese esencialmente «la historia escrita desde antes de que suceda».

---

extrema. Un apocalipsis es el verdadero test del carácter, porque una vez que se desata su violencia ya no es posible el arrepentimiento». [Mi trad. del inglés.]

Cito a Pippin, no porque esté de acuerdo con su apreciación negativa de los apocalipsis bíblicos, sino porque estoy de acuerdo que la lógica nos tiene que llevar a tales planteamientos siempre que el Apocalipsis se lea de esta manera.

El hecho de que en cada generación se pueda leer así el Apocalipsis da fe de que es un libro acerca del presente, **todos** los presentes, no acerca del futuro.

En realidad el Apocalipsis se presenta a sí mismo como la revelación de Jesús, el Cordero que ya fue inmolado, y de sus palabras de exhortación y aliento para las iglesias que existían a finales del siglo I (y por extensión, para las que hoy existen también). El Apocalipsis tiene mucho más que ver con los sucesos narrados en los evangelios y el libro de Hechos, que con fantásticas revelaciones sobre acontecimientos que sucederían miles de años más tarde.

Leído así, podemos ver en Apocalipsis también una dinámica de esperanza sufrida en un Dios que se acerca a nosotros como Cordero Inmolado. Un Cordero que es digno de toda la gloria y honra y honor de que es capaz la creación entera y los veinticuatro ancianos y todas las multitudes de la humanidad, pero que alcanza esas cotas de gloria precisamente porque venció dejándose inmolar en lugar de recurrir a la violencia vengadora y justiciera.

En el Apocalipsis vencen la justicia y también el amor. A pesar de todas las terribles destrucciones que ocasiona el pecado humano, es siempre posible seguir rebeldes contra Dios si así se prefiere. Salvo que al final no se sabe si hay alguien que así lo prefiera, ya que la atención se centra en la revelación de una ciudad cuyas puertas están

siempre abiertas para el que quiera abandonar su rebeldía y entrar.[2]

Y allí, en la ciudad de nuestra esperanza, hallamos al que todo este tiempo ha estado enjugando nuestras lágrimas, consolándonos, apretándonos en su regazo con un abrazo tierno, sufriendo con nosotros nuestra desesperación y nuestras dudas como padre o madre que murmura tiernas y dulces palabras en el oído de su hijo en llanto.

Este mundo y el paraíso que nos espera no están cimentados en la venganza, la destrucción y la violencia. Cuando exploramos hasta las mismísimas bases de la creación, no descubrimos allí la fastuosa tiranía de los reyes sino la ternura seductora de un bebé y el abrazo consolador y maternal de nuestro Padre.

RECUERDOS DEL FUTURO

Repasando rápidamente las epístolas apostólicas podríamos definir así, a grandes rasgos, las características principales de la esperanza cristiana:

1. Según Hebreos 1,3, Cristo está sentado a la diestra de la Majestad en las alturas. Ya. Ahora.

2. Según Efesios 2,4-6, nosotros estamos sentados allí juntamente con él. Ya. Ahora.

[2] Vernard Eller, *El Apocalipsis: El libro más revelador de la Biblia* (Guatemala y Bogotá: Ed. Semilla-CLARA, 1991) es de lectura obligada para quien tenga interés en una lectura «diferente» del Apocalipsis.

3. Según Hebreos 2,11, Cristo no se avergüenza de nosotros, sus hermanos menores. Más bien parece sentir un cierto orgullo familiar respecto a nosotros. Ya. Ahora.

4. Estos, ahora, ya, son «los últimos días» en los que:

—según Hebreos 1,1, Dios nos ha hablado por medio de su Hijo;
—según Hebreos 2,9-10, Jesús se ha acercado a nosotros en nuestra condición humana
—y esa experiencia de la debilidad y precariedad de la condición humana le ha valido al mismísimo Jesús como perfeccionamiento,
—el resultado de lo cual es que él ha llegado a ser el «pionero» de la salvación. La palabra aquí es ἀρχηγόν (*archēgón*), prototipo, el que va primero, el fundador de una dinastía, etc. Da a entender que lo que él ha conseguido no es único, sino que es el patrón que estamos siguiendo sus sucesores o continuadores. Los baches de rechazo y de fracaso que plagan nuestro camino hoy son los mismos que a él le perfeccionaron, y fueron su realidad inevitable hasta la mismísima cruz.

5. Según Hebreos 10,14-17, ya, ahora, somos santificados, cumpliéndose en nuestra realidad presente la profecía de que Dios jamás recordaría nuestros pecados. Ya, ahora, a Dios se le ha olvidado que algún día hayamos incurrido en pecado.

Esto nos trae a una de las diferencias más curiosas entre Dios y nosotros. La diferencia de nuestra perspectiva del tiempo:

Nosotros podemos recordar el pasado, concretamente nuestro pecado, pero somos incapaces de recordar el futuro. Dios recuerda perfectamente cada detalle del futuro, pero ha olvidado nuestro pecado.

El futuro es para nosotros un misterio absoluto. Una cortina negra nos separa de él. Por real que sea el futuro, no tiene capacidad de penetrar nuestro cerebro y hacerse visible en nuestra memoria. Pero para Dios el futuro es tan transparente como el presente. Habría que decir que para Dios el futuro es una realidad presente.

Dios no se somete a la Segunda ley de la termodinámica, aunque él haya sometido a ella a toda su creación: Para el universo material el tiempo siempre ha de fluir en una misma dirección, desde el pasado hacia el futuro, de lo cual hay una excelente explicación matemática.[3] Pero Dios es más que el universo material, está más allá o más acá, fuera o encima o debajo, antes o después del tiempo. El se revela a nosotros en el tiempo y en el universo material, pero esa es una concesión a la realidad material nuestra, no una característica propia de él. Para él un día es como mil años (2 P 3,8) y toda la eternidad está presente. Para él toda la eternidad es el presente; su presente, su ahora, es toda la eternidad.

¿Cuál es la perspectiva «correcta» desde la que ver la vida? ¿Cuál es más «real»? ¿Nuestra realidad del presente o la realidad de la eternidad que vive como presente Dios?

---

[3] Véase Stephen W. Hawking, *Historia del tiempo* (Barcelona: Ed. Crítica, 1988), pp. 192-194.

¿Nuestro presente con sus injusticias, su llanto, su dolor? ¿Nuestro presente poblado por reyes y ricos que hallan sanción religiosa para sus atropellos? ¿Nuestro presente poblado por cientos de miles de víctimas de genocidios y millones que padecen hambre?

¿O la realidad eterna de una humanidad reconciliada con su creador? ¿La realidad eterna de una humanidad que vive en paz en una ciudad cuyas puertas nunca es necesario cerrar porque ya no hay enemigo al acecho? ¿La realidad eterna en que los reyes en Apocalipsis 21 entran pacíficamente a esa ciudad donde sólo los santos pueden entrar, aunque dos capítulos antes ellos mismos presentaban batalla mortal contra Dios?

La voluntad de Dios no suele hacerse en la tierra, por eso Jesús nos enseña a rogar que se llegue a hacer. Pero la voluntad de Dios sí se hace en el cielo. Sin embargo el cielo y la tierra no están tan separados como nos imaginamos; el presente y el futuro son una misma realidad para Dios. Su triunfo al final es su triunfo ya. La victoria de Cristo en la cruz ya, ahora, es la misma victoria del Cordero Inmolado que transforma el futuro y todos los futuros.

Nuestro fracaso, nuestra simpleza, necedad e ignorancia, nuestra realidad como gente corriente con muchas penas y poca gloria, todo esto es un espejismo pasajero, un momento olvidadizo en la eternidad, una gota diluida hasta la nada en el océano de la eternidad de gloria. Nuestras lágrimas de hoy están siendo consoladas eternamente por un Amor que durará más allá de cuando nuestro sol se apague, más allá de cuando se extingan una a una todas las estrellas del firmamento, más allá de

cuando los miles de millones de años de este universo hayan pasado a ser un recuerdo tan borroso como tu primera infancia.

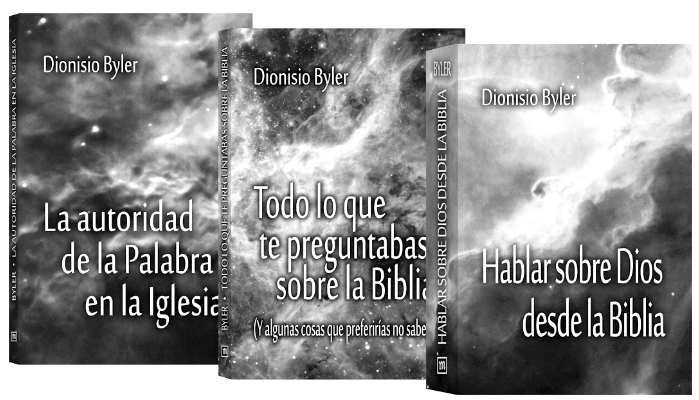
Así es como Dios ha logrado olvidar tu pecado: ¡El vive con la intensidad del presente toda la eternidad de tus alabanzas en gloria!

—Toma tu cruz cada día y sígueme —invita Jesús—. Tu vida en cruz, como la mía, no es más que un interludio momentáneo en la inmensidad de la gloria eterna donde ya estás sentada/sentado conmigo a la diestra de la Majestad divina.

Un día se desvanecerán las nubes y veremos las cosas como las ve Dios. Ese día recordaremos el futuro, que ahora nos cuesta recordar, con una claridad cristalina. Esa es la única diferencia entre nuestra condición actual y nuestra esperanza para el futuro. Ahora no recordamos. Aunque de vez en cuando las nubes se despejan de nuestras mentes y nuestra conciencia de la gloria se hace tan real como la realidad de los momentos difíciles. Y en esos momentos sabemos, ¡sabemos!, que la gloria es siempre mayor que las dificultades y la perplejidad. Sabemos que nuestra mediocridad y nuestro anonimato de gente corriente es la crisálida en la que está tomando forma la gloria de los hijos y las hijas de Dios. Y que cuando Cristo vuelva en gloria, nosotros seremos manifestados con él también en gloria (Colosenses 3,4).

Y ya jamás se nos volverá a olvidar.

Otros libros por el mismo autor:



Trilogía sobre la Biblia:

♦ La autoridad de la Palabra en la Iglesia

♦ Todo lo que te preguntabas sobre la Biblia
(y algunas cosas que preferirías no saber)

♦ Hablar sobre Dios desde la Biblia



Identidad cristiana (en la corriente anabaptista/menonita)

El diablo y los demonios según la Biblia

No violencia y Genocidios

¿A QUÉ O A QUIÉN IMAGINAS QUE TE DIRIGES CUANDO ORAS?

Ante el reto de responder en pocas palabras a esta pregunta, Dionisio Byler se embarca en la aventrua de aclarar y explicar su manera personal de pensar sobre Dios y el evangelio.

Como en sus otros libros, el autor escribe con un estilo a veces original, otras sorprendente o incluso provocador. Los antiguos escritos bíblicos cobran vida como si leídos por primera vez. Puede que el resultado sea a veces controvertido, pero en ningún caso dejará indiferente.

El autor expresa su opinión sobre el mensaje de multitud de pasajes de la Biblia, sin rehuir de los que tal vez sería más cómodo pasar por alto. Siempre preguntando, cuestionando, tratando de llegar más allá de lo obvio y superficial. De esta manera, Byler nos ofrece una visión renovada del mensaje bíblico, presentándolo como un manantial de ánimo para todos aquellos que enfrentan dificultades.

Como el evangelio arranca desde el «fracaso» de una vida que se extingue sobre una cruz imperial romana, todos aquellos que se sienten olvidados por Dios descubrirán un Jesús que les resulta muy próximo y que tiene mucho en común con ellos.

«De todos mis libros, éste ha resultado ser el más “pastoral”, el que más personas me han comentado que les ha sido de ayuda en momentos difíciles», comenta Byler. «Desde hace bastante tiempo son muchos los que lamentaban que ya era imposible de conseguir, de manera que celebro que reaparezca ahora bajo el sello de la Biblioteca Menno».

DIONISIO BYLER es profesor en la Facultad de Teología SEUT (El Escorial, España). Ha sido muchfos años el Secretario de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo - España) y director de la publicación mensual El Mensajero (www.menonitas.org/el_mensajero). Entre sus libros, destaca su Trilogía sobre la Biblia.